



Antonio Ducay Vela

5ta EDICIÓN

JESUCRISTO

LA AVENTURA DE DIOS EN LA TIERRA

JESUCRISTO

La aventura de Dios en la tierra

“Yo estaré con ustedes,
todos los días,
hasta el fin del mundo.”

Mateo 28, 20

PRESENTACIÓN

El hombre es un ser en búsqueda de algo que muchas veces no encuentra. Un día descubre que ese algo está dentro de él, y es Dios. Entonces toda su vida, su trabajo, su familia, sus ocupaciones, adquieren un sentido y una luz nueva. A partir de ese momento, todo sigue igual, pero es distinto, es como el paso del blanco y negro al color.

Circunstancias muy variadas -a veces, un libro- llevan a este descubrimiento o lo profundizan. Jesucristo nos marca el camino -nos lo ha dicho él mismo- nos lleva a la verdad y nos ofrece ese nuevo sentido de la vida. Conocer a Jesucristo es quizá el paso más importante que una persona puede dar.

El ritmo de la vida moderna no permite, muchas veces, detenerse en obras extensas. Hemos querido ofrecer un relato de la vida de Jesucristo, íntimamente unida a la de su Madre y Madre nuestra, asequible por su extensión, al hombre y a la mujer de nuestra época.

No es una obra de exégesis bíblica. Se describen las escenas que nos relata el evangelio, reviviendo con la imaginación lo que muy bien pudo ser así, para facilitar que llegue a la mente y al corazón humano la figura amable de Jesucristo y para que podamos asimilar su mensaje, que es la luz de nuestro caminar en la tierra.

Se ha procurado subrayar la humanidad de Jesucristo. Las personas necesitamos humanizar lo divino, así podemos imitar al Dios hecho hombre y hacerlo nuestro modelo. De este modo, podemos vivir la maravilla de elevar a la altura de Dios hasta las más pequeñas realidades de nuestra existencia.

Con objeto de no interrumpir el relato, las referencias bibliográficas se han puesto al final de cada capítulo, para que el lector pueda encontrar, si lo desea, ampliación al tema.

1. MYRIAM, LA MUCHACHA ENAMORADA

Hay en la zona central de Israel un pequeño pueblo que se llama Nazaret. Unas cuantas docenas de casas descansan sobre una loma rocosa. Por el camino, desde el río, sube una muchacha de unos diecisiete años. No hace mucho que dejó de ser niña. Ahora es ya una preciosa mujer. Lleva con gracia una pequeña canasta de mimbre y dentro de ella la ropa que acaba de lavar. En su casa son pocos. Su padre, Joaquín; su madre, Ana, y ella, María.

Se ha despedido de las otras mujeres y les ha dicho alguna frase divertida, porque han quedado riendo y han mirado a María con una sonrisa de simpatía y cariño. Algunas la llaman Myriam.

Sube el camino canturreando una canción. La interrumpe para contestar el saludo que viene de una casa cercana. El viento ha traído rápido la voz. Es un muchacho, poco mayor que ella, que la ha estado siguiendo con la mirada desde que la vio por el camino. Se llama José. Las mejillas de María se han

vuelto más sonrosadas, en parte por la subida, y más por el saludo. Cruzan unas frases muy breves y una mirada en la que se adivina el cariño. Myriam continúa el camino silenciosa. Sonríe y sueña. Misteriosos sueños de mujer.

Llega a la casa y saluda efusiva y alegre a sus padres. Comienza a extender la ropa en el tendedero, mientras canturrea la canción interrumpida en el camino. Su madre le ayuda.

-María, ¿cómo haces para dejarla tan blanca?

-No lo hago tan bien como tú...

Las dos hablan al mismo tiempo y ríen de cosas menudas. Después de un pequeño silencio, María cuenta que, al subir, ha visto a José. Ana le dice:

-¡Qué bien me cae José!

La ropa ya quedó en el tendedero y Myriam se va hacia su habitación pensando en José. Abre un mueble y saca cuidadosamente algo que extiende sobre sus rodillas. Es el vestido que se está haciendo para los desposorios con José. Faltan ya pocas semanas. Las bodas entre los judíos tienen dos fases. La primera son los desposorios o esponsales, que tienen los efectos jurídicos y morales de un verdadero matrimonio y que los judíos lo llaman *qiddushin*. La segunda es la *nissuin*, o conducción de la esposa a la casa del esposo. Entre una y otra fase puede transcurrir un año o más.

Myriam está muy enamorada de José y tiene plena confianza en él. Esto es muy importante porque en el matrimonio de María con José existe una circunstancia muy especial: Dios le ha pedido a ella que mantenga la virginidad y no haga uso del matrimonio. José lo acepta. Esto no va a impedir que sean verdaderamente esposos y que su matrimonio sea perfecto. El Señor que les ha pedido esta circunstancia extraordinaria les dará también la gracia necesaria. Ellos confían en Dios y, además, confían el uno en el otro.

La aguja se mueve rápidamente por la tela entre los dedos ágiles de Myriam. Por su mente han ido pasando estos pensamientos. Una vez más le ha dicho al Señor que su vida es para El y que disponga de ella según su voluntad. Cuando le dice esto a su Dios, una paz y una alegría muy grande invaden su

alma. Myriam sonríe pensando en José y en lo bonita que va a estar la fiesta de esponsales. Vuelve a sus labios la canción que venía cantando por el camino, ahora con más fuerza. Su madre Ana, desde el patio, se une a la voz de Myriam y cantan las dos juntas.

Cfr.: José María Casciaro, "Jesús de Nazareth", Madrid, Alga, 2. edición, 1994. pp. 38-39. Francisco M guel Wlllam, "La vida de Jesús", Madrid, Espasa-Calpe, Edición, 1964. p. 29. Fray Justo Pérez de Urbel, "Vida de Cristo", Madrid, Patmos, 1991 pp. 42-43.

2 DIOS EN LA TIERRA

Myriam, con sus diecisiete años ya es una mujer casada. Es la edad normal, entre los judíos, para contraer matrimonio. José, su esposo, tiene unos pocos años más. Pasar  todavía un tiempo hasta que vaya a vivir con José, de acuerdo a las costumbres judías. La fiesta de esponsales ha sido todo un acontecimiento en Nazareth. Myriam ha estado feliz y José ni se diga. No se cansan de recordar los detalles de la ceremonia y de hacer planes futuros, llenos de ilusiones.

María está bordando en su habitación. El sol tibio del atardecer entra por la ventana y cruza la habitación. Hace un alto en su tarea, deja perder su mirada por los campos, luego dobla la tela que está bordando y la guarda. Se dirige hacia un pequeño mueble que le ha construido José y toma un rollo de pergamino. Es uno de los libros de la Biblia. Lo desenrolla y busca un pasaje. Tiene preferencia por el profeta Isaías. Lee en voz alta:

«Hoy brillará una luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor. Su nombre es Dios, Príncipe de la Paz, Padre del tiempo. Y su Reino no tendrá fin.»

En ese momento la habitación se llena de una luz, tan brillante como si todo el sol se hubiese metido por la ventana. María siente que en la habitación hay alguien. Levanta la vista y ve, ante ella, un ángel que le habla con voz cálida y afectuosa:

-Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo.

María se turba por la presencia del ángel y por sus palabras. Sabe que Dios está muy cerca. Se pregunta qué significa todo esto y siente un gozo grande pero al mismo tiempo un temor. El ángel, que lee sus pensamientos, le dice:

-No temas, María...

La ha llamado familiarmente por su nombre. ¿Cómo sabe que se llama así? Y, además, lo ha dicho de un modo tan especial que ni siquiera su madre o José lo han dicho con tanto afecto. Además, en Palestina no es costumbre dirigirse a las mujeres por su nombre a no ser en un ambiente de gran familiaridad.

Ya, totalmente sosegada, María sigue escuchando muy atenta el mensaje:

- ..has hallado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre; darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús...

Estas palabras la impresionan profundamente y se da cuenta de lo que significan. Ha leído y meditado muy bien a los profetas y ha pedido muchas veces al cielo que el Mesías prometido, el Salvador, llegue pronto. No interrumpe al ángel, que sigue hablando:

-.. será grande y se llamará Hijo del Altísimo. El Señor Dios, le dará el trono de David, su padre. Su reino no tendrá fin.

María tiene una pregunta que hacer. El Señor le ha pedido que conserve su virginidad. ¿Cómo ahora el ángel le habla de dar a luz un hijo?

-¿De qué manera ocurrirá lo que dices si yo no voy a conocer varón?

La respuesta del ángel es clara y directa:

-El Espíritu Santo vendrá sobre ti y te cubrirá con su sombra, de modo que el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios...

María se sorprende. Es difícil entender lo que el ángel le dice. Hay un corto silencio. Es el silencio de la reflexión y de la fe. Confía absolutamente en Dios. Lo ha hecho desde que tuvo uso de razón. Decide entregarse incondicionalmente, pero antes de que comience a hablar el ángel le comunica una noticia inesperada:

-Tu parienta Isabel, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo; la que llamaban estéril ya está en el sexto mes, porque para Dios nada hay imposible.

María, una vez más, mira con asombro. El ángel calla pero no se va, porque falta la respuesta. Vuelve a haber unos segundos de silencio. La vida del mundo está pendiente del sí de una mujer. Dios somete sus planes a la libertad humana. En aquella sencilla habitación de un pueblo perdido de Israel, suenan débiles las palabras más importantes de la historia, las que cambian el curso de todas las generaciones humanas:

-Soy la esclava del Señor; hágase en mí como tú dices.

En ese instante, concibe en su seno virginal al Hijo de Dios. El corazón de María se ha abierto a la fe, sus labios al sí y su seno virginal al Redentor. Es Madre de Dios hecho hombre.

El ángel se retira. Pero antes, hace una profunda inclinación adorando a Dios, mira con cariño los ojos de María y sus labios dibujan, sin sonido, su nombre. Otra vez queda sola en su habitación. Pero sola, no; con Dios encarnado en su seno. Ella también hace una profunda inclinación de cabeza a su Dios.

Mientras tanto, la vida de los hombres sigue su curso sin sospechar que el cielo ha bajado a la tierra. Las generaciones futuras aclamarán aquella hora. La de entonces la ignora.

Cfr.: Evangelios: Lucas 1, 26-38.

Bibliografía: Frank J. SHEED, "Conocer a Jesucristo", Madrid, Palabra, 7a edición, 1991 pp. 33 y 39-44. PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp 42-46. WILLAM, ob. cit. pp. 28-31.

3 VIAJE A AIN-KARIN

Hace unas horas de la visita del ángel. María reflexiona y habla con su Dios, que ya está dentro de ella. A sus ojos se abre un futuro de misterios y grandezas divinas, de salvación y de esperanzas; la humanidad está de enhorabuena. Sin embargo, para ella el futuro se presenta envuelto en torbellinos de inquietudes. Vienen a su mente las profecías de Isaías:

«...como cordero llevado al matadero...; el Señor quiso triturarlo con el sufrimiento y entregar su vida como expiación por los pecados de todos...; nuestro castigo cayó sobre él.»

Cuando tiempo atrás leía esas palabras, se emocionaba ante la bondad de Dios con nosotros, pero también pensaba en la madre judía que tendría que soportar tanto dolor. Y se asustaba de su sufrimiento. Ahora es ella esa madre judía.

Piensa también en su prima Isabel, de avanzada edad y que está esperando un hijo. Necesita ayuda. Querría volar sobre los campos de Samaria y la sierra de Efraím para llegar a Ain-Karim, la pequeña aldea en que vive Isabel, con Zacarías, su esposo. Y piensa que no puede revelar a nadie el mensaje recibido de Dios. ¿Lo sabrá José? Es probable que el mismo arcángel Gabriel le haya comunicado el misterio. Qué ganas tiene de ver a José!

No tarda en aparecer José. Llama a la puerta y María oye enseguida su voz. Late fuerte su corazón. ¿Sabrá algo?. Una rápida mirada le basta para entender que no. José es el de todos los días. El misterio está sólo entre ella y Dios. ¿Qué ocurrirá con José? ¿Cuándo lo sabrá? Una incógnita más. Dios sabrá, El hace siempre lo mejor.

Myriam sólo piensa en viajar a Ain-Karin. Está a unos cuatro días de viaje, por caminos solitarios, difíciles, que atraviesan una sierra seca y pedregosa. No es extraño encontrar cuadrillas de asaltantes y ladrones. Los viajeros se protegen agrupándose en caravanas, a ser posible numerosas, y caminando sólo a plena luz del día. No sabe qué razón dar a sus padres para viajar hasta allí. Afortunadamente, pronto llegan unos correos con la noticia de que Isabel espera un hijo. Se produce un gran revuelo de alegría y de sorpresa entre amigos y parientes. María enseguida manifiesta el deseo de ir a atenderla y

acompañarla. Todos están de acuerdo. Tiene que esperar a que se organice una caravana camino de Jerusalén.

José también está de acuerdo en el viaje y le dice:

-Voy contigo, Myriam.

-No hace falta, José. En la caravana van mis primos, ya los conoces, puedes quedarte tranquilo.

José insiste pero María lo convence:

-Además, sé como eres; no esperarás en Jerusalén a que se organice una caravana de regreso y te volverás solo. Ya sabes que el viaje es largo y peligroso y yo voy a estar muy intranquila.

María está en lo cierto. José es hombre decidido y no se arredra ante los peligros. Por otra parte, en su taller de Nazareth hay mucho trabajo y le gusta cumplir los plazos de entrega establecidos.

José se ríe, la mira con cariño y le dice:

-¡Qué bien me conoces!. No creo que hubiese esperado más de dos o tres días, pero ya sabes que sé defenderme y que soy prudente...

Llega el día del viaje. José la acompaña hasta el lugar en que se organiza la comitiva. Como siempre, está muy alegre, aunque no puede disimular la pena por la separación. Ayuda a Myriam a subir al borrico, y pone en sus manos unas frutas frescas, las mejores que ha encontrado. Le dice que cada día la quiere más. A ella le pasa lo mismo y quiere más a José especialmente desde el día en que ha recibido el mensaje del ángel. Una vez más habla con los parientes que van en la caravana. Ellos le dicen:

-Quédate tranquilo. Cuidaremos a Myriam como lo harías tú mismo.

Un abrazo de despedida, unas palmadas al borrico, que mueve impaciente las orejas, y unas palabras que despiertan la risa de los dos, son para María y para José el final de una etapa, parecida a la de tantas parejas de jóvenes esposos y el comienzo de otra, totalmente distinta, llena de sorpresas, en la que el mismo Dios irrumpe, sin pedir permiso, en la vida de los dos.

María sabe mucho de la aventura que comienzan; José no sabe nada.

Cfr. Bibliografía: PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 46-47

4 SECRETOS DE MUJER

Durante las largas horas de camino, María va silenciosa. Revive en su interior todos los detalles de su conversación con el ángel y profundiza una a una en el contenido de las palabras que le ha dicho. Sabe que tiene en su seno al Mesías esperado, a Dios hecho hombre, y conversa con El como cualquier madre que siente la presencia de su hijo dentro de ella. El viaje se le hace corto. Hay algo que no entiende y se lo dice a su Señor:

-¿Por qué soy yo la elegida, habiendo tantas mujeres importantes en Israel?

En los días anteriores, ha releído una vez más las profecías sobre el Mesías. Las sabe casi de memoria. Ahora, adquieren un sentido nuevo porque las profecías sobre el hijo, afectan muy directamente a la madre. Son profecías sobre ella misma. Muchas de ellas presentan un panorama oscuro y doloroso. Por momentos se asusta:

-Señor, ¿yo podré...?

Siente que la sostiene la gracia de Dios. Ante El, siempre reacciona con generosidad total:

-Sabes, mi Señor, y tantas veces te lo he dicho, que estoy dispuesta a todo lo que Tú quieras.

Necesita comunicarse con alguien. ¡Lo que ha ocurrido en ella es tan grande! El ángel ha mencionado un solo nombre: Isabel.

Myriam se pregunta:

-¿Estará ella en el secreto? ... También pensé que José sabría algo, pero no. ¿Lo sabrá Isabel?

Con esta ilusión y con esta incógnita van pasando las horas y los días. Se acerca a Ain-Karim, que ya está a la vista. Pronto la caravana hace resonar sus cascos sobre las calles empedradas. Cuando llegan a la casa de Isabel, María baja del borrico con la agilidad y la ilusión de sus diecisiete años. Con gracia y simpatía, cruza unas frases de despedida con sus primos y con los demás del

grupo. La caravana no reanuda su marcha hasta que se abre la puerta de la casa de Isabel. María traspone el umbral. Antes, ha vuelto la cabeza rápidamente y ha sonreído a todos con esa sonrisa suya que José conoce tan bien. Entra en la casa. Los dos nombres, «María», «Isabel», suenan al mismo tiempo, efusivos, emocionados. Isabel, sin deshacerse del abrazo, se retira algo de María y dice unas palabras misteriosas:

-¡Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!

El corazón de Myriam late con fuerza. ¡Isabel conoce el misterio! Se alegra mucho porque, por una parte, es la primera confirmación humana del misterio que encierra en su seno y, por otra, ¡ya tiene con quien compartir su secreto!. Su alegría se convierte en asombro cuando oye a Isabel decir cosas maravillosas:

-¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?. En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre... Bienaventurada eres por haber creído, porque se cumplirán todas las cosas que te han dicho de parte del Señor.

Isabel se inclina reverente y adora a Dios oculto en el seno de su prima.

María sabe que lo que ha dicho Isabel es cierto: el Hijo de Dios está en su seno..., la Salvación ha entrado en el mundo..., y todas las generaciones se alegrarán por este día. Por su parte, ella desborda sus sentimientos en un himno de alabanza al Señor:

-Mi alma proclama la grandeza del Señor y se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador, porque ha mirado la pequeñez de su sierva. Desde ahora, todas las generaciones me llamarán bienaventurada porque el todopoderoso ha hecho en mí cosas maravillosas. . .

Isabel se da cuenta de que Myriam ha hecho una declaración sorprendente que no puede salir por sí sola de labios humanos. Afirmaciones maravillosas siguen saliendo de labios de María:

-.Su nombre es santo. Su misericordia se derrama de generación en generación... Hará proezas con su brazo; derribará del trono a los poderosos y

enaltecerá a los humildes; colmará de bienes a los hambrientos y a los ricos los despedirá vacíos...

Ha sonado por primera vez en la historia el himno conocido como *Magnificat*. Es el himno de los nuevos siglos de la humanidad que se abren con la venida de Dios al mundo.

El diálogo entre aquellas dos mujeres sencillas del pueblo de Israel se ha levantado hasta las nubes. El Espíritu Santo ha hablado en ellas. La escena es muy humana: dos mujeres conversan ilusionadas sobre el hijo que esperan. Pero las palabras están elevadas hasta la misma Sabiduría de Dios. El cielo y la tierra se dan la mano en aquella sencilla casa de Ain-Karim, como unos días antes en la de Nazareth.

Transcurren con normalidad los meses. Y lo sorprendente es que María, la criatura más excelente, la que ya es Madre de Dios, la que todas las generaciones llamarán bienaventurada, la reina de los ángeles, lava, cose, cocina, tiende la ropa, hace cuentas al final del día, conversa animadamente con sus amigas, ríe, reza, duerme, sueña con su ilusión y, sobre todo, ama a su Dios, que se mueve en su vientre, y ama a José, y a Isabel, y a todos y cada uno de los hombres y mujeres que vendremos al mundo, y que nos asombramos de las cosas maravillosas que hace el Autor de esta apasionante historia que es la existencia de la humanidad, y de la que todos nosotros somos protagonistas.

La vida humana es una fantasía real en la que sucede algo verdaderamente asombroso: que lo más sencillo puede elevarse hasta la grandiosidad de Dios. María es la primera que lo hace y nos marca el camino.

Evangelios LC I, 39-56

Bibliografía: SHEED, ob.cit., pp. 44-49. • PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 45-48 • WILLAM, ob. cit., pp. 33-

5 LAS DUDAS DE JOSE

Ha nacido el hijo de Isabel, Juan, el que irá delante del Salvador preparándole el camino. María, después de acompañar un tiempo a su prima, vuelve a Nazaret. Camino de regreso, se mezclan ilusiones e inquietudes ¿Cómo será su encuentro con José? ¿Qué sabrá José? Myriam confía en Dios y se abandona en El.

Una tarde, la caravana de viajeros llega a Nazareth. La maternidad de María no pasa desapercibida. En un pueblo de pocas familias la noticia corre rápido de boca en boca.

Esa tarde, como cualquier otra, José está trabajando en su taller. Es verano y el calor invita a tener las ventanas abiertas de par en par. Por ellas entra con toda claridad la conversación de dos mujeres en la calle:

-Acaba de llegar Myriam. Su prima Isabel tuvo su hijo, con toda felicidad. Se llama Juan. El parto ha sido fácil y ella se ha repuesto muy bien. ¡Gracias al Señor, que es misericordioso! Y, ¿no sabes?, Myriam está esperando un hijo. La maternidad la ha hecho todavía más preciosa...

José se queda paralizado. Detiene el movimiento de la sierra que estaba manejando vigorosamente. Las mujeres siguen hablando de otras cosas pero él no oye más. Un tumulto de sentimientos entra en su corazón. Piensa que son habladurías de pueblo chico y vuelve a dar movimiento a la sierra. La herramienta se desvía de su curso. José tiene la cabeza en otra cosa. Recoge rápidamente el trabajo que está haciendo y sale.

José camina con paso rápido y enérgico por aquellas estrechas callejas de Nazaret. Va ensimismado en sus pensamientos. El rostro serio. Contesta los saludos al paso, casi sin darse cuenta. Sus labios han dicho varias veces: «¡Señor!». Intenta tranquilizarse diciéndose que son habladurías, o que ha escuchado mal, o que se referían a otra persona.

Llega frente a la puerta de la casa donde vive María. ¡Qué distinto a otras veces! No se decide a entrar y pasa de largo. Pero tiene que salir de la duda, y regresa. Delante de la puerta vacila un instante. La puerta se abre y salen unos parientes, conversando animadamente. Le saludan con alegría y uno de ellos le dice:

-¡Felicitaciones, José, enhorabuena!

María ya está desposada con José y los desposorios otorgan los efectos legales plenos del matrimonio. Para los parientes y amigos, es una buena noticia que espere un hijo. Además, las magníficas cualidades de José, un hombre a carta cabal, hacen que sea muy querido por todos.

Esas palabras le hunden en el mundo de su angustia. Oye próxima la voz de María, esa voz de la que está tan enamorado y que le trae tantos recuerdos dulces. Le ha sonado igual que siempre, clara, sincera, alegre. Le devuelve la esperanza de que María es la de antes, la mujer enamorada que despidió hace unos meses, camino de Ain-Karim la que se ha llevado todo su corazón, la que dio su promesa de fidelidad conyugal el día de los esponsales. Myriam es el sueño y la ilusión de su vida. Con esa esperanza, José da unos pasos. Está frente a Myriam, que le sonrío. Es la de siempre. José lee en sus ojos el mismo amor de hace unos meses, incluso le parece que más. Quedan solos los dos. Cruzan unas pocas frases de saludo y luego José guarda silencio para que pueda hablar María. El silencio responde al silencio. Pero los ojos de María hablan transmitiendo el cariño sincero de siempre. Ella sufre al ver la angustia de José, que no pregunta, no pide ninguna explicación. Sólo comprueba que ella le mira y le sonrío. Sin esa sonrisa y sin esa mirada su vida no tiene sentido.

Corta es la visita. Sale con el rostro serio, metido en sí mismo. Camina hacia los campos que rodean Nazareth, durante horas, sin saber a dónde va. Ni por un momento duda de María. Simplemente, no entiende. No puede pensar. Se ha hecho de noche. El cielo tachonado de estrellas parece que quiere hablarle, infundirle esperanza. Ha golpeado alguna piedra con los pies, sin embargo, extrañamente, siente una gran paz en su alma y a Dios muy cerca de él. Casi sin darse cuenta, sus labios repiten en voz baja y, a veces, a gritos: «¡Señor, Tú sabes lo que haces!».

su voz ha sonado muy potente; es el clamor de un hombre que, desde el fondo de su corazón, se dirige a su Dios. Sabe que esa voz tendrá respuesta. En voz baja, casi en silencio, sigue repitiendo: «Señor, Tú sabes lo que haces... ¡confío en Ti!».

Pasan largas las horas. Revive en su memoria la escena en casa de María. Le ha mirado y le ha sonreído con inmenso cariño. Sus palabras le han sonado más dulces que nunca. Y exclama en voz alta, como contándole a los campos y a las estrellas:

- ¡Es la de antes, la de siempre!. ¡Y qué bonita está!. Tenían razón aquellas dos mujeres cuando han dicho que la maternidad la ha puesto todavía más preciosa. ¡Qué gran confusión en mi cabeza! ¡Señor, Tú sabes lo que haces!.

Al llegar las primeras luces del alba, José toma una decisión: tiene que hacer unos trabajos en un pueblo vecino. Allí puede estar solo con sus pensamientos y con su Dios. Esa misma mañana, sale de Nazareth. Los días siguientes, mientras realiza bien esos trabajos, con su competencia profesional, le pregunta muchas veces a Dios:

-Y yo... ¿qué quieres que haga?

Después de muchas cavilaciones, comprueba que sólo hay dos caminos: repudiar a su esposa, ante la ley, o huir, echando sobre sí mismo el peso de la infamia. Elige el segundo camino; supone que María está en los proyectos de Dios y él debe desaparecer. Se irá al día siguiente, con rumbo desconocido. «¿Qué será de mi vida? -se pregunta José-. Caminaré por el mundo viviendo del recuerdo. Llevaré entero en mi corazón el amor a María. Yahvé-Dios cuidará de ella y cuidará de mí.»

Esta es la decisión que Dios está esperando. Una decisión que da la medida de la grandeza humana de José, de su lealtad, de su generosidad. ¿Porqué Dios permite este hondo sufrimiento del esposo de María? Quizá para que la fe de José «se luzca», para asociar su sufrimiento al sacrificio redentor de su Hijo y para ser un ejemplo grandioso de hombría de bien, de fortaleza, de amor a Dios y a su esposa. El arcángel Gabriel, que esperaba impaciente el mandato de Dios, se presenta durante un sueño ante José:

-José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, en tu casa porque ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. El será el salvador del pueblo.

Nunca había recorrido tan rápido ni tan alegre el camino hasta la casa de Myriam. Toca la puerta y entra rápido con la fuerza de sus años jóvenes. No hacen falta las palabras. Una alegría inmensa embarga los dos corazones. José se inclina reverente ante el seno de María y adora a su Dios. Myriam recuerda que lo mismo ha hecho el ángel y ha hecho Isabel. Luego, un tumulto de palabras, de risas y de silencios llena largo rato la habitación.

Ha llegado la hora de los preparativos para el Niño que va a nacer, de los sueños, de los proyectos.

Aunque Dios tiene los suyos, sorprendidos, impensables.

Evangelios Mt 1, 18-25

Bibliografía: SHEED, ob.cit., pp. 49-53. PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 53-54. WILLAM, ob. cit., pp. 4244

6 UNA NOTICIA SORPRENDENTE

En los pueblos pequeños, un nuevo día comienza con rutina, sin noticia. El mismo borrico que va por agua a la fuente, el saludo tranquilo de los vecinos. Pero esta mañana Nazaret amanece alborotada. Sucede que, durante la noche, las autoridades romanas han fijado en las paredes unos edictos mandando empadronamiento general de la población, por tribus y familias. Cada uno debe acudir a la ciudad de su estirpe.

Para la mayoría de los habitantes de Nazaret, como los de toda Judea y Galilea, esto supone viajes de cuatro o cinco jornadas, gastos, incomodidades. Los edictos se publican de noche para evitar tumultos y protestas.

La orden viene firmada por el emperador de Roma, que es César Augusto, y transmitida a los judíos por el gobernador de Siria, Sulpicio Cirino. El emperador Augusto tiene el hobby de las estadísticas. A su muerte, dejará un estudio completo de todo el imperio: número de habitantes por provincias, riquezas que contienen, tributos que pagan a Roma, número de soldados...

En Nazaret, como en los demás pueblos y aldeas, las quejas airadas contra el decreto del César no se expresan exteriormente. Saben que los tumultos populares son reprimidos con sangre. Todo queda en comentarios a media voz:

-César desea contarnos como el hacendado cuenta sus ovejas.

Los judíos tienen la esperanza de un mesías liberador que los salvará de la dominación romana. Se han olvidado de la promesa de un salvador que librá al pueblo de sus pecados, para pensar en un jefe militar, que expulse a los romanos y permita la restauración de la monarquía de Israel. La visión política oscurece el sentido religioso de la Sagrada Escritura.

José, muy de mañana, oye algo y sale a la calle. Se acerca hasta uno de los edictos y lee atentamente. La noticia echa por tierra todos sus preparativos, porque Myriam ya está en los días del nacimiento. Está pensando qué hacer cuando ve a María, junto a él, leyendo atentamente el edicto:

-Myriam, el niño está por nacer...

Queriendo darle paz, Myriam sonríe a José, pero él ve que ella tiene los ojos en lágrimas.

Se sobrepone a todos sus sentimientos, sonríe también a María y le dice:

-No tenemos tiempo que perder. Vamos a casa a preparar el viaje y partiremos en una de las primeras caravanas. Belén debe estar congestionado de peregrinos.

José, que es de la tribu y familia de David, le toca ir a Belén y, con él, debe ir su esposa. Son cuatro o cinco días de viaje.

A su lado, alguien masculla entre dientes:

-Cuando venga el mesías, expulsar a de nuestra tierra a estos gentiles, que nos cuentan como rebaños, y les har a morder el polvo.

A María le da un vuelco el corazón. Sabe que el mesías ya ha venido al mundo, y está dentro de sus entrañas y al lado de ese hombre. Pero su hijo trae al mundo un poder distinto, una misión universal, es el Salvador del mundo. María le dice en voz baja a José:

-Este hijo va a ser incomprendido por la gente de nuestro pueblo.

Caminan los dos con paso rápido hacia su casa. Mientras María prepara lo necesario para el viaje, José se mueve con rapidez y consigue lugar para los dos en una de las primeras caravanas. A los pocos días, inician el viaje. María cabalga, tranquila y feliz, sobre el borrico de José. Junto a el se siente segura y protegida, Y junto a María, José es el hombre más feliz del mundo.

Durante el viaje, conversan de todo. También hay largos silencios. María rompe uno de ellos y dice:

-José,  te acuerdas cómo es la escritura del profeta Miqueas sobre el Mesías?...  No habla de Belén y dice que allí debe nacer el Salvador?

José va trayendo la frase exacta a su memoria, pero deja que la diga María, que es quien va pronunciando lentamente las palabras, como sabore ndolas:

-“Tú, Belén, no eres la más pequeña entre las ciudades de Israel, porque de ti saldrá el Salvador que conducirá a mi pueblo”.

Los dos se quedan pensativos por un momento. José dice, como pensando en voz alta:

-Así que Dios se sirve del emperador romano para que se cumplan las Escrituras...

María y José se miran y ríen tan abiertamente que llaman la atención de los que van cerca. La alegría de esa joven pareja de esposos, que se ha ganado toda su simpatía, se contagia al grupo de viajeros. Por un momento, todos ríen con ganas. Sólo María y José saben porqué.

Evangelios: Lc 2, 1-

Bibliografía:

DANIEL ROPS, pp. 106-107 SHEED, ob. cit., pp. 55-58 PEREZ DE URBEL ob. cit, pp. 55-56 WILLAM. ob. cit., pp. 49-50.

7 UN NIÑO NOS HA NACIDO

Desde una pequeña loma, aparece ante sus ojos la ciudad de Belén.

-Mira José, cómo relucen las casas blancas al sol ¡Qué bonito es Belén!. Es la patria de Jesús.

Hace un rato que lo ve silencioso a José y trata de decirle cosas que le animen. El panorama es preocupante. Riadas de peregrinos llegan a Belén. Por las calles empedradas y estrechas transita un enjambre humano. José va repasando mentalmente alternativas de hospedaje.

En la entrada de la ciudad hay una hospedería. Las puertas están cerradas y, sobre ellas, un cartel bien visible dice: «Todo completo. No insistir». Unas casas más adelante vive uno de sus parientes. Toca la puerta. No se abre. Vuelve a llamar. Alguien se asoma por una ventana del segundo piso. Pronto aparece su pariente en la puerta, y explica a José que no tiene ningún espacio libre. Le sugiere la dirección de otros conocidos. Va allí, pero la respuesta siempre es amable, pero negativa.

El día comienza a ensombrecer. Myriam, aunque lo disimula tras su sonrisa, acusa el cansancio. Hasta el borrico está cansado.

María le dice:

-José, aceptemos la sugerencia que ha hecho uno de tus parientes...

-No, Myriam, en esas cuevas, ¡de ninguna manera!

Continúan la búsqueda, pero al fin José tiene que aceptar.

Regresa a una de las casas, conversa con su pariente y llegan a un acuerdo. El dueño de casa llama a uno de sus hijos; tiene unos doce años. Le da unas instrucciones y le dice que acompañe a los visitantes. José, agradece con afecto a su pariente, aunque se nota que la solución adoptada le hace sufrir mucho.

El muchacho los lleva a una cueva, es algo mejor que las otras. José piensa que, por lo menos, aquí tendrán privacidad, lo que no ocurriría en las hospederías. Hay un buey y una mula. El muchacho ayuda a arreglar el pesebre con unas pieles y algunas ropas que usan los pastores cuando pernoctan allá. El buey y la mula entibian algo el ambiente del establo. El borrico de José da buena cuenta de unos haces de paja que le dan. Unos candiles iluminan el lugar. José se mueve con energía arreglando aquello, pero está silencioso y con cara seria. María como hablando consigo misma, dice en voz alta:

-Esto está quedando simpático. Yo aquí me encuentro muy a gusto.

-Yo no, contesta secamente José.

Lo ha dicho con un tono de enfado que hace reír a Myriam. Su risa contagia a José. Los dos ríen juntos. Y el muchacho, que inicialmente estaba algo asustado y cohibido, se suma abiertamente al buen humor. Piensa que aquella pareja tiene un algo que atrae irresistiblemente; se quedaría con ellos toda la noche, pero su padre le ha dicho que debe volver a su casa. Cuando se despide, dice que a la mañana siguiente, temprano, irá a visitarlos, para saber cómo han pasado la noche.

José ya está tranquilo y hasta contento. No se explica cómo María ha logrado hacerlo. Tiene razón María, allí se está muy bien. La luz del candil resalta el rostro de María y la hace todavía más hermosa. Hoy su voz y su mirada tienen un algo especial. Ella le dice cosas que le hacen reír, está con más sentido del humor que nunca. Hasta para el borrico tiene unas frases divertidas. El borrico, cosa rara en él, se ha echado en el piso, ¡Cómo estará de cansado!. José se acerca y le da unas palmadas en el lomo. Luego le dice:

-Te has portado como un valiente.

Hace horas que la noche ha caído sobre Belén. José atranca la puerta por dentro, se recuesta y se acomoda entre unos pellejos de pastor. Respira hondo. Con el cansancio enorme que lleva encima, a los pocos minutos se duerme profundamente.

El frío de la madrugada despierta a José. Oye el llanto de un niño. Cree que sueña. Vuelve el llanto, débil, dulce, muy cerca de él. Abre los ojos y ve a María que tiene un niño en los brazos. Está envuelto en unos pañales limpios, muy bien puestos. María lo mira sonriente. El niño ha dejado de llorar y lo mira también. José se levanta de un salto se acerca decidido y no duda en tomar al niño de los brazos de su madre. Por primera vez pronuncia su nombre: «Jesús». El niño acaricia su cara con la mano. María contempla la escena. José con la mirada pregunta cómo ha sucedido:

-Todo ha sido en un instante; ha nacido como una luz que pasa a través de un cristal.

José, asombrado, le dice:

-¡Bendita eres, María, y bendito es el fruto de tu vientre!

Se arrodilla junto al niño, y lo adora,

Evangelios: Lc 2, 6-20

Bibliografía: CASCIARO ob. cit., pp. 41-45 SHEED ob. cit., pp. 58-60
PEREZ DE URBEL ob. cit. pp. 56-61 ROPS ob. cit. pp. 111-112 y 119-122

8 LA PROFECIA DE SIMEON

Cuando las sombras de aquella primera nochebuena empiezan a esfumarse y amanece el primer día de Navidad, un bullicio de voces sobresalta a José. Sale a la puerta y ve que está llegando un grupo numeroso de pastores. Vienen decididos a entrar. José piensa, con buena lógica, que ellos usan esa cueva para descansar o para guarecerse de la lluvia y se prepara a defender lo que se ha convertido en su casa. Sus primeras frases contienen una negativa enérgica y contundente y los mantiene afuera. Dicen unas cosas extrañas, que le desconciertan; les oye hablar de un ángel, suaviza entonces el tono de su voz y escucha atentamente lo que le dicen. María los ha oído y hace por primera vez algo que hará muchas veces por nosotros, hasta el final de los tiempos: intercede por ellos.

-José, déjalos entrar, son gente de paz...

José les deja pasar pero quiere enterarse bien y les dice:

-No hablen todos a la vez... A ver, tú que pareces mayor, explica:

-Estábamos en el campo, velando por turnos sobre los rebaños, cuando nos despertó una luz muy potente y un ángel se apareció. Al principio nos asustamos, y el ángel nos dijo:

-No teman, les traigo una gran noticia, les ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Lo encontrarán en Belén, envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

Los demás asienten con fuerza sus palabras. Uno añade:

-Y aparecieron muchos ángeles que brillaban y cantaban: "Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad " Nos quedamos asombrados y hemos dicho: vamos ahora a Belén a ver este prodigio que Dios nos está anunciando.

Hay uno que coloca en el suelo su mochila, saca un queso grande y pan y dice tímidamente:

-Hemos traído algunas cosas para el niño y para la madre... Otro más decidido, añade:

-Y vino, que ¡da fuerzas y es vida!

El rostro de José ha cambiado totalmente y sonríe abiertamente. María, que todavía no les ve pero los oye, se ha levantado con el niño en brazos y se ha acercado hacia la puerta.

Al ver los pastores a la madre con el niño en brazos, se acercan rápidamente. Uno de ellos quiere tomar al niño pero José se lo impide:

-No lo toquen, no vayan a hacerle daño.

-Nosotros tomamos en los brazos las ovejas recién nacidas, que también necesitan ternura.

María pide autorización con la mirada a José y, sonriendo, pone el niño en sus brazos. El niño se encuentra a gusto en esos brazos recios de pastor.

Cuando se van, vuelve la tranquilidad a aquel establo convertido en "palacio real". Pronto llega otro visitante, que es muy bien recibido: el muchacho que les ha traído la noche anterior. Su sorpresa y su alegría es enorme. Se acerca al niño y lo acaricia y ríen los dos. Enseguida le dice a José:

-Me voy a mi casa a contarle a mi padre...; creo que podemos preparar una habitación.

El "palacio" se traslada, de una cueva compartida con un buey y una mula, a una reducida habitación de una casita de Belén. Ahí transcurren las primeras semanas de Dios en la tierra.

Un día, José dice a su esposa:

-¿Te acuerdas, María, que el libro del Exodo dice: “el primogénito varón me será consagrado”?

-Lo estaba pensando, José. Hay que llevar al niño al Templo para presentarlo al Señor y para cumplir el precepto de la purificación.

A los cuarenta días, María vuelve a subir al borrico de José, esta vez llevando un niño pequeño en brazos. Hay unas dos horas de camino de Belén a Jerusalén. Entran al Templo y José compra la ofrenda marcada por la Ley, un par de palomas, a los mercaderes que exponen y vocean sus productos en las escalinatas y los atrios del Templo. Algunos faltan al respeto debido a la casa de Dios. Treinta años más tarde, ese niño que ahora va en brazos, convertido en un hombre, tendrá que ponerlos en su sitio.

La mujer, con un niño en brazos, pasa totalmente desapercibida entre la muchedumbre de peregrinos. Camina como una más, acompañada por su esposo. Nadie puede sospechar que ese niño es Dios y que esa mujer será aclamada y bienaventurada por todas las generaciones. Desde el principio el Hombre-Dios manifiesta con claridad que le gustan las cosas sencillas y corrientes.

Los jóvenes esposos se sienten cómodos siendo uno más entre tantos. Hasta que ocurre algo que les devuelve a su realidad. Hay un sacerdote en el Templo que se llama Simeón. Es un hombre anciano, de pelo totalmente blanco. Los ve entre la multitud y se adelanta con paso decidido hacia ellos. Saluda con reverencia a María y a José y solicita tomar al niño en sus brazos. María, aunque sorprendida, no duda en entregarlo al venerable sacerdote, que lo recibe con gran alegría y delicadeza. Dice unas palabras proféticas:

-Ahora, Señor, puedes dejar ir a tu siervo, porque mis ojos han visto al Salvador: luz para iluminar a todas las naciones y gloria de tu pueblo Israel.

Simeón es un hombre muy fiel al Señor que espera con un gran deseo la venida del Salvador. En premio, el Espíritu Santo le ha prometido que no morirá sin verlo. Hoy, el Espíritu se lo ha señalado entre la muchedumbre. Tras largos años de espera, ha llegado el momento.

José y María están llenos de alegría. Contemplan emocionados la escena. El anciano sacerdote mira con ternura y reverencia al niño que tiene en sus brazos; el niño juguetea con la poblada y blanca barba de Simeón. Sin embargo, en uno de esos rápidos quiebres del gozo al dolor, al que Dios los va acostumbrando, le oyen decir:

-Este niño está puesto en el mundo como signo de contradicción... Y a ti, mujer, una espada atravesará tu corazón.

Los ojos de María se humedecen. José la mira con inmenso cariño. Nunca olvidará María las palabras que el Espíritu pone en boca de Simeón y entenderá que el amor y el dolor son compañeros inseparables en la vida.

Evangelios: LC 2, 22-35

Bibliografía: CASCIARO ob. cit, pp. 46-48 SHEED ob. cit., pp. 61-64
PEREZ DE URBEL ob cit., pp. 54-58.

9 LOS FUGITIVOS

Resuenan fuerte por las empedradas calles de Belén las pisadas de los camellos, y las voces de los guías. Se abren las ventanas a su paso, se detienen los vecinos en las esquinas. Sobre los camellos, ilustres personajes, envueltos en vistosas túnicas, despiertan curiosidad en los habitantes de Belén. En la plaza principal descienden de sus cabalgaduras. Cuentan que vienen de un lejano país de oriente y que una luminosa estrella los ha guiado hasta allí, buscando «al nacido Rey de los Judíos» y que vienen a adorarlo. Los habitantes de Belén se sorprenden mucho y les dirigen a la casa donde hay un niño de pocas semanas.

Entran a la casa de José y encuentran al niño, con su madre y sienten una gran alegría. Le rinden homenaje de adoración y le entregan unos presentes: oro, incienso y mirra. El oro es lo más apropiado para ofrecer a un rey; el incienso se ofrece a la divinidad; y la mirra, de sabor amargo, simboliza el sufrimiento. María y José captan el mensaje que estos presentes encierran.

Los magos cuentan que el camino ha sido largo. Han tenido que vencer algunos momentos de oscuridad y de duda, especialmente cuando se les ocultó la estrella.

Los magos hablan a María y a José de otras tierras y otras culturas, y les llevan con la imaginación a mundos muy distintos del suyo.

María y José recuerdan que Simeón les ha dicho que este niño será "luz de todas las gentes". Comprenden que les ha anunciado la universalidad de su misión. Entonces, piensan, la estrella aparecida en oriente es la primera manifestación al mundo.

María ya desde ahora empieza a sentir que al ser la madre de Jesús, es madre de todos los hombres.

Pocos días después, la caravana de magos recorre en sentido inverso las calles de Belén. Dejan tras de ellos una estela de interrogantes y de comentarios: «¿quiénes son ellos? ¿quién será este niño?»

Al pasar por Jerusalén, Herodes ha conversado con los magos y les ha dicho:

-A su regreso, díganme dónde puedo encontrar al niño, porque yo también quiero ir a adorarlo.

Herodes es un rey despótico. Su crueldad le ha llevado hasta a matar a varias de sus esposas. Ve por todas partes personas que amenazan destronarlo. Los magos, advertidos en sueños por un ángel, vuelven por otro camino. Herodes, al verse burlado, se irrita mucho y entra en una de sus desenfundadas cóleras sangrientas: manda matar a todos los niños, de dos años para abajo, en Belén y sus alrededores. Un día, los soldados salen muy de mañana por pueblos y aldeas vecinas y en brazos de sus madres son asesinados unos treinta niños.

Esa noche, un ángel despierta de su sueño a José y le dice:

-Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto porque Herodes lo busca para matarlo.

Nuevamente la angustia invade a José. Despierta a María y, sin darle razón alguna, le trasmite la orden. Alistan el borrico y salen precipitadamente. Las sombras de la noche aumentan la inquietud. El miedo hace que cualquier rumor lejano asemeje los cascos de los caballos que les persiguen.

La primera parte del camino es cuesta abajo. Descienden ochocientos metros desde Belén a la costa. Lo hacen en un tiempo casi imposible. En la mañana, descansan junto a una fuente. Unos buenos árboles les dan sombra. María va silenciosa, aunque intuye que algo grave sucede. Al rato, llegan otros viajeros a la fuente, les saludan y se sientan a conversar entre ellos. Por ellos se enteran de la sangrienta matanza que está ocurriendo en esos momentos.

María instintivamente cubre al niño. José se levanta, ayuda a María a subir al borrico, le da unas palmadas de aliento y recomienzan con ritmo fuerte el camino.

Cuando se cruzan con alguien, María esconde en su manto el niño. Detrás de cada arbusto hay un posible soldado. Cada ruido es un sobresalto. El ritmo que llevan es muy fuerte. José va sofocado por el esfuerzo, pero seguro y sereno. El borrico responde como un valiente

No hablan entre ellos. Sólo hay tiempo para cumplir la orden del ángel.

La costa es un desierto de arena, sólo se ve una extensa llanura amarillenta y allá, a lo lejos, el mar azul, como una línea que se dibuja en el horizonte. Algunas pequeñas manchas de un verde pálido, animan la monotonía del paisaje. La arena refleja la luz del sol y deslumbra la vista. En el centro del día el calor es fuerte. Sin embargo, José no aminora el ritmo de marcha. María va serena, fijando la mirada frecuentemente en José, que va delante, y protegiendo al niño de los rayos del sol y de la mirada de los escasos viajeros que se cruzan en el camino.

Cuando pasan dos días, el paso y el espíritu se van aquietando. El borrico pide tregua. Un pequeño manantial de agua, en un lugar protegido de vistas, les permite un buen descanso. Vuelve la sonrisa de siempre al rostro de Myriam, que inicia una canción. Pronto se une José y cantan juntos. Como la noche de la cueva en Belén, el borrico se ha echado al suelo. Cae la tarde, que es buen momento para caminar. A lo lejos se divisa una caravana. José se pone en pie, levanta también al borrico y ayuda a subir a María con el niño. Después de aprovisionarse de agua, reinician el camino. Pronto van a salir de la jurisdicción de Herodes y la tranquilidad será total.

El viaje dura alrededor de una semana. Un día, al coronar una colina, se sorprenden al contemplar el verdor del valle del Nilo. Muy a lo lejos, se ve el inmenso delta por el que el río entrega sus aguas al mar. Da la impresión de que el mar haya inundado el desierto. Ha acabado la inquietud de la fuga. José le dice a su esposa:

-María, el ángel me ha dicho que estaremos en Egipto hasta que él nos avise. Demos gracias a Dios y a su ángel porque nos ha protegido en nuestra huída. ¡Ha sido toda una aventura! Pero ya ha terminado...

-María da también gracias a Dios pero tiene la sensación de que la aventura está empezando.

Evangelios: Mt 2 16-18

Bibliografía: SHEED ob. cit., pp. 65-75; PEREZ DE URBEL ob. cit., pp. 71-83; CASCIARO ob. cit., pp. 49-55; ROPS ob. cit., pp. 130-134; WILLAM ob. cit., pp. 58-65.

10 LA VIDA EN NAZARETH

Han pasado unos diez años del regreso de Egipto a Nazareth. Jesús es un muchacho adolescente que trabaja con José en el taller y estudia con los chicos de su edad. Es uno más. Externamente no hay ningún signo de su divinidad. José le ha enseñado a manejar las herramientas de carpintero y le va introduciendo en esas habilidades múltiples que debe desarrollar el artesano de un pueblo: arreglar un techo, ayudar en la construcción de una casa, hacer el plano y dibujo de una construcción, reparar unos instrumentos de labranza...

Por las mañanas, Jesús acompaña a María a la fuente y carga con soltura y gracia unas vasijas de agua. Poco a poco, las que lleva son de más tamaño. En el camino a la fuente, madre e hijo conversan animadamente y con frecuencia se ríen juntos de mil pequeñas ocurrencias o sucesos que pasan alrededor. Jesús es conversador y divertido. Su simpatía le hace ser muy querido en Nazareth. En la fuente, mientras los caños de agua van llenando las vasijas, María se sienta con las otras mujeres en las escalinatas de piedra y Jesús corretea y juega con los chicos de su edad.

María es muy buena amiga de las mujeres del pueblo. A veces, alguna la invita a dar un corto paseo alrededor de la fuente, porque quiere confiarle alguna preocupación y pedir un consejo; sabe que ella se lo puede dar bien. Hay algo en María que inspira confianza y que hace que se esté muy a gusto junto a ella.

En los juegos de los muchachos Jesús revela destreza y habilidad. Cuando Jesús está en el grupo con los muchachos, siempre hay risa y animación alrededor. A María le pasa lo que a toda madre, que sus ojos se prenden de los correteos de Jesús y sus labios dibujan una sonrisa de satisfacción. Las otras mujeres lo notan y le dicen:

-María, ¡qué simpatía tiene tu hijo!...

Ella asiente, teniendo también algunas frases amables para los de la otra mujer. Algunas veces, Jesús acompaña a su madre a lavar la ropa y la ayuda a tenderla al sol para que se seque; de vez en cuando juguetea con la ropa mojada y hace reír a su madre.

Varias horas al día, Jesús las pasa en el taller ayudando a José. Cuando, al atardecer, vuelven los dos a casa, María les espera. Todos los días encuentran una pequeña sorpresa en el arreglo de unas flores, en la decoración, en la comida. ¡Qué buena mano tiene María en la cocina!

Por la noche, se encienden unas lámparas, colocadas sobre unos candeleros de fierro, que ha fabricado José en el taller. Dan una iluminación suave que invita a la conversación y a la intimidad familiar. Surgen las pequeñas incidencias de la jornada, entre bromas y risas.

La casa de María y de José tiene un atractivo especial y el llamador de bronce de la puerta suena con frecuencia; tiene un sonido bonito, a buen metal. Las visitas son frecuentes; hay un algo especial que hace agradable estar en esa casa.

Antes de la cena, cuando ya se han quedado solos los tres, José abre una página de los libros sagrados y lee despacio. Hacen oración en silencio, hablando con Dios, que lo tienen tan cerca. Algunas veces, José comenta algo, alaba a Yahvé y le da gracias. María y Jesús escuchan atentamente. Después de cenar, la tertulia familiar es muy rica en recuerdos José tiene muy vivo el recuerdo de aquella aventura que vivieron con la huida a Egipto. Fueron unos días imborrables. María también los tiene grabados en su corazón. Siempre resalta lo bien que se portó el borrico, incansable, y lo rápido que caminó los primeros días:

-¡Qué bien se portó! Si no es por él, creo que nos hubiesen alcanzado los soldados.

Jesús quiere saberlo todo; escucha con intensidad reviviendo las escenas y muchas veces mira con admiración a José. Se ve que lo quiere muchísimo,

-¿Papá, cómo conseguiste abrirte camino en Egipto? Estabas en un país extranjero y, además, no tenías tus herramientas de trabajo.

María se adelanta a responder:

-El empuje de tu padre y su habilidad profesional pudieron más. ¡Ya ves cómo es!

-Un día me avisó el ángel -cuenta José- y regresamos a nuestro país. El tiempo que pasamos en Egipto no estaba en nuestros planes. Luego, como hablando consigo mismo, continúa:

-No hay que hacer muchos planes personales cuando uno está decidido a seguir los de Dios. Yo he comprobado que lo mejor es seguir los suyos. Dios nos lleva de la mano.

María interviene:

-Se lee en los libros sagrados que los designios de Dios son imprevisibles. Nosotros lo sabemos bien, ¿verdad José?

Se miran los dos y ríen abiertamente. Jesús disfruta cuando ve a sus padres tan felices y ríe con ellos.

Un día dice José:

-Ya se acercan los días de la Pascua. Tenemos que preparar el viaje a Jerusalén.

Los israelitas van todos los años a Jerusalén, por la Pascua. Hay ciento veinte kilómetros, que se hacen en cuatro o cinco jornadas de camino. Los últimos años Jesús ha querido acompañar a sus padres. Ahora ya tiene doce años y tiene que ir por precepto de la ley. Por eso interviene con ilusionada alegría:

-¡Tenemos que ir a Jerusalén!

Evangelios: Le. 2. 41-50

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., pp. 57-59 ob. pp. 95-100. PEREZDE URBEL, ob. cit., pp. 8801 WILLAM, Ob., cit., pp. 71-77.

11 UN VIAJE CON SORPRESA

Entre la muchedumbre de peregrinos, nadie puede sospechar que ese muchacho que anda contento con sus padres es Dios. Jesús es uno más. A Dios le gustan las cosas sencillas y ordinarias; aunque de vez en cuando hace sus excepciones y hoy va a hacer una de ellas.

Llega el día del regreso, que es el 22 de Nisán. Por la mañana, temprano, van a despedirse del Templo. Desde allí se organizan todas las caravanas. La música de las arpas y las flautas acompaña los últimos cantos de despedida. El ambiente es muy bullicioso. Los organizadores de cada caravana llaman a sus viajeros con voces potentes y algo nerviosas.

Según la costumbre de los judíos, por un lado va la caravana de los hombres y por otro la de las mujeres y niños, que lleva un ritmo algo más reposado. Al atardecer, los hombres llegan antes y preparan los alojamientos. En la noche de la primera jornada, María y José se encuentran.

-¿Jesús no viene contigo?, se preguntan al mismo tiempo uno al otro.

Jesús no está. Otros años ha ido con su madre; este año, Myriam ha supuesto que por tener ya doce años, ha ido con la caravana de los hombres. José ha pensado que, igual que otros años, iba con su madre. Lo buscan, preguntan a amigos y conocidos. Nadie lo ha visto durante el camino.

Llegan a la conclusión de que, de modo inexplicable, se ha quedado en Jerusalén. Tienen que esperar las primeras luces del alba para poder volver a Jerusalén. Salen muy temprano. Otra vez al borrico le toca hacer horas extra. José le anima y le obliga a levantar el ritmo de marcha con voces enérgicas. María, como doce años atrás en aquella huida a Egipto, calla, reza y confía. La escena se parece algo a la de entonces, pero ahora no está con ellos.

Llegan a Jerusalén a media tarde y se lanzan a la búsqueda. No lo encuentran. Las horas pasan cada vez más amargas. A la noche, se duermen rendidos por el agotamiento. Es el segundo día en que están sin Jesús.

A la mañana siguiente, van al Templo para confiar a Dios su pena y para pedirle ayuda. Recorren sus atrios y galerías, que ahora les parecen más largas que nunca. Preguntan, buscan, vuelven y revuelven, hasta que por fin, exclama emocionada María:

-¡Allí está Jesús!

Está sentado en el suelo con otros muchachos, delante de uno de los doctores de la ley. Sus padres corren hacia él.

Cuando se acercan, observan que Jesús conversa con el doctor de la ley y que éste le escucha atentamente. Hay en el alma de María un aluvión de sentimientos: la alegría del reencuentro, el orgullo muy femenino de ser la madre de ese niño y la extrañeza por el modo cómo se ha comportado. Este es el sentimiento que domina y le pregunta:

-Hijo, ¿por qué has hecho esto? Tu padre y yo te buscábamos...

María sabe que es a José, como jefe y patriarca de la familia, a quien le corresponde tomar la iniciativa, pero su sentimiento materno le ha hecho adelantarse. Por eso, le restituye la autoridad diciendo “tu padre y yo.”

La respuesta de Jesús es totalmente inesperada:

-¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?

Mientras tanto en el grupo se ha hecho un silencio. La presencia de sus padres impone respeto. El doctor de la ley les ha saludado con una inclinación de cabeza. Además, ese muchacho tan joven les tiene asombrados porque sus palabras están llenas de sabiduría, y el tono de su voz es muy sencillo y agradable. La respuesta que da a sus padres aumenta todavía más ese halo de misterio que comenzaba a rodear a Jesús. El silencio está sembrado de interrogantes: “¿Quién será este muchacho?”

Jesús se levanta sin prisas. Se despide del doctor de la ley inclinando respetuosamente la cabeza. Mira con amigable afecto a los demás del grupo y se acerca a sus padres. Los presentes no pierden detalle. Ven que besa con ternura a su madre y a José, dice en su oído algo que les hace sonreír. Luego,

entre uno y otro, se aleja con paso tranquilo y sosegado y se pierden entre la muchedumbre. El grupo de muchachos queda silencioso, recordando sus preguntas y sus respuestas. El doctor de la ley también queda pensativo. Luego les dice:

-Hoy ha sido un día diferente.

Y da por terminada la lección.

Evangelios: Lc. 2. 41-50

Bibliografía: CASCIARO ob. cit. pp. 57-59 SHEED ob. cit. pp. 95-100
PEREZ DE URBEL ob.cit. pp. 88-91 WILLAM ob.cit., pp 71-77

12 LOS AÑOS DE SILENCIO

Después del incidente del Templo, Jesús baja con sus padres a Nazareth y les obedece en todo.

Se inicia una etapa de normalidad absoluta, de largos años de silencio. Los días pasan sin más ruido que el rumor de las conversaciones de familia en el hogar, de las risas juveniles en el hogar, de la sierra que chirría en el taller, del sonido del arpa y de la cítara, de los cantos de los pájaros, del rebuzno estridente de los borricos. Parecerían años de espera o años perdidos. Son realmente años luminosos para cualquier individuo anónimo de los siglos de después. Cuando Jesús trabaja con José en el dibujo de las ventanas que van a fabricar, o diseñan la sencilla vivienda que van a construir, está pensando en los tableros de dibujo y de diseño de los siglos futuros, en los distintos trabajos profesionales de todos los tiempos. Cuando maneja con maestría la sierra, o coloca uno a uno los adobes de un muro, piensa en el trabajo manual de los obreros de todos los tiempos. Jesús y José se cansan y se fatigan como ellos. Van por delante en la fatiga de todos los que venimos detrás, abriendo el camino a la divinización del trabajo.

Estos años de silencio son los años del Jesús más humano, más imitable, más al alcance de todos. Como cualquier persona, Jesús tiene su familia, sus amigos, su trabajo. Son los años en que Dios tiene más los pies en la tierra.

A Jesús le agrada contemplar la naturaleza. En su vida pública hablará de «los lirios del campo, que ni Salomón en toda su grandeza se vistió como uno de ellos», de las aves del cielo, de las mieses mecidas por el viento, de la pequeña semilla, de la mala hierba, de los buenos frutos y de los frutos podridos... Cuando llega la época de las siegas y vendimias, está a gusto en las fiestas populares. Observa con detalle a los pastores que cuidan sus rebaños, el ir y venir de las barcas y el lanzar las redes en el lago. La mirada de Jesús cala con profundidad en el corazón humano. Sus comparaciones y parábolas son verdaderas pinturas de la vida real.

Su vida es tan normal y corriente que cuando comience a hacer milagros, sus paisanos se sorprenderán.

-> ¿Pero no es éste el hijo de José, el artesano de Nazareth?»

¿Qué paisaje observa Jesús desde su taller? Como Nazareth está en la ladera de una colina, a través de la ventana del taller, Jesús ve el valle, sembrado de olivares y viñedos, separados por setos de nopales y de naranjos; al norte contempla las cumbres del Líbano y del Hermón, cubiertas de nieve gran parte del año; al oriente, ve el monte Tabor, del que desciende una alfombra de verde pasto. Años después, será escenario del milagro de la transfiguración, en el que su humanidad dará paso, por breves momentos, al esplendor fulgurante de la divinidad.

Un día, cuando Jesús es un hombre hecho y derecho, enferma José y poco después, muere. Su tránsito es el más feliz de todos los seres humanos: en brazos de María, su esposa queridísima, y en los de Jesús, sacerdote eterno. El taller sigue como antes, ahora está al frente Jesús.

Los años continúan transcurriendo con normalidad.

Un día, cuando Jesús ha cumplido treinta años, habla con su madre y le expone sus planes. Se entienden con muy pocas palabras. Ve Jesús que los ojos de María se humedecen porque ella sabe que llegan las horas difíciles, las que profetizó Simeón hace treinta años.

En estos años ocultos, Jesús ha explicado con su ejemplo un mensaje muy importante: el valor infinito de la vida sencilla y ordinaria, la grandeza de las cosas pequeñas, el mensaje imitable para todos los hombres y mujeres que vendríamos después. En esos años, abre a todos y para siempre, en el trabajo, en la familia y en la vida de relación social, los caminos divinos de la tierra. Por ellos ha transitado Jesús. Ahora llega el momento del mensaje revolucionario, rompedor de esquemas y tradiciones muertas, que terminará en las horas dramáticas.

Después de hablar con su madre, Jesús prepara su pequeño equipaje. María, como todas las madres, toma parte activa; la deja hacer, sabe que es su último cuidado maternal hacia Él.

Llega la hora la hora, siempre difícil, de partir. Jesús intenta despedirse de su madre. Ella desea retrasar al máximo ese momento y sale con Jesús. Como

tantas otras veces, recorren juntos la pequeña calle que baja hacia la salida del pueblo. Cada metro le resulta familiar. A Jesús le cuesta irse de su pequeño Nazareth. Hay un adiós en cada rincón, a cada amigo que cruza en su camino, a cada recuerdo entrañable. El adiós más difícil es el que tiene que dar a su madre. Al terminar la calle, Jesús se detiene. La toma en sus brazos, la besa y se separa de ella antes de que sus ojos humedecidos le traicionen. Comienza a caminar con paso decidido. A los pocos metros, gira el rostro, levanta la mano y sonríe. Luego, se aleja.

Cuando Jesús ya no la ve, María deja correr las lágrimas. Al mismo tiempo, hay una alegría muy grande en su corazón, que no sabe explicar. Sube despacio la calle y entra en su casa.

Una incertidumbre asalta su alma. ¿Cómo llenará el vacío que deja Jesús?... Como un sentimiento instintivo, entra en la habitación que hasta entonces ocupaba su hijo y mira alrededor. Por casualidad, su mirada se detiene sobre algo que hay en una repisa. Es un pequeño pergamino, bien recortado y adornado, que alguien trajo hace unos días. Lo toma en sus manos. En la parte de arriba, tiene escrito el nombre de Jesús. Luego, unas pocas líneas, con caligrafía elegante, invitan a la boda de unos parientes en Caná de Galilea. La invitación va dirigida a la familia, por lo tanto, a Jesús y a ella. Se fija en la fecha: faltan unas pocas semanas. Sabe que allí irá Jesús. Y allí estará también ella.

En ese pequeño pergamino está la respuesta a su inquietud. Intuye que Caná será el comienzo de una nueva etapa. La aventura humana de Dios en la tierra está empezando también para ella.

Evangelios: Le. 2. 51-52

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., pp. 59-61 SHEED ob. Cit. 101-117. PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 95-97 y 101 ROPS ob. Cit., pp. 141-144 WILLAM, ob., cit., pp. 77-79.

13 EL VINO DE CANÁ

De Nazareth a Caná hay unas dos horas de camino. María viaja con el grupo de parientes que asisten al matrimonio. Le pregunta uno de ellos.

- María ¿crees que estará tu hijo en la boda?

- Pienso que sí, contesta María ilusionada.

Cuando llegan, ya hay muchos invitados. Mira rápidamente y ve que no está Jesús. Saluda a familiares y amigos y conversa animadamente con ellos. Se nota que María es muy querida, porque se alegran mucho de verla. Oye una voz a su lado:

-Va a venir el nuevo profeta... Le llaman Jesús y es de Nazareth. Están ya algunos de sus discípulos.

Hay expectativa en el ambiente. Se impresiona al comprobar que su hijo ya es un personaje público. Sus primeros discursos han causado revuelo, porque transmiten un mensaje nuevo, muy atrayente

Mientras conversa, no aparta su vista de la puerta. Pronto advierte un revuelo de gente, las miradas que se dirigen hacia la entrada y:

-¡Ahí está Jesús!, comenta llena de alegría.

Lo ve tan sereno y amable como siempre, rodeado de un grupo de discípulos y atendiendo con sincera cordialidad a las personas que se le acercan. Ve que su hijo sigue siendo el mismo, pero su corazón de mujer le dice que ahora Jesús es menos «suyo» y más de todos. Le sucede a toda mujer madre de un personaje público que siente que la fama, en cierta manera, le ha robado parte de su hijo.

Jesús se desenvuelve entre la gente que lo rodea con toda naturalidad. Va avanzando y saludando a todos con una sonrisa, una mirada o una frase simpática. Se nota que cae bien. María permanece en un discreto segundo plano. No se mueve de donde está; le mira y guarda para sí misma sus

emociones. Cuando Jesús la ve, se dirige a ella, se acerca y en tono íntimo y familiar le dice:

-¡Mamá,... esperaba que vinieses!

Se les ve muy contentos por el reencuentro. Cruzan unas pocas frases que hacen brotar la sonrisa y hasta la risa de los dos.

Junto a Jesús, retirados discretamente, hay un pequeño grupo que mira con simpatía a la madre de Jesús. Se vuelve hacia ellos y dice:

-Te presento a estos buenos amigos que vienen conmigo.

Y uno a uno, los va llamando por sus nombres:

-Pedro... y Andrés..., son hermanos y los dos son muy buenos pescadores; este muchacho se llama Juan, como mi primo, el hijo de Isabel; está en sus estudios. Y este es Santiago..., hermano de Juan.

María los saluda uno por uno, despacio. Su mirada se cruza con la de ellos y se establece rápidamente una corriente de simpatía. La mirada dulce de María les llega hondo y les inspira una gran confianza. Ella experimenta por primera vez una realidad nueva y comprueba que el cariño a su hijo se extiende a los que acaba de conocer. Intuye que van a tener, para siempre, un sitio en su corazón.

Luego, Jesús y sus discípulos se mezclan entre los invitados y María continúa con sus parientes.

Aquella boda es de las de renombre. Ha reunido a una gran cantidad de invitados. Cuando la fiesta está muy avanzada, María nota una preocupación en el esposo, conversaciones a media voz con el jefe de comedor, expresiones de disgusto... No resulta difícil para un ama de casa observadora detectar cuál es el problema: se ha terminado el vino. No porque los invitados lo consuman en exceso, sino porque han venido más de los previstos. Conoce bien las costumbres israelitas y sabe que esto está mal visto. En años posteriores la gente recordará:

-¿Te acuerdas? Se acabó el vino en su fiesta de bodas.

María quiere evitar eso a los jóvenes esposos. No lo piensa dos veces. Se levanta con naturalidad y, sin llamar la atención, se acerca donde su hijo, que la recibe con una sonrisa:

-Jesús, no tienen vino...

María hace algo que continuará haciendo hasta el final de los tiempos: intercede en favor de esos esposos, pide para ellos. Luego seguirá pidiendo para cada uno de los hombres y mujeres que vendremos después, aunque nosotros no nos demos cuenta. Pero Jesús responde:

- Qué nos va a ti y a mí...

Hay un breve silencio en el que se miran sonrientes. Ellos siempre se han entendido rápidamente con la mirada. Ella sabe muy bien que Jesús no se desentiende del problema, porque todo lo que ocurre a cualquier ser humano, hasta sus pequeños conflictos personales, interesan a su hijo, que ha venido a amar y a salvar a cada hombre. A ella le pasa lo mismo, porque lo ha aprendido de él. Jesús lee este pensamiento en sus ojos y lo retribuye con una mirada de cariño que está diciendo: "qué corazón tan bueno tienes". Se siente orgulloso de su madre. Y como ella lo sigue mirando sonriendo, comprende que su primer argumento ha fracasado...

Entonces esgrime otro que considera más potente:

-...Además, todavía no ha llegado mi hora.

María entiende que se refiere a la hora de los milagros. Pero también este argumento va a fracasar ante su corazón maternal. Pide que haga el milagro. Y lo pide de una manera inapelable, de un modo muy femenino. No dice nada, pero hace algo. Llama a quienes sirven el banquete, los coloca delante de Jesús y les dice:

-Hagan lo que él les diga.

Estas palabras son las únicas suyas que han recogido los libros sagrados dirigidas a seres humanos, de entonces y de todos los tiempos, Es el único momento del evangelio en que la madre de Jesús nos habla.

En esas pocas palabras, hay un mensaje, completo y concreto; es lo que María desea decirnos, ahí está todo.

Jesús saluda a los que atienden el comedor y les dice:

-Llenen esas vasijas de agua.

Ellos obedecen. No es lógico que obedezcan a una señora invitada que los ha convocado delante de Jesús, porque ellos tienen que obedecer al jefe de comedor, pero suceden y sucederán muchas cosas ilógicas en el entorno de este nuevo profeta que irrumpe en la vida de Israel y del mundo. Es todavía menos lógico, y hasta temerario, lo que el invitado les manda:

-Ahora, llévenlo al jefe de comedor para la degustación.

Uno de los empleados, con temor, porque sabe que dentro hay agua, pero impulsado por una fuerza interior, se presenta con el recipiente ante el jefe de comedor. Saborea el líquido que le ofrecen y hace un gesto satisfecho de agradable sorpresa:

- ¡Qué buen vino!

Le falta tiempo para comunicarse con el esposo y decirle:

- Amigo, todos sirven al principio el buen vino, pero tú lo has dejado para el final...

El suceso corre rápidamente de boca en boca. Los discípulos lo han seguido con todo detalle, porque no se pierden nada de lo que hace Jesús. Nunca le habían visto hacer un milagro. Este es el primero. Verán muchos otros. Incluso ellos mismos harán alguno con el poder de Jesús. Y como el resto de los invitados, comprueban que efectivamente se trata de muy buen vino.

Tiempo después, cuando hablen de Jesús, dirán: «todo lo ha hecho bien.»

Y comentarán, sonriendo, entre ellos:

-¿Te acuerdas qué buen vino era el de Caná?

Recordarán también que la primera vez que Jesús hizo un milagro fue por intercesión y sugerencia de su madre.

Cfr.: Evangelios: Jn. 2, 1-1 1.

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., pp. 317-321 SHEED, ob. cit., pp. 155-159.
PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 137-143 ROPS, ob. cit., pp. 188-191
WILLAM ob. cit., pp. 120-123.

14 A LATIGAZO LIMPIO

Cuarenta y seis años se emplearon para construir el Templo de Jerusalén. Cinco mil obreros trabajaron en los primeros años. Ocho puertas monumentales, coronadas de torres y baluartes, dan acceso al Templo, que ocupa un inmenso cuadrado de doscientos cincuenta metros de lado. El esplendor del arte y la magnificencia de los materiales, proporcionan el marco adecuado al sancta sanctorum, el lugar donde se simboliza la presencia de Yahvé, el único Dios creador de todas las cosas.

Al Templo acuden los judíos para presentar las ofrendas y sacrificios prescritos en la ley de Moisés. En las escalinatas y en los atrios, los vendedores y cambistas de monedas ensordecen el ambiente voceando sus mercaderías. En su afán de obtener los mejores lugares, se han ido instalando en los atrios interiores del Templo. Los escribas y fariseos, los sacerdotes del templo, excesivamente minuciosos en miles de detalles de la ley de Moisés, son permisivos en temas mucho más importantes. Uno de ellos es el respeto al lugar sagrado del Templo.

Un día, acude Jesús al Templo con sus discípulos. Cuando ha ido con sus padres ha sufrido en silencio la conducta irreverente de los mercaderes y cambistas. Ahora no puede dejarla pasar. Se trata del Templo de Dios, de la casa de su Padre. Ante la sorpresa de todos, actúa con inusual energía, vuelca las mesas de los cambistas, hace un látigo de cuerdas y él solo se enfrenta a unos y a otros, expulsándolos de los lugares sagrados del Templo que habían invadido, mientras les dice:

-Han convertido la casa de mi Padre, que es casa de oración, en una casa de contratación y en una cueva de ladrones.

Desde el comienzo de su actividad pública, este nuevo profeta deja claro que va a romper todo compromiso con la rutina farisaica y el relajamiento. Lo sorprendente es que su mensaje, esencialmente de amor, comienza con un prelude de latigazos.

Los discípulos y las gentes se asombran. Hasta ahora, la imagen que se han hecho de Jesús es de hombre bueno, comprensivo. De sus labios escuchan

unas doctrinas nuevas, llenas de sabiduría, que entusiasman y arrastran a la gente. Pero este rasgo de su personalidad, su valentía enérgica, su fortaleza, no lo conocían. Muchas tardes han oído a Jesús hablar como suave brisa de verano, pero esa tarde es un vendaval. Ese Jesús resulta especialmente atractivo para los discípulos, a quienes gusta lo audaz y lo fuerte.

Cuando pasen los siglos, los Papas, que representan a Cristo en la tierra, hablarán con energía y seguridad en los foros más importantes de la sociedad humana y ante grandes muchedumbres, sin importarles contrariar las corrientes ideológicas de la historia. Comprobarán que la Verdad atrae multitudes. También a ellos, les harán la misma pregunta que los sacerdotes del Templo y los fariseos le hacen a Jesús, después de presenciar medio ocultos la escena:

-¿Con qué autoridad haces y dices estas cosas?

La respuesta de Jesús no pueden entenderla entonces:

-Destruyan este templo y lo levantaré en tres días.

Jesús no se refiere al impresionante templo de piedra y bronce, sino al templo de su cuerpo. Por primera vez alude, en forma velada, a su muerte y a su resurrección al tercer día. Poco a poco, lo irá anunciando con más claridad.

Después de su muerte se comprende esta respuesta de Jesús. Porque un hombre sólo puede resucitar con el poder y la autoridad de Dios. Y es con ese poder y esa autoridad con la que hace y dice esas cosas.

Por primera vez se produce un suave enfrentamiento entre Jesús y las autoridades religiosas de Israel. A partir de este momento, las discusiones serán más frecuentes y más fuertes, hasta hacerse una guerra declarada.

Llegan enseguida a su madre las noticias de lo sucedido. María lo sigue de cerca, acompañada de otras mujeres. Cuando le cuentan con detalle la escena con los vendedores del Templo, su primera reacción es una sonrisa de complacencia maternal ante la valentía de su hijo y su lealtad con Dios. Conoce bien la personalidad y el genio de su hijo y se le escapa decir:

-Así es él..

Luego, se inquieta, porque también conoce la peligrosidad y la astucia de muchos de los escribas y fariseos, y ve venir que el enfrentamiento con ellos se hará más fuerte. La aventura en que Dios la ha metido comienza a ponerse al rojo vivo.

Cfr.: Evangelios: Mt. 21, 12-13; Mc. 11, 15-17; Jn. 2, 14-22.

Bibliografía: SHEED, ob. cit., pp. 161-163 PEREZ DE URBEL, Ob., cit., pp. 148-151. WILLAM, ob., cit., pp. 123-126.

15 "MUCHACHO, LEVÁNTATE"

La comitiva que acompaña a Jesús es un grupo pequeño de hombres sin carisma de líderes, poco influyentes en la sociedad. A primera vista, con ese equipo no se va a llegar muy lejos. Pero son gente que se han tirado de cabeza a esa aventura. No saben bien qué pretende Jesús, pero saben que es algo grande y generoso por lo que vale la pena dar la vida.

A decir verdad, su entrega no es totalmente desinteresada porque piensan obtener ventajas y poderes en ese «reino», un tanto ambiguo y misterioso, del que les habla Jesús. Le siguen porque su figura les atrae poderosamente, porque le ven hacer milagros y prodigios, y porque su doctrina tiene afán de verdad y es audaz. Las dos cosas les gustan. Son hombres rebeldes ante la hipocresía de su tiempo y amigos de la audacia y de la aventura.

Después del suceso violento del Templo, a Jesús le parece más prudente alejarse por un tiempo de Jerusalén. La pequeña caravana anda por pueblos y aldeas extendiendo el nuevo mensaje. Jesús vuelve a ser el de siempre, el hombre con un corazón a flor de piel que sintoniza con las necesidades y sentimientos humanos, que explica la vida de un modo completamente nuevo y muy atractivo, que atrae multitudes. Cada vez lo admiran más y comentan entre ellos:

-El Maestro todo lo hace bien.

Si todo lo hace bien, es natural que le llamen «Maestro».

Al salir del territorio de Judea, donde está Jerusalén, siguen hacia el norte, bordean Samaría y entran al territorio de Galilea. Allí está el lago de Genesaret, en una hondonada, doscientos metros más bajo que el nivel del mar. Normalmente el lago es una superficie tersa y mansa, suavemente ondulada por las olas, pero a veces los vientos se arremolinan y, casi sin previo aviso, ocasionan tempestades fuertes. Entonces, las nubes, que son de una blancura brillante, se tornan negras y amenazantes y estalla la borrasca. En el lago la pesca es abundante. Jesús y los discípulos van a transitar repetidas veces de parte a parte el lago, y allí ocurrirán algunos hechos importantes.

Al otro lado del lago, cerro de por medio, está el pequeño pueblo de Naím, en la falda de un monte. Se sube por un serpeante sendero, que va mostrando sucesivamente el monte Hermón, coronado de nieve casi todo el año, y el Tabor, con sus laderas cubiertas de alegres tonos de verde.

Por ese sendero trepa un día Jesús con los discípulos. Ya están entrando en la aldea cuando encuentran un cortejo fúnebre que sale de ella. Al frente va el rabino, entonando salmos, después viene el sencillo féretro, que no es más que una madera en la que llevan descubierto el cuerpo del difunto. Es un muchacho joven, al que la muerte no ha conseguido borrar todavía los rasgos de juventud. Detrás va su madre desconsolada, rodeada de familiares y amigos. Jesús se detiene mirando con gesto conmovido. Alguien susurra en su oído que el difunto es hijo único, que la madre es viuda y que es el único apoyo y compañía que tiene en el mundo. Jesús manda parar el cortejo. Se dirige hacia la madre y en tono afectuoso y esperanzador le dice:

-No llores.

La madre ha oído muchas veces ese día las mismas palabras. Pero ahora le suenan muy distintas. Levanta la cara y a través de sus lágrimas mira a Jesús. Brota en ella una incontenible esperanza. Sabe que va a pasar algo. No dice nada. Cesa de llorar y sigue atentamente los movimientos de Jesús que se acerca al féretro. Los cantos funerarios han cesado. Hay un silencio expectante. Jesús toca el cuerpo muerto y dice en voz alta y firme:

-Muchacho, yo te lo mando, ¡levántate!

El cuerpo, hasta entonces sin vida, se incorpora. El chico mira a Jesús y cruzan unas breves frases que los demás no alcanzan a oír. Jesús le toma de la mano afectuosamente y se lo lleva a su madre. El torrente de lágrimas vuelve a sus ojos, esta vez de inmensa alegría. Jesús se acerca a ella, le dice unas palabras al oído y se pierde entre la muchedumbre. Resurrección en Naím

Esa tarde, los discípulos quedan pensativos y silenciosos. Están emocionados. Diariamente ven al maestro hacer curaciones milagrosas y le oyen hablar cosas maravillosas, pero no se acostumbran a estos hechos grandiosos. Cada vez les impresionan. Además, es la primera vez que resucita un muerto. Los

milagros les ayudan a tener más fe en él y a comprobar la grandeza de su corazón.

La resurrección de Naím se extiende como reguero de pólvora por toda la región. Unos dicen:

-Un gran profeta ha aparecido entre nosotros.

Otros van más allá en sus exclamaciones de entusiasmo:

-Dios ha visitado a su pueblo.

Pero ninguno intuye todavía que Jesús es el mismo Dios entre los hombres. Jesús irá comunicando su divinidad poco a poco. Primero hay que preparar a las gentes para esta revelación.

Evangelios: Lc. 7, 11-17.

Bibliografía: PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 232-235.

16 JUAN BAUTIZA A JESÚS

La noticia de Naím llega a su primo Juan, el que saltó de gozo en el vientre de su madre cuando María saludó a Isabel. Juan sabe perfectamente quién es Jesús, que es el mismo Dios hecho hombre. Movidó por el espíritu de Dios, hace tiempo que se ha lanzado a preparar los caminos de Jesús. Su predicación tiene una gran fuerza, arrastra, es exigente. Bautiza con un bautismo de penitencia. Le llaman Juan el Bautista. Dice a todo el pueblo:

-Está cerca el reino de los cielos...; preparen el camino del Señor; ... detrás de mí viene uno, más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatarle los pasadores de sus zapatos. Ese les bautizará en el Espíritu Santo.

Los discípulos de Juan iban en aumento.. Muchos venían a ser bautizados por él. Unas semanas atrás, Juan ve que, entre los que esperan, está Jesús. Se conmovió con un sentimiento de respeto y adoración y dijo a todos:

-Este es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo. Este es el que les he dicho que viene tras de mí. ..

Y dirigiéndose a Jesús, le dice con respeto y confianza:

-Yo necesito ser bautizado por ti y ¿tú vienes a mí? Jesús le contesta:

-Déjame hacer ahora, porque conviene que sea así.

Juan hace caso a Jesús y le bautiza como uno más. La humildad de Jesús agrada a Dios Padre, que hace oír potente su voz:

-¡Este es mi hijo muy amado, en quien me he complacido!

Al mismo tiempo, se ve bajar como una paloma, el Espíritu de Dios, y posarse sobre Jesús. Tras la humillación, viene la glorificación. El Padre y el Espíritu Santo se manifiestan por primera vez junto al Hijo.

A partir de entonces, Juan ha repetido:

-Conviene que él crezca y que yo disminuya.

Y trata de que sus discípulos vayan con Jesús.

Unos días después del bautismo de Jesús, Juan estaba con dos de sus discípulos y ve pasar a Jesús. Les dice, animándoles a seguirle:

-¡Este es el Cordero de Dios!

Los dos discípulos siguieron a Jesús y se quedaron con él. Y lo mismo fue con otros.

Juan sigue de cerca, con gran entusiasmo, todo lo que hace y dice Jesús. Se alegra muchísimo cuando le llega la noticia del primer milagro en Caná. Supone que Jesús declarará pronto al pueblo que es el Mesías, el Hijo de Dios hecho hombre. Sin embargo, Juan se extraña porque va pasando el tiempo y Jesús no lo hace.

Cuando la resurrección en Naím, ve el entusiasmo de las gentes y participa de él. Juan piensa que es el momento oportuno de que Jesús revele quién es. Para facilitarle una declaración pública, le envía a dos de sus discípulos con esta pregunta definitoria, con el encargo de que se la hagan delante de la gente:

-Maestro, Juan nos envía para que te hagamos esta pregunta: ¿tú eres el Mesías, el salvador que va a venir o debemos esperar a otro?.

La pregunta impresiona al público porque es la cuestión que corre de boca en boca. Se hace un silencio expectante. Jesús también calla por unos momentos y luego dice sólo esto:

-Cuenten a Juan lo que han visto: que los ciegos ven, los sordos oyen, los paralíticos andan, los muertos resucitan...

Jesús sabe que no ha llegado todavía el momento de revelar quién es porque todavía no están preparados para entenderlo. Pero ha dicho mucho. Ha dicho que sus obras hablan por él. Más adelante, discutiendo con escribas y fariseos, les dirá:

-Mis obras dan testimonio de mí. Si no creen mis palabras, crean por mis obras.

Los discípulos de Juan se quedan algo defraudados. Esperaban más. Jesús lo nota. Para paliar algo su decepción y también para enviar un mensaje de afecto a Juan, hace de él un elogio que es el más grande que se puede hacer de un ser humano:

-De verdad les digo que entre los nacidos de mujer, no hay nadie mayor que Juan.

Los discípulos van a Juan y le transmiten el mensaje. Juan lo capta perfectamente. Entiende que no es todavía el momento de comunicar el misterio y entiende también que ha cumplido bien, con fidelidad, su misión de precursor. Ha terminado su parte y ahora le toca a Jesús hacer la suya.

Juan tiene carácter impulsivo. Se enfrenta al mismo rey Herodes y le reprocha sus inmoralidades, primero en privado y luego en público. Desafía la crueldad de Herodes, tan sangriento como su padre. Entre otras inmoralidades, Herodes ha arrebatado la esposa a su hermano Filipo. En privado y, después en público, le ha dicho:

-No te es lícito tomar la mujer de tu hermano.

Herodes tiene gran admiración a Juan. Le impresiona su gran personalidad y la sinceridad de sus palabras. Siente como un temor reverencial ante Juan. Además, conoce la popularidad de que goza entre sus súbditos. Pero Herodías, la mujer, le presiona para que lo elimine. Herodes sólo se atreve a meterlo en la cárcel y así lo silencia.

Una noche de bacanal y de fiesta, Herodes bebe en exceso. Ve bailar a la hija de Herodías y, excitado por el licor y por la pasión, llega a decirle:

-¡Pídeme lo que quieras.. .; aunque sea la mitad de mi reino!

Estallan carcajadas entre los cortesanos. Entonces Herodes, se compromete con juramento ante los importantes de su reino:

-¡Te lo juro, pídemelo lo que quieras!

Los más serenos se dan cuenta de que Herodes ha ido demasiado lejos en sus ofrecimientos. Y Herodías también se da cuenta. No va a desaprovechar la

ocasión, con un gesto, hace venir a su hija y habla algo en su oído. La chica sale corriendo hacia Herodes. Lleva en sus manos una bandeja de plata. Delante de él, le dice con voz clara:

-Rey Herodes: quiero que, ahora, me des en esta bandeja la cabeza de Juan el Bautista.

Herodes se entristece. Es lo último que podía haber sospechado. Vacila. Los cortesanos le miran burlones. Herodías le apremia exigente con su mirada. No sabe qué hacer. Vencido, cede. Llama al verdugo y le encarga que traiga en esa bandeja la cabeza de Juan. La fiesta continúa. Herodes ya no participa en ella. Poco después, el encargo está cumplido: la chica entrega a su madre la cabeza de Juan el Bautista.

Evangelios: Mt. 3, 1-17 y 14, 3-12; Lc. 3, 1-22; Mc. 6, 17-29.

Bibliografía: SHEED, ob. cit., pp. 119-130, 169-171, 242-246 y 254-256. PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 109-119; 235, 240; 300-304. ROPS, ob. cit., pp. 97-101 y 248-256. WILLAM, ob. cit., pp. 90-94, 99-101 y 131-132.

17 TEMPESTAD EN EL LAGO

Jesús les está hablando a la orilla del lago. Mucha gente se ha reunido alrededor y como siguen llegando, le empujan hacia el agua, tanto que tiene que subirse a una de las barcas. Junto a él está la barca de Simón, inmóvil sobre la superficie tersa del lago. Le dice Jesús:

-Simón, ¿me permites subir a tu barca?

Simón acomoda rápidamente las redes y aparejos para dejar espacio a Jesús, que sigue hablando desde allí.

Rodean a Jesús unos promontorios rocosos que forman como un anfiteatro. Hombres y mujeres, muchos son jóvenes, le escuchan con atención. Otros están sentados en la arena.

Las palabras del maestro se escuchan nítidas. A veces, entre una y otra frase, hay silencios en los que solo se oye el suave rumor del lago. Son palabras calmadas, serenas, que hacen pensar. Les dice:

-El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo. Un hombre lo descubre y, contento por el hallazgo, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo... También es semejante a un comerciante que busca perlas finas. Encuentra una de gran valor y va vende todo lo que tiene y la compra... ¿Entienden todo esto?

Se quedan pensativos, mirando a Jesús.

La noche se va insinuando y el cielo se cubre de espesos nubarrones. Jesús baja de la barca y despide a las gentes, que se retiran conversando entre ellos. Están impresionados. Algunos dicen:

-¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos poderes?.

Simón, inquieto por el aspecto que toma el cielo, se dispone a recoger la barca, cuando escucha tras él la voz de Jesús:

-Vamos a la otra orilla del lago.

Se vuelve rápido hacia él y le dice en tono decidido:

-Maestro, mira cómo está el cielo.

Jesús hace como que no oye. Mete los pies en el agua, da unos pasos y se sube a la barca. Los demás cruzan unas frases entrecortadas, miran a las nubes y, con desgana, van subiendo a la barca.

Comienza la travesía. Solo se oye el acompasado rumor de los remos hundiéndose en el espejo inmóvil del agua. El aire está tan pesado y cálido que produce somnolencia. Jesús, muy cansado por el trajín intenso del día, se recuesta sobre un cabezal. Pronto duerme profundamente.

El viento empieza a silbar y se desata la lluvia. Las olas se encrespan y zarandean la barca. Parece que han entrado en el foco de la tormenta. Su experiencia de pescadores les hace darse cuenta del riesgo que corren. La barca sube y baja; se bambolea de un lado a otro. Jesús sigue durmiendo. Hay agua dentro de la barca. Actúan con fuerza y destreza de hombres de mar pero son impotentes ante la fuerza de la naturaleza desatada. Jesús todavía duerme. Varias veces, han perdido el equilibrio y han caído sobre él. Ni siquiera eso le ha despertado. Una de las olas levanta tanto la barca que parece que la va a volcar.

Pedro no se puede contener, toma un brazo de Jesús y se encara con él.

-Maestro, ¿no te importa que nos hundamos? Mira cómo está el mar...

Jesús se incorpora lentamente, contempla el espectáculo grandioso del mar embravecido y admira la belleza que tiene la fuerza salvaje de las olas. Luego mira a los discípulos: nunca los ha visto tan asustados como hoy. En sus labios se dibuja imperceptible una sonrisa. Se pone de pie, extiende sus dos manos hacia el mar, y dice con voz potente:

-¡Calla, enmudece!

Al instante, los vientos dejan de bramar, las olas se aquietan, la lluvia cesa. Como si saliesen de un mal sueño, miran el lago y ven un espejo de aguas tersas. No hay nubes sino un firmamento donde brillan miles de estrellas. La

noche es serena y fresca. Pero ahí está el agua en el fondo de la barca y sus ropas están empapadas. Si no fuese por eso, creerían que han soñado.

Ninguno dice nada. Sólo un minuto antes, aquello era una batalla desesperada contra un mar furioso. Ahora, todo está calmo y Jesús de pie entre ellos. Les mira con esa sonrisa contenida que le han visto antes y les dice:

-¿Por qué han tenido miedo? Son todavía hombres de poca fe.

Ellos quedan mucho rato silenciosos. Se asombran ante el milagro porque, como pescadores que son, saben la fuerza que tiene el mar embravecido y conocen que jamás una tempestad cesa de golpe. Aunque deje de soplar el viento, las aguas siguen revueltas. Uno de ellos comenta:

-Este milagro me parece mayor que resucitar un muerto.

Como hombres de mar, saben bien de qué categoría es el prodigio que ha obrado Jesús. Se quedan admirados, silenciosos.

Cuando llegan a la otra orilla ya ha amanecido. Al bajar de la barca comentan entre ellos

-¿Quién será éste?... ¡Hasta los vientos y el mar le obedecen!

Unas docenas de personas están en la playa y les miran preocupadas. Ha corrido la voz de que Jesús y sus discípulos estaban en medio del lago cuando estalló la tempestad y todos pensaban lo peor. Por allí está también María con algunas mujeres que la acompañan. El hijo y la madre se saludan y luego María se dirige al grupo:

-¿Han pasado mucho miedo?

A ellos les parece adivinar la misma sonrisa que le han visto a Jesús. Se sonrojan un poco y no dicen nada.

-Yo estaba tranquila porque sabía que Jesús estaba en la barca.

Ahora ellos se sonrojan más.

María toca sus ropas empapadas todavía y les dice:

-La mañana está fresca y no es bueno que estén así... Vamos a casa para que se cambien.

Evangelios: Mc. 4, 35-41; lx. 8, 22-25.

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., pp. 342-344 SHEED, ob. cit., pp. 231-232
PEREZDE URBEL, ob. cit., pp. 277-280 WILLAM, ob. cit., pp. 257-259.

18 LA HIJA DE JAIRO

A los pocos días, cruzan el lago de regreso. Esta vez la travesía es rápida y feliz. El mar está sereno. Jesús va conversador, bromista, con alguna velada alusión al suceso del día anterior. Ellos sienten un poco de vergüenza porque nunca se habían asustado tanto en el mar, ni habían visto tan cerca el peligro de hundirse.

Cuando desembarcan, se acerca decidido hacia Jesús uno de los jefes de la sinagoga. Viene con la tristeza reflejada en el rostro:

-Maestro, te he estado buscando con urgencia. Mi hija está a punto de morir.

Los médicos me dicen que no hay nada que hacer. Es mi hija, mi única hija. Si pones tus manos sobre ella vivirá.

Jesús le escucha atentamente y le dice:

-¿Tú crees que yo puedo curarla?.

Con los ojos en lágrimas, el hombre toma confiadamente del brazo a Jesús y le dice:

-Ven, te lo suplico.

-Vamos a tu casa, dice Jesús.

Con paso decidido, se dirigen hacia la casa. Los discípulos siguen discretamente a pocos metros, respetando el dolor de ese hombre.

-¿Cómo te llamas?, pregunta Jesús mientras van de camino.

-Mi nombre es Jairo.

-Jairo, yo te lo digo, tu hija no morirá; ten fe.

Al llegar a la casa, sale a su encuentro otro de los jefes de la sinagoga, amigo de Jairo, se acerca a él, le abraza afectuosamente y le dice:

-Tu hija ha muerto.

Luego se dirige, con respeto, a Jesús:

-Maestro, no te molestes en entrar; ya no se puede hacer nada.

Sin embargo Jesús dice a Jairo:

-Tu hija no morirá; pero debes tener fe.

-Maestro, ya has oído que mi hija ha muerto...

-Llévame donde está ella.

Entra decididamente en la casa. Ya han llegado las plañideras y sus lloros se oyen desde la calle. Jesús les dice:

-La niña no ha muerto, sólo está dormida.

Al oír esto, unos se ríen; otros, que conocen a Jesús y creen en él, se disponen a presenciar uno de sus grandes milagros y otros esperan con curiosidad qué es lo que va a pasar. Se encuentran en la casa algunos jefes de la sinagoga, amigos de Jairo. Varios de ellos miran con recelo a Jesús. Aunque le han visto hacer otros milagros, no creen. Sus enfrentamientos verbales con Jesús son cada vez más amargos para ellos, porque salen siempre malparados.

Va llegando cada vez más gente y la casa se llena a rebosar. María y las mujeres que la acompañan acaba de llegar también.

Jesús se acerca a la niña. Con gesto firme y seguro ordena:

-Salgan todos afuera.

Salen todos de la habitación, menos los discípulos que no hacen ningún ademán de irse. Jairo, con su esposa, comienza a retirarse.

- Jairo, tú quédate; y tu esposa también, dice Jesús.

Se acerca a la niña, toma sus manos ya frías entre las suyas, y le dice:

-Yo te lo mando, levántate.

La niña se incorpora, se levanta y con la vitalidad propia de sus doce años, abraza a sus padres, hace exclamaciones de alegría y se mueve ligera por la habitación. Jesús comenta con buen humor:

-Parecería que tiene apetito; hay que darle de comer.

Jairo y su esposa no saben cómo expresar su alegría y su agradecimiento a Jesús. Se les ocurre un modo:

-¡Vamos a contar por todas partes que Dios ha enviado a su pueblo un gran profeta!

-No lo hagan, no es todavía el tiempo...

Cuanto más insiste Jesús, más crece el entusiasmo de los padres y de los parientes que ven a la niña alborotar la casa con su alegría.

La casa se llena de gente, atraídos por la noticia. Los jefes de la sinagoga se retiran cabizbajos. Consideran el milagro como una derrota personal. Jesús los mira con afecto y con pena y piensa en todos aquellos hombres y mujeres que, con el correr de los tiempos, tendrán dificultades para creer.

Ve que el orgullo y la soberbia es el principal obstáculo para creer. Muchos de los que han visto el milagro creen en él y, desde ese día, son sus discípulos.

María, cuando su hijo lo ha ordenado, ha salido de la habitación y ha esperado afuera, como una más entre la gente. Cuando ya quedan solo los parientes y los amigos íntimos, se acerca a saludar a Jairo y a su esposa:

-Soy la madre de Jesús... Mi nombre es María.

Ellos se alegran muchísimo de conocerla y le piden que les cuente de su hijo. No se cansan de preguntar. En ese momento sienten hacia ella una corriente de afecto y de proximidad muy similar a la que han sentido hacia Jesús. Desde entonces serán para siempre muy amigos. La esposa de Jairo le dice:

-María, tu hijo se parece mucho a ti...

Notan que el rostro de María se arrebola ligeramente y que se ha alegrado mucho por esas palabras. Ella les dice:

-Ustedes procuren parecerse a mi hijo.

Evangelios: Mc. 5, 21-43; 8, 40-56.

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., pp. 326-329 PEREZ DE URBEL, ob. cit., p. 283.

19 COMIDA EN EL DESIERTO

La noticia del milagro de la resurrección se ha extendido a las ciudades vecinas. El entusiasmo es desbordante y se produce un río de personas que vienen a buscar a Jesús. Lo han encontrado de camino de una ciudad a otra. Jesús se entrega a ellos, les habla, les escucha cura enfermos. Se extiende la noticia de que está Jesús y, al atardecer se ha reunido una gran muchedumbre.

Los discípulos se preocupan porque el lugar es desierto, y le dicen a Jesús:

-Maestro, despídelos para que vayan a las aldeas vecinas y compren algo de comer.

La respuesta de Jesús les sorprende totalmente:

-Denles ustedes de comer.

Simón Pedro no dice nada. Después de lo de la tempestad calmada sabe que cualquier cosa puede ocurrir.

Santiago, que tiene el genio vivo, le dice levemente irritado:

-¿Dónde vamos a comprar pan para tanta gente?... Ni hay donde comprar ni tenemos dinero. Jesús insiste, con toda calma:

-¿Cuántos panes tienen?

Ellos preguntan alrededor:

-¿Alguien tiene algo de comer?

La pregunta encuentra el silencio como respuesta porque, a esta hora, todos han agotado ya sus provisiones, pero pasa de boca en boca y aparece un muchacho que presenta unos panes y unos peces. Como prueba de que el intento es inútil, se los llevan a Jesús:

-Esto es todo: cinco panes y dos peces. ¿Qué es para tanta gente?

Jesús reacciona como si le hubiesen dicho cinco mil panes y dos mil peces, y comienza a organizar la comida:

-¡Que se sienten por grupos de cien y de cincuenta!

Los discípulos se quedan como paralizados. Luego, animados por la mirada de Jesús, comienzan a cumplir la orden y se introducen entre la muchedumbre. Corre la noticia de que les van a dar de comer.

La reacción del público puede ser airada si luego no hay comida. Felipe teme lo peor porque conoce que la muchedumbre, si se siente engañada, pasa fácilmente del entusiasmo a la ira. Si no fuese por el amor que tiene a Jesús, saldría corriendo. Decide hablar con él para disuadirle. Se acerca, le toma aparte y comienza la explicación que tiene preparada. Jesús le escucha y le mira con afecto, pero no le hace caso. Incluso lo involucra todavía más en el asunto:

-Felipe, tráeme los cinco panes y los dos peces.

Sorprendido, obedece. Jesús los toma en sus manos y los bendice muy visiblemente. Luego mira aquella inmensa multitud, recostada sobre el pasto verde, en círculos de cien y de cincuenta, que observan con expectativa y cierta extrañeza a Jesús y al pequeño grupo de discípulos.

Felipe está de pie junto a Jesús, pensando más argumentos que darle pero ya no sabe qué decir. Es Jesús quien le dice a él:

-Felipe, toma los panes y los peces, repártelos entre esas canastas y que las distribuyan entre la muchedumbre.

Ya totalmente rendido, lo hace y se dirige a los otros:

-Dice el maestro que distribuyamos esto entre la muchedumbre.

Ellos no se mueven porque piensan que Felipe ha entendido mal pero Jesús les anima con la mirada.

Aunque temerosos, empiezan el reparto. Resulta que aquellas canastas son inagotables. Meten la mano y siempre encuentran panes y peces. Grupo por grupo, van avanzando. La tarea es larga hasta sentir el cansancio.

Pronto empieza a correrse la voz del milagro. El más entusiasmado es el que ha entregado sus panes y sus peces; se considera coautor del prodigio o, al menos, que lo ha hecho posible. Se presenta ante Jesús:

-Maestro, yo he dado los panes y los peces; era poco pero era todo lo que tenía.

Jesús lo mira con gran afecto y le dice:

-Ya ves que lo poco puede convertirse en mucho.

Luego le pregunta:

-Jesús, ¿puedo ir contigo?

Jesús asiente con su mirada y le dice:

-Ven, sígueme.

El más impresionado es Felipe. Sus ojos están humedecidos. Se acerca a Jesús y apartándole un poco le dice:

-Maestro, perdóname por mi falta de fe. Yo no creía que ibas a hacer este gran prodigio.

-Pero has colaborado muy bien en él, has sido una ayuda eficacísima. Felipe le dice:

-Creo, Jesús, pero ayúdame a creer...

Ya se ha retirado la muchedumbre. Los discípulos están felices, pero agotados. El trabajo del día ya había sido fuerte, pero el repartir la comida a esa gran cantidad de gente los ha dejado exhaustos. Ahora se prometen unas horas de descanso, tranquilos, junto a Jesús. Ve que el lugar ha quedado regado con los restos de la comida. No se puede dejar aquello así. Dice a los discípulos:

Luego descansaremos, pero ahora hay que recoger las sobras para dejar limpio este lugar.

Comienzan un trabajo que es más fatigoso que el primero. Jesús trabaja con ellos.

Pedro comprueba que el maestro es exigente, pero lo entiende. Le dice:

-Jesús, de verdad que todo lo haces bien.

Recogen doce canastas, restos de una comida consistente en cinco panes y dos peces. Ahí tienen la prueba documental del milagro. No se trata de imaginaciones ni de fantasías, delante de ellos hay doce canastas llenas.

Jesús les dice:

-Vamos, descansaremos un poco. Bien merecido lo tienen.

Cfr.: Evangelios: Mt. 14, 14-21; Mc. 6, 34-44; Jn 6, 5-15

Bibliografía: SHEED, ob. cit., pp. 257-259 PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 307-310 WILLAM, ob. cit., pp. 268-273.

20 UN FANTASMA EN LA NOCHE

Están a un costado las doce canastas llenas. La tarde es serena y allí mismo, cerca del mar, oyendo el suave rumor de las olas, Jesús y los discípulos se han sentado en la arena. La conversación es muy animada. Aunque todos intervienen, es Jesús el que más habla. Las risas y las bromas son frecuentes. Por momentos, el tono que adopta Jesús es distinto, cuando les habla de asuntos referentes al Reino de los Cielos, y entonces ellos están más pendientes de sus palabras. Al oírle hablar, una paz y un entusiasmo grande invade su corazón.

Han pasado dos horas en un momento. Ya han caído las sombras de la noche. El ambiente sigue cálido. Jesús se levanta y les dice:

-Yo deseo estar solo un rato y hacer oración.

Están acostumbrados a esos ratos de conversación con su Padre del Cielo. Ellos también van aprendiendo a hacer lo mismo. Luego añade:

-Vayan a la otra orilla del lago y allí nos encontraremos.

Esto no les agrada tanto:

-Maestro, en horas de la noche puede levantarse viento oeste y se complica todo.

Los pescadores del lago saben bien que, con viento favorable, la travesía puede hacerse en media hora, pero cuando sopla viento contrario, son necesarias tres o cuatro horas de un remar extenuante.

Les despide desde la orilla y luego sube un poco por la ladera de la montaña y se sienta a hacer oración. Desde ahí domina la superficie del lago, tenuamente iluminada por la luna. El cielo está cubierto. Y ve como la barca se va alejando de la orilla. Han levantado la vela y la suave brisa les ayuda. Los remos entran fácil en la superficie oscura del lago. Cuando se adentran en el lago, les pierde de vista.

En unos minutos, el lago hace una de las suyas. Se levanta un viento contrario que cada vez se va haciendo más fuerte. Jesús imagina a los suyos haciendo esfuerzos para arriar la vela y para luchar contra el viento. Quizá decidan regresar a la orilla, pero supone que no lo harán porque ya están más cerca de la otra. Los ha visto adentrarse en el lago a muy buen ritmo.

Jesús piensa que han tenido una jornada agotadora y que deben estar cansados. Decide ir junto a ellos. Y se adentra en el mar caminando sobre el agua.

Mientras tanto, el viento se hace cada vez más fuerte. La barca está como clavada en medio del lago. Aunque reman con todas sus fuerzas, no avanzan. Jesús está tan cerca de ellos que oye sus voces alteradas y los ve luchar contra el mar embravecido. La barca aparece y desaparece detrás de las olas. Ellos también ven aparecer y desaparecer una figura blanca, que las sombras de la noche hacen tenebrosa. Las emociones pasadas, la tempestad y esta figura extraña rompen sus nervios. Les parece ver un fantasma. Se asustan y gritan. Enseguida oyen la voz familiar y entrañable de Jesús:

-¡No tengan miedo! ¡Soy yo!

Se serenán inmediatamente porque reconocen la voz familiar de Jesús, pero se asombran de que camine sobre el mar. Pedro, el hombre de los impulsos audaces, sin darse él mismo cuenta de lo que dice, exclama:

-Si eres tú, mándame ir hacia ti caminando sobre las aguas.

Los discípulos miran a Pedro asustados. Jesús sonrío divertido. Le agradan esos impulsos de Pedro porque sabe que salen de un corazón capaz de esas locuras. Le dice:

-Ven.

Pedro, sin dudar un segundo, salta de la barca. Los demás ven que camina sobre las aguas. Va con la mirada fija en la figura de Jesús. Las olas siguen encrespadas. Una más grande se interpone entre los dos y deja de verlo. Pedro piensa un instante si habrá sido todo imaginación suya. En ese instante de duda comienza a hundirse y pide auxilio:

-Señor, sálvame.

Una mano se tiende hacia él. Pedro se sujeta fuerte.

-Pedro, ¿por qué has dudado? Eres hombre de poca fe.

Cesa repentinamente el viento. La noche vuelve a ser clara. Algunas estrellas se reflejan en la superficie tersa del lago.

Evangelios: Mc. 4, 35-41; Lc. 8, 22-25.

Bibliografía: SHEED, ob. cit., pp. 259-261; PEREZ DE URBEL, ob. cit., 310-313; WILLAM, ob. cit., pp. 274-275.

21 ¿QUIEN SOY YO?

Jesús durante los viajes, disfruta del camino. Dialoga con el sembrador que esparce la semilla, se detiene junto a las fuentes y bajo los árboles, recoge unas espigas de trigo y come sus granos mientras conversa con los discípulos. Es un hombre natural y espontáneo como tantos otros de su tiempo.

Durante tres años, cruza las tierras de Palestina en invierno y en verano, desafiando el clima, lo mismo cuando los campos aparecen vestidos de nardos y tulipanes o cuando el viento frío del invierno agita las ramas desnudas de los árboles. Allí van Jesús y su grupo, caminantes incansables, sembradores de una doctrina de la que nacerá toda una nueva civilización. Su mensaje salta hasta la vida eterna.

Ese grupo itinerante es una familia donde están distribuidas distintas responsabilidades; Judas lleva la bolsa de los dineros, siempre escasa; otros se adelantan a las aldeas y ciudades para buscar alojamiento o para comprar provisiones; Pedro, Santiago y Juan están más cerca de Jesús y participan de sus confidencias más íntimas.

El camino es el escenario de una escuela peripatética en la que el maestro va formando a los discípulos. A ellos les cuesta captar el mensaje, porque es muy nuevo y rompe tradiciones de siglos. No es raro que Jesús les tenga que repetir porque no le han entendido antes.

Un día observa que van discutiendo con fuerza. Al atardecer llegan a la aldea. Se instalan en un alojamiento y después de la comida tienen una larga sobremesa, íntima y familiar, que tanto agrada a los discípulos y a Jesús. Allí se habla de todo, se comentan las incidencias de la jornada, se ríe, se canta y, sobre todo, disfrutan escuchando a Jesús. Esta noche el maestro está esperando el momento oportuno para hablarles, una vez más, de un tema que considera muy importante. Uno de los pocos silencios lo aprovecha Jesús:

-Por cierto, hoy... ¿de qué venían hablando en el camino?

Se miran entre ellos y nadie se atreve a responder porque han discutido sobre quién de ellos será mayor en el reino que va a restaurar Jesús. Ya otras veces han litigado por los puestos de mayor relevancia.

Como han aprendido a vivir la sencillez y la sinceridad, no tardan en decirle el tema de su discusión. Jesús les reprende y les habla de espíritu de servicio, de fraternidad y de entrega:

-Los que gobiernan las naciones, las gobiernan con imperio, con poder, pero no ha de ser así entre ustedes. El que quiera ser el primero, tiene que ser vuestro servidor.

Jesús insiste:

-Si alguno quiere ser el primero, tiene que ser el servidor de todos.

Jesús mismo es el primero que da ejemplo, les basta abrir los ojos para verlo. Además, se lo dice con toda claridad:

-Yo no he venido para ser servido sino para servir.

Sabe Jesús que los discípulos no acaban de convencerse. Para que la enseñanza entre por los ojos, toma un niño, lo acaricia y les dice:

-Si no imitan la sencillez de un niño no entrarán en el Reino de los Cielos. Quien se haga pequeño, como este niño, ese es el más grande. El que recibe a uno de estos, a mí me recibe. Y quien me recibe a mí, recibe a mi Padre que me ha enviado.

La sobremesa ha sido larga. Ya está entrada la noche cuando se van todos a descansar. Ellos notan que cada día quieren más a Jesús, aunque les cueste entender su mensaje. En realidad, Jesús entra más en su corazón que en su cabeza. Sólo más tarde entenderán con claridad todas las cosas.

Al día siguiente reemprenden el camino.

Hay, en los alrededores de Jerusalén, una pequeña y tranquila aldea, rodeada de huertas y praderas. Se llama Betania. Allí viven Lázaro, Marta y María, amigos de Jesús. Y allí va alguna vez con sus discípulos a descansar un poco,

a disfrutar de la serenidad del ambiente y de la buena amistad de los tres hermanos.

En Betania los discípulos están muy a gusto; pasean por el campo, se recompone el cuerpo gastado por el intenso trajín y, sobre todo, conversan mucho con Jesús. Desde primera hora del día desean estar con él, pero les llama la atención que no le encuentran en la habitación cuando van a buscarlo por la mañana. Pronto descubren que sale, con las primeras luces, a la huerta y allí está por un buen tiempo. En las diferentes ciudades y aldeas sucede lo mismo, que muy temprano Jesús sale al campo, busca un lugar tranquilo y allí está. Los discípulos sienten la curiosidad sana, movida por el cariño, de saber qué hace. Un día, Pedro se atreve a preguntarle y Jesús le contesta que hace oración, que conversa con su Padre del Cielo. Poco después, los discípulos le dicen:

-Maestro, enséñanos también a nosotros a hacer lo que tú haces.

Él les dice:

-Cuando quieran hacer oración deben decir: "Padre nuestro, que estás en los cielos..."

Esto les impresiona porque nunca se habían atrevido a tratar a Dios como Padre. Nunca en los libros sagrados han encontrado nada semejante. Ahí han aprendido el respeto inmenso al Dios creador y al poder de Yahve, pero no que se le pueda amar como a un padre. A partir de ese momento, empiezan a tratar a su Padre Dios con un tono próximo y familiar como no lo habían hecho antes.

Los discípulos preguntan a Jesús todo lo que se les ocurre, pero un día, caminando hacia Cesarea de Filipo, es Jesús quien les hace a ellos una pregunta difícil de contestar:

-¿Quién dicen las gentes que soy

Es la pregunta que se hacen continuamente entre ellos. Por eso, se miran y no saben qué decir. A alguno, como salida hábil, se le ocurre responder lo que la gente dice de Jesús:

-Unos dicen que eres Juan el Bautista...; otros dicen que eres Elías o alguno de los profetas que ha resucitado...

Luego viene un silencio en el que nadie habla. Jesús prolonga intencionalmente este silencio, mientras mira uno a uno con su sonrisa divertida. Ellos lo que realmente no desean es que les pregunte qué piensan ellos, porque ellos no saben. Y es precisamente lo que sucede:

-Y ustedes... ¿quién piensan que soy yo?

Esta vez el silencio dura poco porque es Pedro el que habla y, además, con un tono de firmeza:

-Tú eres el Cristo, el Mesías esperado, el Hijo de Dios vivo.

Se asombran muchísimo de lo que ha dicho Pedro y de su seguridad, pero se asombran todavía más cuando oyen al Maestro:

-Bienaventurado eres Simón, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre sino mi Padre que está en el cielo...

Ahora el silencio va unido a una profunda emoción. Jesús ha dicho estas palabras en tono solemne, muy pausado. Luego, en el mismo tono, añade algo más:

-Yo te digo que tú eres Pedro (piedra) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella... Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra será atado en el Cielo y lo que desates en la tierra, será desatado en el Cielo.

Ha llegado el momento solemne de que Jesús comunique. Primero lo ha hecho a los discípulos. Más tarde, cuando un día se lo pregunte la máxima autoridad religiosa, Jesús declarará ante el pueblo que es el Hijo de Dios, Dios en la tierra. Es el momento que con tanto deseo esperaba Juan. Pero ha llegado sólo para los doce. Les dice Jesús:

-Por ahora, no cuenten a nadie lo que les he dicho. Yo diré cuándo deben hacerlo.

Hasta entonces, sólo María y Juan conocían el gran misterio. A partir de ahora, lo conocen los doce. María se alegra mucho. A partir de este momento, las conversaciones de los discípulos con la madre de Jesús tienen un gran tema en común, porque también ellos participan del secreto. Luego se hará la luz para todas las gentes, hasta el fin del mundo.

Cfr.: Evangelios: Mt. 16, 13-20; Mc. 8, 27-30 y 9, 33-37.

Bibliografía: SHEED, ob. cit., pp. 279-282; PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 342-347; WILLAM, ob. cit., pp.

22 SUEÑOS DE PODER

-¿Quién será el primero en el nuevo reino?

Las explicaciones de Jesús han surtido algún efecto, pero la pregunta queda flotando. Siguen latentes los sueños de poder, estimulados por los triunfos de Jesús. No porque sean hombres interesados -su idealismo y su amor incondicionado a Jesús están fuera de duda-, sino porque, tanto ellos como el pueblo, piensan que en cualquier momento el maestro va a liberarles de la oprobiosa dominación romana y a restaurar el reino de Israel. Los grandes milagros les han entusiasmado y les llevan a pensar así. Como se comprobará, decepcionar a la muchedumbre tiene sus riesgos.

No acaban de entender que Jesús no habla de un reino temporal ni de una misión para la nación de Israel, sino de un reino espiritual, eterno y de una misión universal.

Mucho menos están preparados para entender el misterio de la cruz.

Sin embargo, se va acercando. Están cerca los días dramáticos. A Jesús le quedan pocos meses de vida. Y ve llegada la hora de anunciarles con claridad lo que va a suceder:

Una tarde, al acabar la jornada, en una de esas conversaciones familiares, sentados entre los olivos, Jesús, en tono más íntimo y paternal, les dice claramente lo que va a suceder:

-Dentro de un tiempo iremos a Jerusalén... Allí voy a sufrir mucho de parte de los escribas y fariseos, de los jefes del pueblo... Me darán muerte... Pero resucitaré al tercer día.

La noticia cae como una bomba y les resulta tan incomprensible que no la pueden creer. Hace poco les ha manifestado, solo a ellos, que es el Hijo de Dios, venido al mundo, el mesías, el salvador del pueblo, el rey de Israel. Ellos están conmovidos y emocionados desde entonces. Y ya se explican de dónde le viene a Jesús su fuerza, su poder y su maravillosa sabiduría. Sin

embargo, ahora les habla de sufrimiento, de derrota, de muerte. Y se preguntan entre ellos:

-¿Cómo es posible, si le hemos visto vencer a los vientos y al mar' resucitar muertos, curar enfermos, alimentar a miles de personas con unos panes y unos peces?... Hemos visto que el pueblo lo aclama, que quiere hacerle rey... No podemos imaginarlo vencido y muerto.

Alguno de los discípulos recuerda que, dos años atrás, cuando la expulsión de los mercaderes del templo, dijo entonces unas palabras extrañas:

-Destruyan este templo y lo reedificaré en tres días...

Todavía no están preparados para entender -lo entenderán después-, que la clave medular del mensaje de Cristo es que la salvación tiene como camino el sacrificio y la cruz. A las generaciones de después también nos costará entenderlo. Pero se trata de un sacrificio y una cruz a la medida de nuestras fuerzas. Jesús nos asegura:

-Suave es mi yugo y ligera mi carga.

En cambio, para él, el yugo de la cruz tiene toda la carga del peso de la humanidad entera.

Los discípulos no aceptan lo que les ha dicho Jesús. Lo hablan entre ellos.

Y Pedro, movido por el amor que le tiene, habla con él. Le toma aparte y le dice:

-Eso que nos has dicho no puede suceder, no puede ser así.

Jesús reacciona indignado como nunca y, vuelto al grupo, para que le oigan bien, dice a Pedro:

-Apártate de mí, Satanás, porque no piensas al modo de Dios sino al modo humano.

Los demás se impresionan porque lo ha llamado «Satanás». Días antes, ha merecido el calificativo de «bienaventurado», cuando, inspirado por Dios, ha revelado la divinidad de Jesús. Ahora le dice que habla inspirado por Satanás.

En realidad, sin darse cuenta de lo que está diciendo, atenta contra la misión que el Hijo de Dios trae al mundo: morir en la cruz por nosotros. Jesús le rechaza enérgicamente, como se rechaza una tentación. Cuando ha hablado a Pedro, han visto brillar en sus ojos la ira con que expulsó a los mercaderes del templo. Les atrae este Jesús fuerte, apasionado.

La huella de este «incidente» entre Jesús y los discípulos queda.

Durante unos días están más silenciosos. Ellos no le quieren menos -quizás todavía más-, pero no entienden que Jesús tenga que padecer. Y Jesús no trata de suavizar las cosas, al contrario, la cuestión se complica aún más cuando Jesús les dice:

-El que quiera venir conmigo, debe negarse a sí mismo, cargar con su cruz y seguirme.

Ahora les involucra a ellos en la cruz. Aunque será una cruz a la medida humana. Un día les dirá: "Suave es mi yugo y ligera mi carga". El va a cargar la cruz fuerte, el peso de todos los pecados de la humanidad. A nosotros nos deja la "suave y ligera"

Otro día los anima a entrar por caminos de generosidad:

-El que quiera ganar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el evangelio, la ganará para siempre. ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?

Con esto les dice Jesús que los pequeños o grandes egoísmos son pérdida, mal negocio, fracaso. En cambio, la generosidad, la entrega a los demás es ganancia, éxito. Ellos se quedan pensativos, silenciosos. Jesús sigue golpeando fuerte:

-Quien se avergüence de mí y de mi doctrina en esta generación, también el hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga con la gloria de su Padre entre los ángeles.

En las semanas siguientes, Jesús extrema el afecto con ellos. Les comprende perfectamente y sabe la dificultad que tienen para entender. Ha estado fuerte

pero no había más remedio. A partir de ahora, Jesús se va a dedicar preferentemente a los doce.

Cuando él no esté, tomarán el relevo y recaerá sobre ellos la responsabilidad fuerte de la continuidad. Los prepara para que, al llegar el momento de Pentecostés, reciban al Espíritu con corazón abierto y dócil. Por esta razón, evitan los lugares más concurridos, y las conversaciones al caer la tarde son largas y frecuentes. Ellos están decididos a dedicar su vida a esa aventura en la que se sienten cada vez más comprometidos; están decididos incluso a dar su vida por él. Aunque no todos. ..

Evangelios: Mt. 16, 21-27 y 17, 22-23; Mc. 8, 31-38 y 9, 30-35.

Bibliografía: SHEED, ob. cit., pp. 283-286 y 292-295; PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 348-351; ob. cit., pp. 288-290.

23 JUDAS... ¿CÓMO ES POSIBLE?

Es un misterio cómo Judas, un hombre que ha presenciado tan de cerca los grandes milagros y curaciones, que ha escuchado en las horas de intimidad a Jesús y experimentado su bondad, pueda entrar en la pendiente deslizante de la infidelidad, hasta llegar a la traición más vergonzosa.

Alguna explicación da el hecho de que Judas es un hombre ambicioso. Tiene ambición de riquezas y de poder. Cuando en las semanas pasadas oye hablar a Jesús de generosidad, de entrega, de sacrificio y de cruz, entra en una crisis definitiva. Los discípulos no entienden porqué tiene que ser así lo que les dice, pero lo aceptan. Judas se rebela.

Ya hace algún tiempo que ha comenzado a sustraer disimuladamente monedas de la bolsa común. Luego lo hace de forma que todos se dan cuenta. El dinero lo vence. La mentira entra en su alma.

Los otros notan que evita estar a solas con Jesús y soslaya sus miradas. Se aísla, habla poco y de modo cortante. Tiene envidia de la fidelidad de los otros. Empieza a hacer planes siniestros.

Jesús es el primero que lo ha notado. Sin embargo, no excluye a Judas de esa pequeña familia, lo acoge, le habla, lo busca. Le trata como siempre y hasta con especial afecto. Algunas veces, cuando habla en público, está pensando en él. Un día cuenta la parábola de la oveja perdida:

-Había una vez un pastor que tenía cien ovejas. Al llegar por la noche al redil hay sólo noventa y nueve. Guarda sus ovejas, atranca bien la puerta y sale a buscar la oveja que falta. Sube y baja por las laderas hasta que la encuentra. La acaricia, cura sus heridas y la trae sobre sus hombros hasta el redil. Cuando llega a su casa comparte su alegría con amigos y vecinos y les dice: -¡He encontrado la oveja que se perdió!

Jesús termina su parábola diciendo:

Habrán en el cielo más alegría por uno que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia.

Judas ha recibido perfectamente el mensaje, porque es hombre de cultura y entiende bien lo que oye; mientras hablaba Jesús, ha cruzado su mirada con la suya pero él ha bajado los ojos al suelo.

En sus caminatas de un lugar a otro, Jesús con frecuencia se acerca a él. Por largos trechos, caminan los dos solos conversando. Judas elude los temas importantes. Le falta sinceridad. El orgullo no lo deja reconocer sus faltas o se las hace ver todavía más grandes de lo que son, como si fuesen algo irreparable.

Otro día Jesús cuenta la parábola del hijo pródigo:

-Había una vez un muchacho de unos veinte años. Vivía en la casa de su padre con su hermano mayor. No le faltaba nada, ni el cariño de hogar ni lo necesario para la vida. Unos amigos, viendo que su padre tenía muchas posesiones, empezaron a rondarlo y a decirle:

-¿Qué haces tú ahí en la casa de tu padre, cuando puedes disfrutar la vida? Estás desperdiciando tu juventud.

El muchacho acabó por confundirse y cada vez se distanciaba más de su padre y de su hermano. Hasta que un día dijo a su padre:

-Dame la parte que me corresponde de mi herencia porque me pienso ir de la casa.

El padre conversó con él, le hizo reflexionar pero no atendió a razones y se fue. Sus amigos lo utilizaron y derrocharon su dinero. Cuando se quedó sin dinero también se quedó sin amigos. Su situación se hizo tan mala que llegó a pasar hambre. Comprendió su grave error y deseó otra vez vivir en la casa de su padre, pero sin atreverse a vivir como hijo sino como uno de los empleados.

Tomó la decisión de volver. Cuando se acercaba por el camino a la casa de su padre, éste le vio y salió con los brazos abiertos a recibirle:

-Padre, no soy digno de ser llamado hijo tuyo, pero trátame como uno de tus empleados...

Su padre no lo dejó terminar. Lo abrazó, lo cubrió de besos y dijo a los que estaban junto a él:

-Pongan un anillo en sus manos y un vestido nuevo. Y maten el novillo cebado porque vamos a celebrar un gran banquete. Este hijo estaba muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido hallado. Por los caminos, Jesús habla

Los discípulos están en primera fila extensamente con sus discípulos. escuchando atentamente y Judas entre ellos. Detrás hay una gran cantidad de gente. Todos se emocionan por el relato, cuyo mensaje captan bien, y especialmente ante esta frase de Jesús, quizá la más tierna y conmovedora que ha salido de sus labios y que manifiesta su amor por nosotros:

-«... lo abrazó y lo cubrió de besos...»

Durante el relato, Judas mira atentamente a Jesús. Incluso se humedecen sus ojos. Cuando Jesús termina, es Judas quien se acerca a él y hablan los dos solos largamente.

En los días siguientes, hay algo de cambio en él, que notan los otros once con alegría. Judas comienza a ser el hombre ilusionado de hace dos años. Poco dura ese cambio. Su orgullo le insinúa que no tiene remedio. Se encierra en sí mismo. No pide ayuda

Un día, cuando una mujer que había sido pecadora, derrama todo un frasco de perfume en los pies de Jesús, se irrita. Como pretexto, utiliza a los pobres y dice que pudiera ser para ellos ese dinero. A partir de ese día, sigue con el grupo, cubre las apariencias, pero ha decidido ser traidor.

Lc. 15, 11-32.

Bibliografía: SHEED, ob.cit., pp. 220, 267, 363-364, 369, 385-386, 393, 394, 401-402; PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 505-506, 553-555, 593-594; ROPS, ob cit., pp. 449-452.

24 JESÚS HABLA CLARO

A Jesús le quedan dos meses de vida.. El ritmo de los acontecimientos se va a hacer cada vez más intenso. Su predicación es más exigente y más afectuosa a la vez. Muchas veces tiene el matiz emocionado de la despedida.

Durante unas semanas, se ha dedicado a los doce. Ahora otra vez ha vuelto a congregarse a la muchedumbre, pero hay una diferencia y es que nunca antes había hablado tan claro. Toca el turno a los temas más difíciles, que exigen la preparación de todo lo anterior. Habla del perdón de las ofensas, del matrimonio indisoluble, de sacrificio y de entrega. Su voz suena potente y pausada, dando tiempo a que los conceptos entren en el alma.

Jesús está exigente y habla de traducir el amor en obras, no sólo en promesas:

-No todo el que dice "Señor, Señor", entrará en el Reino de los Cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre, ése entrará...

Pasea su mirada por los oyentes y tras un silencio vuelve a la misma idea:

-Son mis amigos, si hacen lo que les mando.

La gente nota que habla con autoridad y en primera persona. Los profetas anteriores hablaban en nombre de Dios. Jesús habla en nombre propio porque es Dios:

-Han oído que se dijo a los antiguos, pero yo les digo...

Cuando es preciso, rompe viejos esquemas. Así sucede al explicar la cuestión del perdón a los otros. De primera intención no le entienden fácilmente. Pedro le pregunta

-¿Hasta cuánto hemos de perdonar, hasta siete veces?

La tradición antigua hablaba de perdonar hasta tres veces. Pedro piensa que será hasta siete. La respuesta va mucho más lejos:

-No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete... Entienden que hay que eliminar todo límite a la capacidad de perdonar. El mismo Pedro experimentará, dentro de unas semanas, el perdón magnánimo de Jesús.

Un día los fariseos le plantean la cuestión del divorcio. Es un tema conflictivo. Se hace un silencio expectante. Jesús responde con claridad y rompe también aquí esquemas antiguos:

-Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. Lo que Dios unió, que no lo separe el hombre.

Queda esculpida para siempre la indisolubilidad del matrimonio. Las leyes de los hombres podrán atentar contra la ley de Dios, pero no conseguirán romper el vínculo que Dios ha unido. Los fariseos vuelven a la carga:

-Pero Moisés permitió dar certificado de divorcio.

-Por la dureza de su corazón, permitió repudiar a la esposa, pero al principio no sucedía así, contesta Jesús. Y vuelve a ratificar:

-Lo que Dios ha unido, que el hombre no lo separe.

Entre los oyentes hay muchos que son jóvenes. Les atraen esos panoramas nuevos que expone Jesús y la audacia y la claridad con que habla, sin temor a nada ni a nadie. Y comentan:

-¡Nunca nadie habló como éste!

Hay un muchacho, de menos de veinte años. Siente muy adentro una inquietud, una ilusión distinta a todo lo que había sentido antes. Intuye que esa luz puede llenar su vida. Alguna vez se ha acercado a Jesús con intención de decirle algo, pero no se ha decidido. En un momento, Jesús pasa muy cerca de él y le mira de frente. Sin dudarle, le habla a Jesús:

-Maestro bueno, ¿qué debo hacer para ganar la vida eterna?

Jesús le mira con afecto y le dice:

-¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios.

Los discípulos respetan la intimidad de la conversación y se apartan unos metros.

El muchacho sigue preguntando con la mirada. Jesús le dice:

-Guarda los mandamientos.

-¿Cuáles?

-Ya los conoces: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, no harás daño a otro, honra al padre y a la madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo.

-Todo esto lo he guardado desde mi juventud, dice con íntima satisfacción.

La mirada de Jesús lo envuelve con su cariño. El muchacho sigue en silencio, esperando. Jesús entiende que le está diciendo: "¿qué más puedo hacer?". Se acerca al muchacho, pone la mano en su hombro le dice:

-Una cosa te falta. Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme.

Los discípulos, captados por la fuerza de la escena, se han ido acercando.. Cada uno recuerda el momento preciso en que hablaron con Jesús y él les dijo unas palabras parecidas. Esas palabras cambiaron toda su vida y la llenaron de sentido. Fueron el comienzo de esa magnífica aventura en la que están comprometidos. Jesús y el muchacho están frente a frente. El silencio se prolonga. Ven que el muchacho vacila. Ellos le animan con la mirada. Por fin, baja los ojos, ya no mira a Jesús. La afición a sus propios planes y a los bienes que posee se convierten en su peor enemigo y lo vencen. Levanta la mirada, pero ahora es triste. La ilusión se ha hecho nube. Luego, se aleja cabizbajo. Juan comenta en voz alta:

-¡Ha dejado pasar la mejor oportunidad de su vida!.

El pequeño grupo se pone otra vez en camino. Poco después Pedro pregunta con voz firme a Jesús:

-Y nosotros, que lo hemos dejado todo y te hemos seguido... ¿qué será de nosotros?

Jesús lo mira de frente. Los dos se dan cuenta de que Pedro está pasando factura y exigiendo un pago. A Jesús le gustan esos planteamientos abiertos y descarnados, sin complicación ni doblez.

En el mismo tono va la pregunta y la respuesta, Jesús también es directo y concreto:

-Todo aquel que por mí haya dejado casa, o hermanos, o padres, o mujer, o campos..., recibirá ahora el ciento por uno y después la vida eterna.

Lo escuchan los doce sin perder una sola palabra. Luego, quedan pensativos. Realmente es un pago generoso, desproporcionado, a lo poco que entregan, aunque lo que entregan es todo lo que son y todo lo que tienen. Cada vez se convencen más del buen negocio que hacen siguiendo a Jesús.

Evangelios: Mt. 19, 3-10 y 16-30; Mc. 10, 2-12y 17-31.

Bibliografía: SHEED, ob. cit., pp. 300 y 358. PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 360-363.

25 UN VIAJE SIN REGRESO

-Tu amigo, el que amas, está enfermo.

Así llega a Jesús la noticia de la gravedad de Lázaro, el hermano menor de Marta y María. Todos saben el afecto que tiene Jesús a esos buenos amigos de Betania. Por donde pasa va dejando un reguero de amigos, pero los de Betania son algo especial. Resulta fácil hacerse amigo de Jesús.

A los discípulos la noticia les preocupa por doble motivo. Primero, porque estiman y quieren Lázaro, pero después porque Betania está muy cerca de Jerusalén y saben que los escribas y fariseos están buscando cómo matar a Jesús.

Jesús oye la noticia, pregunta detalles y se queda afectado, pero no se pone en camino. Luego dice a los suyos:

-Esta enfermedad no es de muerte, sino para que se manifieste la gloria de Dios.

Ellos se tranquilizan doblemente, por Lázaro y por el peligro de los fariseos. Cuanto más lejos de Jerusalén estén, mejor.

Sin embargo, a los dos días, sorpresivamente, les dice Jesús:

-Vamos a Judea.

-Maestro, te buscan los judíos para matarte y... ¿vamos a ir allí?

-Lázaro, nuestro amigo, duerme, y voy a despertarlo, les contesta Jesús.

Con lógica sencilla y popular le dicen:

-Es bueno que duerma, si duerme sanará.

Él les dice con toda claridad:

-Lázaro ha muerto y no he querido estar allí. Pero ahora vamos a Betania, para que vosotros creais.

-Maestro, si ha muerto ya no hay nada que hacer. ¿Qué sentido tiene ir a Judea donde te buscan para matarte?

Le han visto hacer milagros grandiosos. Ahora les anuncia uno de ellos y no le entienden.

Jesús no hace caso y se pone en camino. Ellos siguen con gesto de preocupación. Tomás expresa en voz alta el pensamiento de todos:

-Vamos también nosotros y muramos con él.

Hay tres jornadas de camino. Jesús va con paso valiente hacia Jerusalén. Sabe que es un viaje sin regreso, el último que hace a la Ciudad Sagrada. Cada metro tiene sabor de despedida. Cuando dice «adiós» a los amigos y conocidos de los poblados y caseríos, sabe que es un «adiós» hasta el cielo. Pese a esto, camina a buen paso. Los discípulos le siguen con menos entusiasmo.

Atraviesan unos campos de trigo y los discípulos, como otras veces, desgranar entre sus manos unas espigas de trigo. Jesús lo hace también y sabe que serán las últimas. Mientras lo hace, piensa que dentro de unos días, en la Última Cena, tendrá pan en sus manos y lo convertirá en su propio Cuerpo.

Al segundo día atraviesan el río Jordán y cruzan la frontera con Judea. A partir de este momento, su vida empieza a correr peligro.

Todos son recuerdos. Pasa junto al pozo en que conversó con la samaritana, aquella mujer que enderezó su vida después de su encuentro con Jesús. Vuelven a sentarse junto al pozo y a refrescarse con su agua. En esa tertulia surgen, uno tras otro, tantos sucesos apasionantes vividos juntos. Los discípulos se entusiasman y Jesús se enternece. Los mira con cariño y les dice:

-De verdad les digo que ustedes, que me han seguido, se sentarán en doce tronos cuando el Hijo del hombre llegue en su trono de gloria. Jesús se pone en pie y reinician el camino.

Faltan pocas horas para llegar a Jerusalén. En la entrada de una ciudad, Jericó, hay un ciego que se llama Bartimeo. Todos lo conocen porque hace muchos años que pide limosna junto al camino. Bartimeo es hombre impulsivo, de carácter enérgico y no se conforma con su situación. Como otros ciegos, ha desarrollado el sentido del oído, y ha oído decir maravillas que cuentan del profeta de Nazaret. Y ha pensado:

-Un día ese profeta pasará por aquí y me curará. Pero tengo que estar muy atento, no vaya a ser que pase de largo.

Hoy llega ese día para Bartimeo. Es media tarde. Los campesinos vuelven de sus huertas y le saludan. Es buen conversador, así se entera de muchas cosas. Uno le dice:

-Detrás de mí viene Jesús de Nazaret; pronto escucharás el bullicio porque la gente lo ha reconocido y le rodea.

El corazón le da un vuelco. Ya no le interesa conversar con nadie más que con Jesús. No tiene que esperar mucho. Pronto oye el tumulto de gente. Reúne todas las fuerzas de que dispone y comienza a gritar: -Jesús, hijo de David, ten compasión de mí.

Grita tanto que, los que están cerca de él, aturdidos por sus gritos, le dicen:

-Calla, no molestes.

Bartimeo no se desanima, y todavía grita más fuerte:

-Jesús, hijo de David, compadécete de mí.

-Jesús le ha oído desde el primer momento, pero quiere probar su fe. Se interesa por él:

-¿Quién es?

-Se llama Bartimeo. ...Es un ciego que pide limosna.

Y le manda llamar. La orden se trasmite de unos a otros. Los que le reprochaban sus gritos, ahora le felicitan:

-Estás con suerte...; te llama...

Nunca se había atrevido a correr, pero hoy sí. Todos se apartan; es peligroso un ciego corriendo. Tienen que frenarle cuando llega jadeante a Jesús. Oye una voz serena y siente sobre su cabeza la mano del que le está hablando. Le pregunta sencillamente:

-¿Qué quieres?

Sale del fondo del alma, con gran fuerza una exclamación contenida tanto tiempo:

-¡Señor, que vea!

Jesús no necesita preguntarle si tiene fe. Todo Bartimeo es un acto de fe. Le dice Jesús:

-Vete en paz; tu fe te ha curado.

En ese instante recupera la vista.

Lo primero que ve es el rostro sonriente de Jesús, que no se borrará nunca de su memoria. Luego le abraza fuertemente. Después, desborda su entusiasmo sobre tantos amigos a los que conoce sólo por su voz y ahora puede verlos por vez primera. Jesús no reemprende su camino. Espera a Bartimeo. Le mira y, en su mirada, lee Bartimeo una invitación a seguirle. Esta vez la respuesta, por ser delicada, tiene tono de pregunta

-Señor, ¿puedo ir contigo?

Jesús responde con una sonrisa y le presenta a sus nuevos compañeros de aventura:

-Pedro, Tomás, Juan, Andrés...

Un poco más allá está Judas:

-Mira, Judas, te presento a Bartimeo. Antes estaba ciego y ahora ve. Desde ahora vendrá con nosotros. La vista es como la fe; se pierde pero se recupera.

Evangelios: Mc. 10, 46-52; Lx. 18, 35-43.

Bibliografía: SHEED, ob. cit., p. 359; PEREZ DE URBEL, ob. cit.,pp. 468-472, 486-491; WILLAM, ob. PP. 365-368.

26 LOS AMIGOS DE BETANIA

Ya se divisa en la lejanía Jerusalén. Jesús camina silencioso. Su paso cada vez se hace más rápido y decidido.

Cuando están cerca de las murallas de la ciudad, se detiene. Quiere decir algo. Le rodean con expectativa. Sus palabras suenan más solemnes que de ordinario:

-Se va a cumplir todo lo que está escrito en los profetas: el Hijo del Hombre será entregado a las autoridades del pueblo y lo azotarán, se burlarán de él, lo crucificarán y, al tercer día, resucitará.

El suceso maravilloso de la curación de Bartimeo les ha hecho olvidar los anteriores anuncios de su pasión y muerte. Por el camino venían bulliciosos y alegres. Ahora se quedan de nuevo tristes.

Jesús no entra en la ciudad, rodea las murallas y va directamente a Betania. A los treinta minutos, están llegando. Hay gran tumulto de gente que ha venido por la muerte de Lázaro. Era un hombre conocido y querido. La familia de Lázaro es de las principales entre las familias judías y hay fariseos de renombre y autoridades del pueblo. Han llegado incluso de lugares lejanos.

María, la madre de Jesús, con las mujeres que la acompañan, ha sido de las primeras en llegar. Pasa muchos ratos con las hermanas de Lázaro, las consuela, y las acompaña. Y con las otras mujeres, ayuda en las tareas de la casa, que en estos días son muy recargadas por la atención a las personas que llegan.

En los comentarios, el nombre de Jesús corre de boca en boca. Extrañan su ausencia, conociendo la amistad que les une. Otros saben que peligra su vida y piensan que es más prudente que no haya venido. De pronto se oye decir:

-Está aquí Jesús de Nazaret.

Marta sale a su encuentro corriendo. Dice a Jesús lo que en estos días ha estado comentando con María:

-Si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.

Jesús, con la voz quebrada por la emoción, no puede decirle nada.

Marta enseguida añade:

-Pero cualquier cosa que pidas a Dios te la va a conceder.

-Tu hermano resucitará, dice Jesús.

-Ya sé que resucitará en la resurrección del último día.

-Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aunque muera, vivirá. Todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees tú esto?

-Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios que ha venido al mundo.

María llega corriendo:

-Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.

Al verla llorar, Jesús se emociona y llora también. Los que lo ven, se conmueven y comentan entre ellos:

-¡Cómo le amaba!

Otros critican a Jesús:

-¿No podía éste hacer que Lázaro no muriera?

Con María, la hermana de Lázaro, llega también la madre de Jesús. Tiene los ojos enrojecidos. Se nota que ha llorado. Los dos se miran con ternura. Casi no cruzan palabras. Jesús lee en los ojos de su madre una sombra de preocupación. María está muy al corriente de los enfrentamientos de su hijo con los escribas y fariseos y conoce las amenazas que se ciernen sobre él. Precisamente, horas antes, alguno de los principales de los judíos, le ha dicho:

-María, es muy atrevido tu hijo...; dile que se cuide.

María ha callado. Estas palabras han sido una punzada más en su corazón. La profecía del anciano Simeón, en el Templo, cuando fueron a presentar a Jesús, la tiene cada día más presente. Han pasado 33 años. Entonces María era una madre joven de unos 18 años, que llevaba a Jesús en sus brazos. Ahora es un

hombre famoso en todo Israel. Durante unos segundos, madre e hijo se miran silenciosos. Su imaginación recorre quién sabe qué pasados entrañables, vividos juntos: voces infantiles, juegos de niño, paisajes de Galilea, las risas con José, y, años después, la hora difícil de la despedida en las afueras de Nazareth. Ahora, estas imágenes tienen otra vez sabor de despedida. Los dos saben que las horas definitivas se acercan.

La voz de Marta los saca de este mundo de ensueños y recuerdos:

-Jesús, todo sucedió muy rápido. Lázaro llevaba una temporada que no se encontraba bien, pero no pensábamos que iba a ocurrir esto. Continuamente nos decía: «no se preocupen, no es nada». Pienso que teníamos que haberlo cuidado más.

-Han hecho todo lo que podían hacer. Convenía que sucediese así. ¿Dónde le han puesto?.

-Ven y verás.

Pausadamente caminan hacia el sepulcro. La gente se ha ido reuniendo alrededor del grupo. Una larga columna sigue detrás en reverente silencio. La presencia de Jesús de Nazareth impone profundo respeto. Piensan que puede suceder algo.

Llegan al sepulcro. Es una cueva, excavada en la roca. Una piedra grande tapa la entrada.

-Quiten la piedra, ordena Jesús.

El silencio ahora es absoluto, y se oye con claridad el diálogo entre Marta y Jesús:

-Señor, el olor es grande; hace cuatro días que ha muerto.

-¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?

Entre cuatro, retiran la piedra. Un fuerte mal olor sale del sepulcro.

Jesús levanta los ojos al cielo y en voz alta, que todos oyen, hace oración:

-Padre, gracias te doy porque me escuchas siempre. Ahora lo hago por estos, para que crean que tú me has enviado.

Luego dice con voz fuerte y enérgica:

-Lázaro, sal afuera.

Desde el fondo de la cueva, una figura cadavérica, envuelta en liezos blancos, avanza lentamente. Cuando llega a la entrada le ilumina la luz del sol. Miedo y alegría se entremezclan. Y admiración ante el poder de Jesús. Nadie sabe qué hacer. Jesús, en tono sereno y cariñoso tiene que decirlo:

-Desátenlo para que pueda caminar.

Lázaro se funde en un emocionado abrazo con Marta y María. Nadie sale de su asombro. Los discípulos lo han presenciado todo en primera fila. Están entusiasmados. Tres años viendo maravillas y siguen sorprendiéndose.

-¿Dónde está Jesús?, dicen todos.

A la hora de los éxitos se esconde.

Los discípulos no saben qué admirar más, si su poder o su bondad.

La noticia causa sensación. En pocas horas lo sabe todo Jerusalén y se extiende al país entero. Ningún milagro ha golpeado como éste.

-¿No será éste el Mesías?, dicen.

No todos se alegran con la noticia. Hay algunos que arden de odio a Jesús. Son gran parte de los escribas y fariseos. El triunfo de Jesús lo entienden como una derrota personal. Se preocupan mucho y comentan entre ellos:

-¿Qué hacemos? ... Este hombre hace muchos milagros y se está llevando al pueblo. Si lo dejamos, todos van a creer en él.

Se convoca una reunión de emergencia en el Sanedrín:

-Este hombre es un peligro... quiere proclamarse rey...

Algunos del Sanedrín lo defienden:

-No quiere proclamarse rey. Yo he presenciado una vez cómo han querido levantarlo como rey y él ha desaparecido entre la muchedumbre. Dice que su reino no es de este mundo.

- Además la resurrección de Lázaro es un milagro grande y eso indica que Dios está con él, dice otro.

Uno más pregunta:

-Realmente ¿de qué delito se le acusa?

Los testimonios en su favor comienzan a surgir; parece que va a imponerse la justicia.

Los partidarios de la muerte de Cristo miran a Caifás, el sumo sacerdote. Sólo él puede, con su autoridad suprema, decidir la cuestión. Y Caifás interviene

-¡Basta! Ustedes no saben nada, ¿No entienden que conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que todos perezamos?

Sin saberlo, Caifás ha expresado la razón de ser de Jesús: «un hombre muere por el pueblo.» Pero no será sólo por el pueblo judío sino por toda la humanidad.

Caifás tiene mucha influencia en Roma. Todos saben de lo que es capaz y saben también que no defiende los intereses del pueblo sino los suyos propios. Los que no están de acuerdo, por cobardía, callan.

Queda decretada la muerte de Jesús. Sólo falta encontrar la oportunidad.

Evangelios: Jn. 11, 1-53.

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., pp. 344-351; SHEED, ob. cit., pp. 351-354; PEREZDE URBEL ob. cit., pp. 472-476; ROPS, ob. cit., pp. 370-375; WILLAM, ob.cit., pp. 368-372.

27 GUERRA DECLARADA

Después de la resurrección de Lázaro, se han encrespado los entusiasmos de unos y los odios de otros. Los discípulos animan a Jesús a retirarse a zonas más tranquilas y se van a una pequeña aldea llamada Efrén. Desde allí, recorren los campos y entran en pequeños poblados. Es primavera y los valles se tapizan del color de las flores. Verdean los trigales y las vides rebrotan. Como se acercan las fiestas de la Pascua, los campesinos van preparando el cordero que sacrificarán en la cena pascual.

Un día les dice Jesús:

-Pronto subiremos a Jerusalén para la fiesta...

Pedro protesta, en nombre de todos:

-Los escribas y fariseos te buscan para matarte... y ¿quieres ir a Jerusalén?.

Jesús los reúne y, en tono afectuoso, vuelve a recordarles lo que ellos no quieren oír: lo de su pasión y muerte, y su resurrección al tercer día. Se resisten a aceptarlo.

Por fin, el viernes anterior a la semana de la Pascua, emprenden el corto viaje hasta Jerusalén, su último viaje. Caravanas de peregrinos llenan los caminos. Jesús y los suyos no entran en la ciudad sino que se quedan en Betania, pero los que llegan cuentan que Jesús venía con ellos. El milagro de la resurrección de Lázaro ha enardecido al pueblo y piensan que es inminente la liberación de Israel.

El sábado, por la mañana, Jesús se queda en Betania conversando con sus amigos y con los discípulos. Hacia el mediodía, llama a dos de los suyos y les da un detallado encargo:

-Vayan a la aldea que hay enfrente; encontrarán a la entrada un borrico atado. Tráiganlo.

-Maestro, y si alguien nos dice algo...

-Digan que el Señor lo necesita.

Los discípulos van a la aldea de enfrente y encuentran el borrico.

Dudan un momento y comienzan a desatarlo. Uno les pregunta qué hacen y ellos contestan lo que les ha dicho Jesús. Con un gesto, les autoriza.

Cuando llegan con el borrico, Jesús les está esperando en actitud de partir. Les agradece el cumplimiento del encargo y manda que lo enjaecen. Colocan sobre él unos mantos y cuando está listo sube sobre él y toma el camino hacia Jerusalén.

-Maestro, si entras así en Jerusalén vas a atraer la atención, le dice uno de ellos.

-Recuerda que te buscan para matarte, le dice otro.

-Déjame; ahora no puedes entender lo que hago, contesta Jesús.

Le miran con gesto de preocupación, pero todos van con él. Le rodean estrechamente, protegiéndole. Ya por el camino la gente le saluda con entusiasmo y muchos siguen con él. Cuando llega a las puertas de la ciudad, el gentío se ha hecho muchedumbre. Al pasar cerca del monte de los Olivos, cortan ramos de olivo y los agitan con entusiasmo. Algunos incluso echan sus mantos en el suelo para que Jesús pase sobre ellos.

Entra en Jerusalén. Las voces de "¡Hosanna, Hosanna al Hijo de David!" resuenan fuerte en las estrechas callejuelas; un rumor llega hasta la gran plaza del Templo. Los que están allí se preguntan:

-¿Qué sucede?

-Es Jesús de Nazareth que viene montado sobre un borrico...

En la mente de los judíos está vivo el recuerdo del rey Salomón, cuando, después de ser ungido por el profeta Nathan, entre gritos de ¡Hosanna!", se dirigió a ocupar el trono de Israel, montado en una mula. Las coincidencias son evidentes.

El nerviosismo de los escribas y fariseos crece con el tumulto. Hablan entre ellos, gesticulan, intentan callar a la gente, pero no pueden. Sólo les queda reconocer su fracaso:

-¡Todo el mundo se va detrás de él!

Algunos, en su impotencia, solicitan la ayuda de Jesús. Se abren paso con dificultad hasta él y le dicen:

-Mira el tumulto que estás armando. Es muy peligroso. ¡Haz callar a la gente!

Jesús les mira serenamente y les contesta:

-Yo os digo que si éstos callan, hablarán las piedras.

La apoteosis estalla cuando entra Jesús en la gran plaza del Templo. El escenario es grandioso. Al frente, el Templo, maravilla del mundo, con sus puertas monumentales cubiertas de plata y sus galerías revestidas de mármol, coronadas por grandes estatuas. Al lado, el palacio de Herodes, defendido por tres torres altivas. Al otro lado, la fortaleza Antonia, en la que se ven a los soldados romanos, inquietos por el tumulto, corriendo a armarse con escudos y lanzas. La muchedumbre espera que Jesús va a hacer ahora un milagro espectacular y que va a comenzar la liberación de Israel del yugo de los romanos.

Pero no sucede nada de esto. Ha repetido muchas veces Jesús, "mi reino no es de este mundo", y lo va diciendo en su interior, cuando le envuelve el entusiasmo de la multitud. Sabe que tiene que volver al pueblo a la realidad y que es necesario apagar esos entusiasmos que no van en la dirección correcta. Se dirige a los que le rodean y les habla, no precisamente de revoluciones y de triunfos:

-...Si el grano de trigo no muere al caer en la tierra, queda infecundo. Si muere, produce mucho fruto. Quien ama su vida la perderá Y quien la odia en este mundo la gana para la vida eterna...

Jesús se esfuerza por abrirles panoramas de eternidad, de entrega, de sacrificio y de servicio:

-Si alguno quiere servirme, que me siga y mi Padre le honrará.

Es comprensible que el pueblo no le entienda. Necesitan una luz especial que tendrán después de Pentecostés. Entonces, las conversiones serán masivas. los mismos que ahora no entienden a Jesús serán dentro de varias semanas, los primeros cristianos, y hasta darán su vida por él. Pero ahora sufren una gran decepción.

El entusiasmo de la multitud se apaga. La muchedumbre se ha ido disgregando poco a poco. Los rostros están serios. La decepción puede convertirse en odio, sobre todo si es manipulada hábilmente por alguien.

En la tarde, Jesús se retira a Betania. Hay muchos nudos en la mente de los discípulos.

Los tres días siguientes, Jesús sale temprano de Betania y va a Jerusalén. Dedicar muchas horas a conversar en los atrios del Templo, sin ningún temor a los fariseos. Jesús los desenmascara ante el pueblo, dice valientemente la verdad:

-En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Hagan caso a todo lo que digan pero no actúen como ellos, porque hablan y no hacen. Atan cargas pesadas e insoportables sobre las espaldas de los demás, pero ellos no las mueven ni con un dedo. Hacen todas sus obras para ser vistos de la gente. Ambicionan los primeros puestos, los asientos preferentes en las sinagogas, y ser saludados en las plazas...

Mientras habla Jesús, los que oyen asienten con la cabeza, porque los conocen bien. Sigue golpeando fuerte:

-¡Escribas y fariseos hipócritas que entregan la décima parte de la menta y del comino y descuidan lo más importante, la justicia, la misericordia y la fe!. Guías de ciegos, que cuegan el mosquito y pasan el camello!.

Admiran la valentía de Jesús pero temen por su vida.

Los escribas y fariseos escuchan medio escondidos tras las monumentales columnas. Su odio crece por momentos. Cada vez están más decididos a matarlo.

Uno de estos días, cuando está paseando Jesús con los suyos por las galerías del Templo, una mujer se acerca al gazofilacio, que es el lugar en el que la gente echa sus limosnas, y arroja dentro una pequeña moneda. Las alcancías son de bronce, amplias y profundas, de modo que las monedas mayores, de más peso, suenan más. Hay muchos que eligen el momento de mayor afluencia de gente para echar sus limosnas así son vistos y oídos por todos. Las monedas de esta mujer no hacen ningún ruido al caer. Jesús la mira con mucho afecto y se conmueve. Llama a los discípulos y les dice:

-Esa mujer que se aleja por el pórtico es viuda. Ha echado más que todos los otros, porque los otros han dado de lo que les sobra, pero ésta ha dado todo lo que tenía, y que lo necesitaba para su sustento.

Los discípulos observan que Jesús la mira con gran afecto, hasta que se pierde entre la muchedumbre.

Cuando comienzan a caer las sombras de la noche, regresa con sus discípulos hacia Betania. Ellos ven que Jesús está muy enérgico y combativo, pero a ellos los trata con gran cariño. Todo en él tiene sabor de despedida.

Evangelios: ML 23, 1-36; Mc. 12, 41-44; Lc. 21, 37-38.

Bibliografía: SHEED, ob. cit., pp. 354-356 y 367-369. PEREZDE URBEL, ob. cit., pp. 508-516. ROPS, ob. cit., pp. 423-432 y 436-440. WILLAM, ob. cit., pp. 390-401.

28 EL PRECIO DE UN ESCLAVO

Las puertas del Sanedrín están cerradas. Dentro, el consejo en pleno se reúne. Rostros ensombrecidos, palabras envenenadas por la cólera. Traman cómo y cuándo matar a Jesús.

-Dejemos que pasen los días de la fiesta; Jerusalén está lleno de peregrinos y entre ellos hay muchos galileos y partidarios suyos.

La discusión es larga y acalorada por las pasiones desatadas. Hace rato que se ha hecho de noche. Las calles están desiertas. Unos golpes fuertes suenan en la puerta. Los alguaciles miran con precauciones y avisan extrañados a los miembros del Sanedrín:

-Es uno de ellos... parece que es Judas...

Han llegado rumores de que está distanciado de Jesús. Cubre la cara con su capa. Le exigen que se identifique. Comprueban que está solo. Desde dentro le preguntan:

-¿Llevas armas?

Jura airadamente que no. Los alguaciles toman las suyas y le permiten entrar. Está muy agitado y nervioso. Habla entrecortadamente y dice que el mensaje que trae es para tratarlo sólo con el sumo sacerdote. Caifás le recibe con fingida displicencia:

-Judas, ¿qué deseas?

Contesta con otra pregunta:

-¿Cuánto me quieren dar y yo se lo entregaré?

Caifás lo introduce en la sala plena del Sanedrín. Quiere impresionarlo y aumentar su nerviosismo. Está fuera de sí mismo, con los ojos bajos, avergonzado. Caifás le obliga a repetir su mensaje. Como viejos zorros, acostumbrados al negocio sucio, disimulan su alegría. Conversan en voz baja entre ellos. Viendo el nerviosismo creciente de Judas, prolongan la conversación. Caifás hace la oferta, una oferta miserable:

-Treinta siclos de plata.

-Es el precio de un esclavo..., protesta Judas.

-No vale más... ¿Quién crees que es tu maestro?, le dicen despectivamente

A Judas le da un vuelco el corazón, porque es hombre culto y conoce bien la Escritura. Recuerda aquella profecía sobre el Mesías: «será vendido por treinta monedas.» Es una llamada más a rectificar. Todavía está a tiempo de decir que no a su traición. Duda un instante. El tintineo de las monedas sobre la mesa le vence. Toma una de ellas y la mira. En un lado ve la vara del profeta Aarón, con la leyenda: «Jerusalén, la Santa»; en otro, está la copa con el maná que alimentó a los israelitas en el desierto y la inscripción, «Siclo de Israel». Le alargan la bolsa y él, con mano temblorosa, la recoge. Luego, eludiendo las miradas, les dice la hora y el lugar en que se lo entregará. Y sale precipitadamente sin despedirse.

Ya en la calle, oye las risotadas del Sanedrín. Se siente burlado. Vuelve a taparse la cara con el embozo y elige las callejuelas menos transitadas. Tiene miedo de todos, hasta de sí mismo. Se asusta de lo que ha hecho. Es una noche sin luna y sin estrellas, hay oscuridad total.

El ambiente del cuartel general de Jesús, en Betania, es diametralmente opuesto. La luz de los candeleros les ilumina, hablan en tono cordial y sereno. Junto a Jesús no se puede perder la paz. Es la noche del miércoles. Pedro le dice:

-¿Dónde quieres que preparemos la Cena Pascual?

Jesús responde con un encargo tan detallado que les recuerda el del borrico:

-Vayan a Jerusalén y, al llegar a la ciudad, encontrarán un hombre con un cántaro en la cabeza. Entren en la casa que él entre. Preguntan por el dueño y le piden, de mi parte, que les muestre la sala donde vamos a celebrar la Pascua. Luego, preparen allí todo lo necesario.

A la mañana siguiente, Pedro y Juan salen. Pronto encuentran la señal dada. Al entrar a la casa dicen al dueño:

-El Maestro desea celebrar la Pascua en tu casa.

Parece que ya está en antecedentes y acepta enseguida con gusto. Les muestra una sala espaciosa, en el segundo piso, bien amueblada. Una alfombra la cubre de parte a parte. Con las personas de su familia, ayuda a preparar todo lo necesario: los almohadones donde se tumban los comensales en torno a la mesa, apoyando el hombro izquierdo; los candelabros, abundantes y bien adornados; el ánfora para las abluciones; tapices colgados de las paredes. En el centro de la habitación luce la mesa amplia y de buena calidad.

María, la madre de Jesús, y las otras mujeres llegan también. Se encargan de preparar las hierbas amargas, y el karoset, la salsa picante hecha de vinagre, higos y dátiles, que acompañarán al cordero pascual. Luego, dan los toques finales, más femeninos, a la habitación de modo que todo queda agradable y digno.

Al medio día, Pedro y Juan salen a comprar el cordero de un año, según la costumbre de los israelitas, que recuerda el que tomaron sus antepasados al iniciar la huida de Egipto, de pie y con las ropas ceñidas para el viaje. La sangre del cordero sirvió para marcar las puertas de sus casas y salvarse del ángel exterminador.

Pedro y Juan van al sacerdote del Templo y ofrecen el cordero para que lo sacrifique. Luego Pedro lo carga sobre sus hombros.

Con ese cordero se cierra un largo período de imágenes y símbolos, propio del Antiguo Testamento, para comenzar el tiempo de las realidades. Jesús va a ser, en las próximas horas, el Cordero de Dios, real y vivo, que se sacrifica por la humanidad.

Luego, el cordero entra entero en el horno para comerlo asado. Mientras tanto, María y las mujeres terminan de preparar las tortas de pan sin levadura.

Ya es de noche. Por las ventanas del segundo piso, ven aproximarse un nutrido grupo de hombres. Es Jesús, rodeado de los discípulos que prácticamente lo cubren y lo ocultan a las miradas. Al entrar a Jerusalén, Jesús se conmueve. Es la última vez que entra en la Ciudad Santa.

Suben al segundo piso y Jesús recorre con una mirada la sala.

-Lo han hecho todo muy bien. Muchas gracias, les dice.

Quedan solos Jesús con sus discípulos. Hay un silencio emocionado que rompe el Maestro:

-Ardientemente he deseado comer esta Pascua, antes de padecer. Ya no comeré ninguna otra hasta el día en que esté con vosotros en el reino de mi Padre.

Jesús se reclina en el centro de la mesa y coloca a Pedro a su izquierda y a Juan a su derecha. Al costado de Juan está Judas. Llevados, en parte por el cariño y en parte por el afán propio de los judíos de ocupar los primeros puestos, discuten entre ellos por los lugares de privilegio.

Jesús les vuelve a recordar:

-El mayor entre ustedes, hágase como el menor, y el que manda, como el que sirve.

Y para que esto no se les olvide nunca, hace algo insólito. Se levanta, se despoja de su túnica, se ciñe un lienzo, echa agua en un balde y empieza a lavar los pies de los discípulos. Ellos protestan porque los judíos encomiendan esta costumbre a un esclavo. Jesús que acaba de ser vendido por el precio de un esclavo, quiere hacer tareas de esclavo.

Cuando se acerca a Pedro intuye que no será fácil. Las reacciones de Pedro le divierten mucho y para él, que lo conoce bien, resultan muy previsibles y sabe cómo tratarlo. Efectivamente, el diálogo con Pedro es vivo:

-¿Tú me vas a lavar a mí los pies?

-Lo que yo hago, no puedes entenderlo ahora, lo entenderás después...

Los discípulos comprobarán estas palabras de Jesús, cuando vayan entendiendo después tantas cosas. Algunas las entenderán, como el resto de los hombres, después del paso por la tierra.

Pedro, que ha escuchado sólo a medias, insiste:

-Nunca me lavarás tú a mí los pies.

Jesús utiliza un argumento decisivo:

-Bien, pero si no te lavo los pies no tendrás parte conmigo.

-Entonces no sólo los pies sino también las manos y la cabeza.

-El que ya está limpio no necesita lavarse sino los pies. Vosotros ya estáis limpios..., aunque no todos.

Jesús lanza un aldabonazo más, entre tantos, al corazón de Judas.

El trabajo le ha ocasionado un leve jadeo, propio del esfuerzo, que emociona a los demás. Y para asegurarse de que lo han entendido, les dice:

-Me llaman Maestro y Señor y ciertamente lo soy. Pues si yo les he lavado los pies, con mucha mayor razón debéis hacerlo unos a otros. Bienaventurados si comprenden lo que he querido decir y lo practican.

Comienza la cena. Jesús se dirige frecuentemente a Judas. Le mira, le habla, le da muestras de afecto y amistad. Como no hay correspondencia, intenta un recurso extremo y dice en voz alta:

-Uno de ustedes es un traidor... Los ojos se agrandan por el asombro y se paralizan. Jesús lo repite:

-De verdad os digo que uno de ustedes me va a entregar.

Sólo se oye el chisporrotear de los candeleros y algún sonido entrecortado.

Juan tiene su cabeza apoyada sobre el hombro de Jesús y la levanta sorprendido. Su mirada se cruza con la mirada furiosa de Pedro; por señas le dice que le pregunte a Jesús.

-¿Quién es, Señor?, dice Juan hablando a su oído.

La costumbre judía es que los comensales mojan el pan en el karoset, la salsa pascual, distribuida en pequeños recipientes. Jesús toma un poco de pan y lo moja en la salsa. Le dice a Juan:

-A quien le dé este pedazo de pan, ése es.

Y pasando la mano sobre Juan, se lo ofrece a Judas que está junto a Juan. Es una señal más de amistad y de deferencia. Otra llamada a su corazón.

Los discípulos, uno a uno, preguntan: -¿Soy yo, Señor?

Judas se siente también en la obligación de hacerlo. Como está muy cerca de Jesús, puede hacerlo sin que los otros escuchen la pregunta ni la respuesta:

-¿Señor, soy yo?

-Tú lo has dicho, le dice Jesús, y le mira afectuosamente.

Viendo que Judas no reacciona, al poco tiempo, Jesús le dice, en voz alta:

-Judas, lo que has de hacer, hazlo pronto.

Judas, que se siente muy incómodo junto a Jesús, en cuanto ve una oportunidad se levanta como movido por un resorte. Los demás piensan que va a cumplir un encargo del maestro. Y abandona la sala donde Jesús va a instituir la Eucaristía, el sacramento del amor. Se dirige rápido hacia el sanedrín. Entra en otra sala donde le esperan unos hombres para perpetrar el mayor crimen de la humanidad. Un viaje del amor al odio.

Cfr.: Evangelios: Mt. 21,1-11 y 26, 14-25; Mc. 11, 1-11; Lc. 22, 7-23; Jn. 13, 1-30.

Bibliografía: SHEED, ob. cit., pp. 385-386. PEREZDE URBEL, ob. cit., pp. 552-566. ROPS, ob. cit., pp. 455-460. WILLAM, ob. cit., pp. 431-442.

29 EL PAN DE VIDA

Judas se ha ido. Ya entre amigos, Jesús abre su corazón. Han comido el cordero Pascual y tienen una sobremesa larga, que será recordada a lo largo de toda la historia de la humanidad. Solo habla Jesús, ellos escuchan sin perder ni una sola palabra. Los ojos están fijos en él.

En un determinado momento, Jesús hace un silencio en el que mira a los discípulos, uno a uno. Luego, su rostro se torna solemne. Se nota que está emocionado. Con movimientos pausados y solemnes, Jesús toma el pan en sus manos, lo bendice y se lo da a cada uno, diciendo:

-Tomad y comed; esto es mi cuerpo.

Después, vierte vino en una copa, lo bendice, y les da a beber, uno por uno:

-Tomad y bebed; esta es mi sangre, que será derramada para remisión de los pecados.

Durante unos minutos, nadie habla. Les ha dicho Jesús que lo que han comido, no es pan, sino su Cuerpo; y que lo que han bebido, no es vino, sino su Sangre. Y así lo entienden y lo creen. Hay un silencio respetuoso. Todos están conmovidos. Les ha impresionado que Jesús transforme el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, pero ahora va a hacer algo más: les transfiere a ellos ese poder. Les dice solemnemente:

-Hagan esto en memoria mía.

A partir de este momento, las palabras milagrosas de la consagración: esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre, serán las más repetidas en la historia de la humanidad. Son palabras que cambian el mundo. Gracias a ellas, Jesús vivirá siempre entre los hombres. Por ellas, el hombre-Dios se queda en la tierra, en cada sagrario, en cada fracción del pan, convertido en su Cuerpo y en cada porción de vino, convertido en su Sangre. Tanto en el pan consagrado como en el vino consagrado está el mismo Jesús, Dios y Hombre. No un símbolo, no una representación, sino él mismo.

Los discípulos han comulgado por primera vez, de manos del Maestro. Sigue hablando pausadamente. Son palabras de un padre que da las últimas recomendaciones a sus hijos:

-Un mandamiento nuevo les doy: que se amen unos a otros como yo los he amado. Nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos.

Jesús pone bien alta la medida del amor de unos a otros. Y dice que el mandamiento es nuevo. Les resulta nuevo porque los discípulos han aprendido en la ley antigua preceptos como "ojo por ojo y diente por diente", límites en el perdón de las ofensas... La ley antigua es superada por el mandamiento nuevo del amor, de la generosidad, de la entrega sin límites. Es lo diferencial de la nueva ley:

-Precisamente en esto conocerán que son mis discípulos: si tienen amor unos a otros.

Y así sucede. Años más tarde, los historiadores de la época dejarán constancia de esto y se sorprenderán de cómo es el amor entre los cristianos:

-¡Cómo se aman!, se escribirá en las crónicas.

Jesús les explica, después, que no basta que el amor sea sólo de sentimientos o palabras, sino que tiene que manifestarse en la conducta personal. Por eso les dice:

-Son mis amigos si hacen lo que les mando... Si me aman, cumplirán mis mandamientos... El que cumple mis mandamientos, ése es el que me ama, y mi Padre le amará y vendremos a él y habitaremos dentro de él.

Ya hace tiempo que le oyeron decir:

-No todo el que me dice "Señor, Señor" entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, ése entrará.

Sigue la conversación serena y afectuosa, profundizando en temas cada vez más importantes.

-Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El sarmiento no puede dar fruto sino está unido a la vid. Así les ocurrirá si no están unidos a la vid. El que

permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí, no pueden hacer nada. El sarmiento desunido de la vid, se seca y lo echan al fuego y arde.

-Maestro, ¿cómo podemos estar unidos contigo?, le preguntan.

-Si guardan mis mandamientos, están unidos a mí y yo a ustedes. Jesús ve que les cuesta entender estas cosas y les dice:

-El Espíritu Santo, que el Padre enviará, les explicará todo y les hará recordar las cosas que les he dicho.

Luego, la conversación da un giro brusco, quizá porque el recuerdo del traidor se hace presente. Jesús se pone serio y, recorriéndoles con la mirada, les dice:

-Todos me negarán esta noche y huirán de mí.

Hay expresiones contenidas de protesta. Pedro, más impulsivo, interviene:

-Aunque todos te nieguen y te abandonen, yo no; nunca te dejaré.

-¿Nunca?, - le dice Jesús, mirándolo fijamente-. Tú, hoy, esta noche, antes de que cante el gallo en la madrugada, me habrás negado tres veces.

Pedro insiste, confiando sólo en sus propias fuerzas:

-Aunque tenga que morir contigo, no te negaré. Yo daré la vida por ti.

Los demás discípulos dicen también lo mismo.

-¿Seguro que darán la vida por mí?

Hay un silencio. Jesús, acaba de decirles: "sin mí no pueden hacer nada". No han entendido la debilidad humana y la necesidad de la ayuda de Dios. Lo entenderán después, con su propia experiencia.

Estas palabras de Jesús les han dejado silenciosos y tristes. El les consuela:

-Les conviene que yo me vaya porque voy a prepararles un lugar... Quiero que donde yo esté, estén también conmigo. No les dejaré huérfanos. Un poco de tiempo y no me verán, pero otro poco de tiempo y me volverán a ver. Ahora,

me voy a mi Padre. Están tristes, pero nos volveremos a ver, y entonces se alegrará su corazón y nadie podrá quitarles su alegría.

Ha llegado el momento difícil de la despedida. Jesús se pone de pie:

-Tengo muchas más cosas que decirles pero no pueden entenderlas ahora. Se acerca el príncipe de este mundo. Contra mí no puede nada, me entrego a él para que conozca el mundo que yo amo al Padre y que hago lo que el Padre me ha mandado.

Bajan las escaleras en silencio. Es cerca de la media noche. Salen a la calle. La noche está muy oscura. Las estrechas calles de Jerusalén están frías y desiertas. Cualquiera esquina es una amenaza. El pequeño grupo rodea a Jesús y lo protege. A distancia, se adivinan unas sombras que siguen al grupo.

Llegan a un pequeño huerto de olivos, cercado, que se llama Gethsemaní, En la entrada Jesús se detiene y les dice:

-Esperen aquí.

A Pedro, Juan y Santiago y les dice:

-Vengan conmigo.

Entran los cuatro y se pierden en la negra espesura del bosque.

Evangelios: Mt. 26, 26-28; Mc. 14, 22-24; Lc. 22, 19-20.

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., pp. 501-506. SHEED, ob. cit., pp. 389-398. PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 566-576.

30 EL BESO DE LA TRAICION

Los cuatro caminan entre los olivos. Jesús siente el peso de todo lo que se le viene encima y deja que salgan de su corazón estas palabras: -Mi alma está triste hasta la muerte.

Siente la necesidad de hablar, a solas, con su Padre del cielo. Les dice que lo acompañen en su oración y se adelanta unos pocos metros. Cae de rodillas hasta tocar la frente con el suelo. Es una actitud tanto de oración como de desfallecimiento. Ellos no saben qué hacer. En el silencio de la noche se oyen claramente las palabras que Jesús dirige a su Padre:

-Padre mío, todo es posible para ti. ¡Aleja de mí este cáliz!

Luego, han oído como unos sollozos entrecortados; y, después de un silencio, la voz firme y decidida de Jesús:

¡...pero no se haga lo que yo quiero sino lo que quieres tú!

Ven sufrir a Jesús y sufren también. Pero el cansancio y las emociones del día pueden más y caen rendidos por el sueño. Les despiertan unas palabras:

-¿Por qué están dormidos?

Ven a Jesús junto a ellos. Les habla como pidiendo su ayuda y su compañía. Luego, preocupándose por ellos, añade un consejo:

-Vigilen y oren para que no caigan en la tentación...

Vuelve Jesús a la conversación con su Padre, en frases sencillas y breves:

-Padre mío, si este cáliz no puede pasar de mí sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.

Como cualquier otro hombre, Jesús siente el temor instintivo a la muerte. se ve delante de ella. Recorre con la imaginación las brutalidades y tormentos que le esperan y se angustia. Ha pedido al Padre que le libere de aquel trance. La voluntad divina es que pase por esos sufrimientos. Busca un consuelo en sus mejores amigos. Se levanta nuevamente, va junto a ellos y los encuentra también dormidos. Su corazón deja escapar esta queja:

-¿No pueden velar una hora conmigo?

Se adelanta de nuevo y se postra haciendo oración. Ve el correr de los siglos, y se abruma por tanta iniquidad que pesa sobre él; que debe pagar por todo. Recuerda la profecía de Isaías:

-"Dios le cargó de todas nuestras iniquidades".

Y ve también las ingratitudes, olvidos y frialdades con que corresponderán los hombres redimidos con su sangre. Una terrible duda, expresada en uno de los salmos, se apodera de él:

¿Qué utilidad hay en mi sangre?"

Este pensamiento le hace sufrir más. Por un momento, su Padre Dios le deja solo. Jesús siente la sensación de soledad y de fracaso como ningún hombre o mujer la ha sentido jamás. Ve el cáliz lleno hasta los bordes.

La hora que pasa Jesús haciendo oración en el huerto es un sufrimiento espiritual que sobrepasa el peor sufrimiento físico.

Su amor le lleva a pasar todos los dolores posibles, físicos y espirituales. Ninguna persona, a lo largo de la historia, podrá decir que ha sufrido algo que no ha sufrido Jesús. Aquí está, quizás la respuesta a la difícil pregunta: "¿porqué tanto, Jesús, si no era necesario, si para redimirnos, bastaba un solo instante de tu existencia humana?"

Un ángel del cielo le conforta. Por tercera vez vuelve a los discípulos y nuevamente los encuentra dormidos. Serenamente les dice Jesús:

-El que me va a entregar se acerca.

Jesús ha mostrado en esta hora la grandeza de su carácter. Reacciona como un ser humano. Que siente angustia ante el sufrimiento.

Se dirigen hacia la entrada del huerto. Oyen el rumor de varios cientos de hombres que se acercan. Entre los árboles, parpadea la luz de las antorchas y brilla fugazmente el metal de las espadas desenvainadas. Los escribas y fariseos han querido asegurar el golpe y traen el refuerzo de un fuerte

contingente de soldados romanos. Delante, guiándoles, va un amigo de Jesús: Judas.

Les ha dado a los otros la contraseña:

-A quien yo bese, ése es. Agárrenlo fuerte.

Cuando se acerca, Jesús le dice:

-Amigo, ¿a qué vienes?

Y, ante su silencio, Jesús le da la respuesta, en forma de pregunta:

-¿Con un beso me entregas?

Cuatro o cinco hombres se abalanzan sobre Jesús. Los discípulos reaccionan y preguntan:

-¿Herimos con la espada?

Pedro ya se ha adelantado a hacerlo y ha dado un tajo sobre la cabeza de uno, de nombre Malco. El golpe le causa una profunda herida en la oreja, dejándola medio desprendida. Los soldados romanos desenvainan las espadas y consultan con la mirada al oficial. Jesús, que está cerca del herido, rápidamente toca su oreja y la cura. Es su último milagro antes de morir. Nunca ha hecho un milagro en beneficio propio y no lo va a hacer tampoco ahora. Este milagro es una comprobación más de que Jesús va libremente, sin ser obligado por nadie, a su pasión y a su cruz. Jesús le dice a Pedro y a muchos otros que lo oyen:

-¿No sabes que puedo pedirle a mi Padre y enviará doce legiones de ángeles? Pero tienen que cumplirse las escrituras; conviene que sea de este modo...

Los que atan a Jesús están atemorizados ante él. Lo hacen muy fuertemente. Él se deja hacer. Con energía, les dice:

-Han salido con espadas y palos a prenderme como si fuese un ladrón. Todos los días estaba en el Templo enseñando, ¿por qué no me apresaron entonces?

La turba, se impresiona ante la serena dignidad de Jesús. Luego reaccionan y le prenden fuertemente. Jesús no opone ninguna resistencia. Los discípulos temen que también les llevan a ellos. Sin saber bien lo que hacen, huyen.

Dos horas antes, Jesús ha recorrido el camino a Gethsemaní rodeado de once amigos incondicionales que le protegían. Ahora lo llevan como si fuese el más peligroso de los malhechores de Israel. Mientras tanto, en Jerusalén, a toda prisa, están preparando una cruz.

Evangelios: Mt. 26, 30-56; Mc. 14, 26-52; Lc. 22, 29-53; Jn. 18, 1-12.

Bibliografía: SHEED, ob.cit., PP. 399-401. PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 586-596. ROPS ob. cit., pp. 469-475. WILLAM, ob. cit., pp. 465-473.

31 LA NOCHE TRISTE DE PEDRO

El anciano Anás esta noche duerme poco. Es un personaje influyente, de esos que manejan el poder a través de otros. Un artista del enredo político. Ha movido los hilos para eliminar a este profeta de Nazareth que lo estorba. Los demás respetan y envidian su poder, su gran fortuna, y su cadena de establecimientos comerciales en los alrededores del Templo. Muchos años ha sido el sumo sacerdote y ahora dirige la orquesta entre bastidores. Sus cinco hijos, uno tras otro, han ocupado el cargo de sumo sacerdote y el que lo ocupa actualmente es su yerno.

Delante de este personaje inocuo está Jesus, con las manos atadas, flanqueado estrechamente por dos corpulentos empleados de los sumos sacerdotes. Los soldados romanos aguardan en las puertas del palacio de Caifás. A ellos no les es permitido entrar en la mansión de tan importante personaje judío. Los fariseos lo han llevado primero a Anás, como deferencia con él, satisfechos de poder presentar un trofeo importante.

La entrevista no es muy animada. Anás habla poco porque es de madrugada, tiene sueño y está ya anciano. Jesus habla menos todavía porque no tiene nada que decirle a Anás. Lo ama en su corazón y va a dar su vida por él, y por tantos como él, dentro de unas horas. La entrevista es breve. Anás lo remite a su yerno Caifás, que ya lo espera.

El trayecto hasta el palacio del sumo sacerdote es corto. Caifás inicia el juicio a Jesus, la parodia de juicio, porque el mismo Caifás ha dicho hace unos días: “conviene que un hombre muera por el pueblo”; antes de iniciar el proceso ya lo ha condenado a muerte y ha publicado la sentencia. Jesus lo sabe. Comienzan los interrogatorios para ver como sorprender a Jesus en sus propias palabras. Le pregunta

-¿Cuál es tu doctrina y qué afirmas sobre ti mismo?

Jesus calla. Su dignidad y seguridad impresiona a todos. Ese hombre, esta con las manos atadas, pero basta ver su porte para convencerse de que es un hombre libre. La verdad lo hace libre Y basta mirar a los que juzgan para comprobar que son esclavos de su odio y de su mentira.

Ellos insisten en su interrogatorio y él les explica la causa de su silencio con una lógica aplastante:

-Mi doctrina la he expuesto en público. He enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos. He hablado durante tres años. Los que me han escuchado saben lo que les he dicho. Pregúntenles a ellos, para que sean ellos los que den testimonio de mí.

Caifás se ha quedado sin saber qué decir. Uno de los servidores, acude a salvarlo con un gesto de adulación servil; se acerca a Jesús y le da una bofetada, mientras le dice:

-¿Así respondes al pontífice?

Luego otros, en señal de desprecio, le escupen.

Jesús recibe la ofensa con pena y lástima por quien le ofende. También por ellos va a morir dentro de unas horas. Les mira con mansedumbre, pero su voz suena enérgica y firme, exigiendo justicia:

-Si hablé mal, muéstrame en qué. Si hablé bien ¿por qué me golpeas?.

Caifás, hombre inteligente y hábil, comienza a darse cuenta del peligro que corre en ese enfrentamiento directo con Jesús. Sabe que va a salir muy mal parado. Y cambia de táctica. No intentará acusar a Jesús por sus propias palabras, sino va a buscar testigos que tergiversen lo que él ha dicho, y puedan dar algún motivo de acusación.

Da por terminada la sesión. Manda que se lleven al preso, lo abandona a la soldadesca para que se entretengan y él comienza el conciliábulo con sus más expertos asesores en este tipo de patrañas judiciales.

Mientras tanto, en el hall principal del palacio, se está desarrollando un pequeño drama, pleno de humanidad, que se repetirá millones de veces en los siglos posteriores. Es la historia de un hombre, bueno y noble, que experimenta en carne propia la debilidad de la naturaleza humana y sabe aprender de su propia experiencia. Ese hombre se llama Pedro. Ha ocurrido así:

Repuestos del susto en el huerto de los olivos, Pedro y Juan han seguido de lejos al Maestro. Van silenciosos los dos y avergonzados, porque piensan que han podido hacer algo más por defender al maestro. Es verdad que Pedro ha sacado la espada pero luego, al ver el centenar de soldados romanos armados fuertemente, ha huido como todos. Ha corrido hacia las huertas vecinas, perseguido sin mucho entusiasmo por unos cuantos, y se ha escondido entre los árboles, amparado por la oscuridad de la noche. Con él ha ido Juan, que también ha corrido al ver correr a Pedro. Luego, a prudente distancia, han seguido el cortejo de malhechores que rodeaban a Jesús.

No han entrado en la casa de Anás, intuyendo que la visita sería corta. Cuando llegan al suntuoso palacio de Caifás, se detienen vacilantes. Muchos entran. Juan es conocido en esos ambientes y su juventud le impulsa decididamente hacia adentro. Desde el atrio, con un gesto, hace pasar a Pedro y Juan se pierde por los salones atestados de gente.

Pedro se queda cerca de la puerta. No conoce a nadie. Nunca ha estado en el palacio. Solo ve miradas que le parecen hostiles. Ha perdido su seguridad. Se desconoce a sí mismo y se siente muy incómodo. Se queda parado, junto a una columna, en un lugar con poca luz, donde se encuentra más protegido. La noche está fría y, unos metros más adelante, hay unas cuantas personas calentándose alrededor del fuego. Ríen y bromean unos con otros. Pedro, que tiene frío, se va acercando buscando el ambiente tibio del fuego. Se envuelve bien en la túnica y se baja el turbante hasta los ojos, para no ser reconocido. No se da cuenta de que compone una figura bien extraña. Además, su rostro refleja miedo y preocupación.

Alguien le dice a la portera:

-La noche está fría, ¿podrías avivar el fuego?.

Echa un puñado de hojas secas. Enseguida, crepitan las chispas y unas llamaradas cimbreadas iluminan la estancia. La luz le da a Pedro en plena cara y su extraña figura atrae la atención del pequeño grupo. La portera le mira fijamente y le dice:

-Oye, ¿no eres tú también de ellos?

-No sé de qué me hablas, contesta balbuceando Pedro.

La conversación del grupo estaba interesante y vuelve la atención al que relataba algo. Lo celebran con risas, todos intervienen, menos Pedro, que está silencioso, serio, ajeno a todo aquello. Querría retroceder y retirarse pero piensa que es peor. La portera, que no se ha quedado nada convencida con la respuesta anterior, vuelve a la carga: Yo diría que éste es uno de los que andaban con ese hombre. Yo lo he visto con él...

Las miradas se clavan en Pedro. Ahora su protesta es más firme y decidida:

-Yo no soy. ¡Ni conozco a ese hombre...!

El acento de Galilea, la tierra de Jesús, es inconfundible para los judíos. Uno se le encara y le dice:

-No lo puedes negar, porque tu mismo hablar te delata.

Y otro añade:

-Yo te he visto ahora en el huerto de los olivos con él..., y me parece que has sido tú el que ha sacado una espada.

El pánico se ha apoderado de Pedro y no sólo afirma que no conoce a Jesús sino que lo hace con juramento. Hay en su voz descontrol y nerviosismo. Luego, ante las miradas burlonas de todos, se retira. Le dejan ir. Mientras se va, oye claro y nítido el canto de un gallo y el corazón le da un vuelco.

Cuando está caminando hacia la salida, se abre la puerta que da al salón principal y de ahí sale un cortejo que le cierra el paso. Pedro se hace a un lado. Pasan rozándole. Allí detrás, entre dos hombres fornidos, viene Jesús. Pedro lo ve cubierto de salivazos y nota alguna herida en el rostro. Han rasgado su túnica, esa confeccionada de una sola pieza y que tantas veces ha ayudado a Jesús a limpiar y a cuidar. Está sudoroso, su cabellera revuelta y las manos fuertemente atadas como para impedir que haga uno de sus espectaculares milagros. Al verlo así, el corazón de Pedro se derrite en lágrimas. Incluso en esos momentos, el porte de Jesús es digno y rebela un señorío que destaca por encima de toda aquella chusma que le rodea. Se acuerda de que un día les dijo:

-Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.

Eso es lo que está haciendo Jesús ahora. Y él es uno de esos amigos.

El grupo avanza lentamente. Jesús va a pasar junto a él, casi rozándole. ¿Qué hará el maestro? Pedro está inmóvil. Ya está frente a él. Jesús le mira con el cariño de siempre, más que siempre. Lee en sus ojos el perdón, no un perdón que humilla, sino un perdón que alienta, que da ánimos nuevos. Ahora, un amor también nuevo brota por el maestro. Un amor acrisolado en su amarga experiencia.

Recuerda Pedro lo que sucedió hace dos años, en Cesarea de Filipo. Jesús les había preguntado: "¿Quién soy yo?" Movido por el Espíritu Santo, sin saber él mismo lo que hablaba, Pedro dijo: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Entonces Jesús, delante de todos, le llamó 'Bienaventurado'. Recuerda que entonces sintió una inmensa alegría por dentro. Y después le dijo, en tono solemne, unas palabras que nunca se han borrado de su mente:

-Yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y te daré las llaves del Reino de los Cielos. Lo que ates sobre la tierra será atado en el cielo y lo que desates sobre la tierra será desatado en el cielo.

Los demás y Pedro entendieron que Jesús lo nombraba algo así como su sucesor. Y así era efectivamente. Ahora, una pena amarga le invade. Tiene la sensación de que la piedra ha caído y se ha roto en mil pedazos. Otro recibirá las llaves del Reino de los Cielos y él trabajará con todas sus fuerzas, en el último lugar, al servicio de esa Iglesia que funda Jesús.

Bibliografía: PEREZ DE URBEL, ob. cit., 599-604. ROPS, ob. cit., pp. 482484. WILLAM, ob. cit, pp. 473476.

32 JESÚS ANTE CAIFÁS

Caifás ha decidido convocar al pleno del Sanedrín para juzgar a Jesús. No le importa que sea de noche. Los convocados van llegando de uno en uno. La gran sala de palacio está iluminada por docenas de hachones de aceites olorosos que arden en candelabros de plata. Brillan las sedas negras de los turbantes que llevan los maestros de la ley, envueltos en sus amplios mantos, adornados con filacterias.

A estos hombres se los ve contentos. Aunque los han despertado de madrugada, se regocijan pensando que, por fin, van a ver delante de ellos, maniatado y humillado, a Jesús de Nazareth, quien tantas veces les ha enrostrado en público sus hipocresías. Están reunidos todos los grandes de Israel. Sólo José de Arimatea y Nicodemo, amigos de Jesús, no han sido convocados.

La ley judía manda que los juicios deben celebrarse de día y en la sede del Gran Consejo. Esta parodia de juicio se celebra en la oscuridad de la noche y en la casa del sumo sacerdote. Nocturnidad y alevosía son agravantes de quien comete un delito; en este caso, lo son de los propios jueces. No les importa infringir la ley, lo único que les importa es actuar en secreto y con rapidez para tomar por sorpresa al pueblo, sin darle tiempo a que sepa lo que realmente está pasando.

Mientras tanto, los soldados se divierten con Jesús. Alrededor de las cinco de la mañana, lo hacen entrar en la gran sala. Viene herido, maltratado, escupido. Su dignidad y su mansedumbre golpean los corazones de muchos. Hay un silencio respetuoso, solemne. Nadie se atreve a decir nada.

Comienza el desfile de testigos. Repiten frases dichas por Jesús. Son inexactas y se rectifican entre ellos:

-No, no dijo esto, lo que realmente dijo fue...

Pasa el tiempo, desfilan testigos pero no encuentran de qué acusarle. Jesús mira y calla, ajeno a todo aquel enredo. Caifás se dirige a él indignado:

-Mira cuántas cosas dicen de ti ¿No respondes nada?

Sigue en silencio.

Los miembros del consejo entienden que si no hay acusaciones, Jesús no tiene nada que decir. El prestigio de Caifás está en duda. Los ojos se dirigen interrogantes hacia él. No tiene más remedio que jugarse entero. Se levanta de su sillón presidencial y se acerca con paso solemne a Jesús. En medio de la sala, frente a frente, están el sumo sacerdote y Jesús de Nazareth. La máxima autoridad religiosa de Israel está frente al hombre Dios enviado al mundo. Uno arrogante, inquieto, nervioso; esclavo de su odio; otro sereno, imagen de la verdad y de la libertad. Durante unos segundos, hay un silencio expectante. Luego Caifás, alzando los brazos, formula, en tono conminatorio, la pregunta definitiva:

-Yo te conjuro, en nombre del Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, cuyo nombre sea siempre bendito.

Cuando pronuncia el nombre de Dios, todos los miembros del consejo se inclinan reverentes. Se han dado cuenta de que la pregunta es doble: si él es el Cristo, el mesías prometido por Dios y esperado por los judíos y, además, si él es Hijo de Dios; es decir, si es Dios. Todos los ojos están puestos en Jesús.

Ahora quien le pregunta es la autoridad suprema de Israel, por lo tanto, el representante de Dios ante su pueblo. El sumo pontífice es el único que tiene atribuciones para hacer esa pregunta. Tiene derecho a una respuesta. Jesús la da. La voz de Jesús resuena serena y potente en todo el recinto:

-¡Yo soy!

Hay un murmullo de asombro. Ha llegado el momento, ya al final de su vida, de hablar con total claridad. Y no dice sólo esto sino que además añade:

-Y les digo que un día me verán sentado a la derecha del poder de Dios venir sobre las nubes del cielo...

Todos saltan como un resorte, y gritan: ¡Ha blasfemado!

Proclamarse Mesías, enviado de Dios, no es ningún delito, porque el pueblo lo espera. Pero proclamarse Hijo de Dios, hacerse Dios, es una blasfemia que,

según la ley de Israel, merece la muerte. Por eso, quieren que se ratifique y le preguntan: -Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?

Jesús contesta con voz fuerte y serena:

-Así es; yo lo soy.

La asamblea estalla de odio y de júbilo; odio acumulado durante los últimos dos años y júbilo porque al fin pueden condenar a muerte a Jesús:

-¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos de testigos? De su misma boca lo hemos oído. ¡Reo es de muerte!

Los judíos rasgan su túnica cuando quieren manifestar escándalo. Caifás rasga la suya y todos se estremecen al ver desgarrada la túnica del sumo sacerdote. Muchas voces repiten:

-¡Reo es de muerte!

Sacan a Jesús violentamente de la sala. Cuando quedan solos, alguien dice:

-Según la ley romana, los judíos podemos condenar a muerte pero debe ratificar la sentencia el Procurador Poncio Pilato.

-Y Pilato no querrá entrar a un asunto religioso, como es la blasfemia. Tenemos que buscar una acusación política, por ejemplo, que es un sedicioso que amotina el pueblo...

-O mejor, que quiere hacerse rey y rebelarse contra el César...

La discusión se va prolongando sin llegar a una decisión. La zanja el sumo sacerdote diciendo:

-Pilato ya no es el de antes, ahora sabe que debe andarse con cuidado... No lo llevamos para que lo juzgue, sino para que mande ejecutar nuestra condena. A las nueve de la mañana se abre el Tribunal. Será el primer asunto que vea.

Y deciden, bien custodiado, llevarlo a Pilato.

Bibliografía: SHEED, ob. cit., pp. 402406. PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 605-612. ROPS, ob. cit., pp. 477-482. WILLAM, ob. cit., pp. 477483.

33 HISTORIA DE UNA COBARDÍA

La historia de Poncio Pilato, procurador romano en Israel, comenzó hace tres años. Hombre atorrante y cruel, llegó avasallando, hasta el extremo de tomar el dinero de las ofrendas del Templo, dinero sagrado para los judíos, y destinarlo a construir un gran acueducto. Le gusta lucirse ante Roma, realizando grandes obras públicas. Los judíos se sublevaron y Pilato lanzó las legiones romanas contra el pueblo indefenso. Masacró y mató a varios cientos. Algunos judíos influyentes en Roma, apoyados por el rey Herodes, presentaron sus quejas ante el emperador romano, Tiberio. El procurador Pilato estuvo a punto de ser depuesto. Recibió cartas de Roma que desaprobaban su conducta. A partir de ese momento, su puesto pende de un hilo. Ahora es complaciente, deja hacer y evita problemas, aunque desprecia a los judíos y, de modo particular, al rey Herodes, con quien no se trata.

Son las nueve de la mañana del viernes, víspera de la Pascua. A esta hora, las calles están atestadas de judíos. La comitiva numerosa que traslada a Jesús, hacia el palacio de Pilato, llama la atención. La gente exclama:

-¡Llevan preso a Jesús de Nazareth...! ¡Se dice que lo han condenado a muerte!

La noticia causa sensación en Jerusalén.. Las opiniones se dividen. Son muchos los que han presenciado los milagros y han escuchado de sus labios una doctrina que les ha llenado el alma. Esos quieren a Jesús y le miran con afecto. Otros, que ya tocaban la ansiada liberación de los romanos, y han gritado hasta enroquecer en su entrada triunfal en Jerusalén, se sienten decepcionados y ven pasar a Jesús con cierta hostilidad. Hay quienes permanecen pasivos, indiferentes, ajenos a todo aquello. Todos ignoran que el suceso que presencian les afecta profundamente y cambia sus vidas. Por todos ellos, amigos, enemigos o indiferentes, muere Jesús.

La comitiva llega delante del palacio del procurador. Ante él hay un gran patio de piso enlosado y adornado con piedras talladas. Jesús lo atraviesa fatigosamente. Luego, sube lentamente la amplia escalinata y espera delante de la puerta. Sale Poncio Pilato. La plaza se va llenando de gente.

Sabe Pilato de qué se trata porque el tribuno que mandó anoche las tropas le ha dicho:

-Se trata de un profeta muy popular que ha hecho muchos prodigios.

No le agrada el asunto. Comienza preguntando:

-¿Qué acusación traen contra este hombre?

Los fariseos se disgustan porque no lo llevan para que lo juzgue sino para que ejecute la sentencia. Ya ellos lo han juzgado. Le dicen en tono poco amistoso:

Si no fuera un malhechor, no lo traeríamos...

Pilato no quiere cometer nuevos errores y prefiere informarse por sí mismo.

-¿Pero cuál es la acusación?

-Ha blasfemado y la blasfemia para nosotros es un grave delito.

-Pero no es un delito político, sino religioso...; júzguenlo según su ley.

Los escribas y fariseos discuten con Pilato acaloradamente. La plaza se ha ido llenando y gritan las consignas que los fariseos les han preparado con astucia:

-¡Se rebela contra el César! Quiere hacerse rey!

El tumulto va creciendo. La nueva acusación es muy seria. Se asusta y vuelve a entrar al Pretorio con Jesús:

- ¿Eres tú el rey de los judíos?

-Mi reino no es de este mundo. Si lo fuera, los míos habrían luchado para no ser entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí. Y tú no tendrías ningún poder sobre mí si no te fuese concedido desde lo alto.

Jesús desea llevar a Pilato a un plano más espiritual pero choca con su pragmatismo. Poncio comenta a media voz con sus asesores:

-¡Bah! La fuerza de un rey son sus legiones. ¿De qué sirve ser rey, si no tiene quien le defienda? Este hombre es un idealista, como los retóricos que he conocido en Atenas o los místicos de Alejandría.

Vuelve a preguntarle, a ver si encuentra cómo salvarlo:

-¿De verdad tú eres rey?

-Yo soy rey. Para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que ama la verdad, escucha mi voz.

-¡La verdad, la verdad...! ¿Qué es la verdad?

Traza con la mano un gesto en el aire y da todo por terminado. Dice en voz alta:

-Es inútil conversar con este hombre...

Las trompetas anuncian nuevamente la presencia del Procurador de Roma, el representante del César. La multitud espera ya la confirmación de la sentencia. Pilato dice:

-Yo no encuentro crimen alguno en este hombre...

Estalla el griterío. Los fariseos alzan los brazos. En medio de la confusión, oye una voz que grita:

-¡Desde Galilea hasta aquí, ha revuelto todo el país!. Se vuelve hacia uno de los asesores y le pregunta:

-¿Este hombre es de Galilea?

-Parece que sí, señor.

Confirman que así es. Pilato ve ahí una salida. Dicta a los secretarios la fórmula jurídica que los lictores trasmiten al público:

-Se remite el reo a su fuero de origen, Galilea.

Y a Herodes, rey de Galilea, va Jesús.

Es un hombre frívolo, sin escrúpulos, que mandó matar a Juan, el primo de Jesús. Ese hombre va a juzgar ahora a Jesús.

Un emisario se adelanta y le comunica a Herodes:

-Poncio Pilato te envía al rabbí Jesús de Nazareth, para que lo juzgues.

-Agradece al Procurador la atención que tiene conmigo y envíale mis respetos.

Herodes aprovecha para recuperar la amistad con el Procurador. Y comenta con sus cortesanos:

-Seguro que hace para nosotros algún juego prodigioso de los suyos...

Cuando llega Jesús, no se presta al juego. No le dirige la palabra ni le mira. Herodes, lo toma por excéntrico, y lo devuelve a Pilato vestido con una túnica blanca, la que acostumbra a los judíos a poner a los locos.

-Otra vez el triste cortejo se dirige a Pilatos. Los curiosos se han quedado en el camino. Ahora están sólo los fanáticos, los más agresivos.

De nuevo Jesús y Pilato están frente a frente. El mensaje de Herodes es que lo ve como un loco pero no un delincuente. Pilato vuelve a salir a la plaza, pensando conceder algo:

-Me han traído a este hombre acusándolo de agitador y sedicioso, pero yo no encuentro ningún delito en él. Tampoco Herodes. En consecuencia, lo someteré al castigo de la flagelación y lo soltaré.

Los fariseos, expertos en leyes, comentan:

-Falsa consecuencia, indigna de un hombre de Derecho. Ya está dando signos de debilidad. ¡Ya es nuestro!

El griterío aumenta. No se conforman con parte, quieren todo, quieren la muerte:

-¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Pilatos tiembla. Los asesores conversan entre ellos. Parece que han encontrado una solución. Se la hacen llegar y la acepta complacido. Poncio recupera en algo su dignidad perdida, se acerca a la balaustrada y con el gesto hace callar al pueblo. Las trompetas suenan fuerte acallando las voces. Habla en tono pausado y solemne:

-Es costumbre de los judíos que, con motivo de la fiesta de la Pascua, sea puesto en libertad un prisionero. Conocen a Barrabás que ha estado en prisión por robos y otros delitos y que últimamente ha asesinado a un hombre...

El pueblo aborrece a Barrabás. Hay murmullos contra él y algunos gritos:

-¡Asesino! ¡Muerte al asesino! ¡Que muera Barrabás!

Está muy bien pensada la estrategia y parece que va a dar buen resultado. Los escribas y fariseos reaccionan con prontitud: desaparecen de las primeras filas y se mezclan rápidamente entre el pueblo. Van atenuándose los gritos contra Barrabás. Suenan de nuevo las trompetas, imponiendo silencio, y se oye la voz solemne de Poncio Pilato:

-A quién quieren que suelte... ¿a Barrabás o a Jesús de Nazareth?

Unos pocos gritan con fuerza:

-¡A Barrabás! ¡Suelta a Barrabás!

Pilatos se sorprende y entra al Pretorio. El asunto es tan grave como para celebrar una sesión de consejo. Atraídos por el tumulto, han ido llegando todos los consejeros. Se sienta Pilato en la presidencia y abre la sesión:

Uno de los consejeros informa:

-Señor, acaba de llegar una noticia que agrava más este caso. El judío que traicionó a Jesús de Nazareth, de nombre Judas, se ha suicidado. Primero, se ha presentado ante Caifás afirmando que ha entregado a un hombre inocente y ha devuelto las monedas, precio de su traición. Pero ellos le han dicho: a nosotros qué nos importa; es tu problema. Judas ha arrojado las treinta monedas en el piso, ha salido y, desesperado, se ha ahorcado en la rama de un árbol. Hay un silencio incómodo. Luego, unos golpes suaves en la puerta solicitan permiso para entrar. Un criado trae un mensaje reservado para el Procurador. Se acerca respetuosamente y le entrega una tablilla en la que hay unas frases escritas. Algunos de los más próximos ven que es la letra elegante, aprendida en Roma, de Prócula, la esposa de Pilato. Lee primero para sí mismo, y luego en voz alta:

-Poncio, no te metas en los asuntos de ese hombre. He padecido mucho en sueños por Él esta noche. Es un hombre inocente.

No hace falta más. Sin dar explicaciones, el Procurador levanta la sesión y sale al atrio con paso seguro. Está decidido a librar a Jesús, aunque no tiene ningún plan. Las trompetas vuelven a imponer silencio. Es ya el mediodía. La plaza ha vuelto a llenarse de curiosos. Pilato no esperaba verla llena otra vez. Nuevamente el miedo le domina. Ingenuamente replantea la cuestión:

-¿A quién quieren que les suelte, a Barrabás, ladrón y asesino, o a Jesús, llamado el Cristo?

La plaza entera ruge:

-¡A Barrabás!

Los fariseos no han perdido el tiempo. Pilatos ya es un muñeco en manos de la muchedumbre y pregunta torpemente:

-¿Qué voy a hacer con Jesús de Nazareth?

-¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Allí está Jesús ante ellos, con el cuerpo roto, destrozado. Les mira con mansedumbre. Está dando la vida por cada uno de ellos. Oye como Pilato pregunta a la multitud:

-Pero... ¿qué mal ha hecho?

-¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

-¿A su rey he de crucificar?, pregunta Pilatos.

Unas voces aisladas responden con una afirmación insólita en labios de un judío:

-¡No tenemos más rey que al César!

Pilatos se rinde totalmente. Pide agua y se lava las manos, delante de la muchedumbre, y dice:

-Soy inocente de la sangre de este hombre justo.

Algunas voces contestan con unas palabras dramáticas:

-¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

El Procurador da orden de que le crucifiquen. Jesús le mira y le perdona. Pilato se retira cabizbajo, derrotado. Ha perdido su dignidad; poco después, será destituido y perderá su puesto. Es muy mal negocio ser cobarde.

Evangelios: Mt. 22, 15-22.

Bibliografía: SHEED, ob.cit., pp. 407-412. PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 615-636. ROPS ob. cit., pp. 493-513. WILLAM, ob. cit., pp. 486-512.

34 CAMINO DEL CALVARIO

La muerte en la cruz es una costumbre romana, no judía. Es el tormento más doloroso y humillante que existe. El reo debe recorrer las calles principales de la ciudad, mostrado a la vergüenza pública. Lleva a cuestas el madero horizontal de la cruz y, colgado al cuello, un cartel en que se lee su delito.

Por la calle principal de Jerusalén va Jesús, con su madera a cuestas, abriéndose paso con dificultad en una calle atestada de judíos, venidos de todo el país. Lleva el cuerpo destrozado por los azotes. En son de burla, le han colocado una corona de espinas, clavadas en su cabeza. La túnica se ha pegado a las llagas y el peso del madero sobre ellas aumenta el sufrimiento.

Va fuertemente custodiado por soldados, armados como para una guerra. Los fariseos temen que haga uno de sus milagros y desaparezca.

Su mirada sigue siendo dulce, la misma que ha derramado afecto y paz por las ciudades y caminos. Hay un algo especial que atrae, en ese hombre que va por las calles de Jerusalén arrastrando su dolor.

Mira uno a uno, y sabe que entrega libremente su vida por ése y por aquél, por los hombres y mujeres de todos los tiempos..

Unos metros más adelante, Jesús ve a su madre. Está entre el público, con las mujeres que la acompañan y con Juan. Se conmueve en lo más hondo de su corazón. Siente el consuelo inmenso de tenerla cerca y el dolor de ver su sufrimiento. Se detiene unos segundos delante de ella. Los ojos lo dicen todo. El empujón violento de uno de los soldados lo hace seguir.

María, con las mujeres y Juan, siguen por otras calles laterales el camino de Jesús. María vive en su corazón la pasión de su hijo. No hay dolor como su dolor. Los siglos posteriores, con toda justicia, la llamarán corredentora.

Poco más adelante, una mujer valiente, se abre paso entre las picas y los escudos de los soldados y se acerca a Jesús. Le limpia el sudor de su rostro, y le dice unas palabras de afecto y de consuelo. Jesús le corresponde con una mirada de cariño y con la efigie de su rostro en la tela que ha utilizado.

María la ha visto, la sigue y habla con ella:

-Mujer, ¿cómo te llamas?

-Verónica...

-Yo me llamo María. Soy la madre de Jesús. Quiero agradecerte lo que has hecho con mi hijo. Eres muy buena y muy valiente.

Verónica la abraza fuertemente, en silencio.

-María, ¿puedo acompañarte?

-Ven con nosotras, Verónica. Acompañaremos a mi hijo hasta la cruz.

El camino de Jesús se hace cada vez más fatigoso. Aunque son sólo unos centenares de metros. Cada paso es un esfuerzo heroico. El castigo de la flagelación es tan fuerte que deja exhausto. Hasta puede causar la muerte.

Resbala y cae al poco de salir y vuelve a hacerlo después. Le cuesta levantarse. El centurión romano que manda la tropa desea terminar cuanto antes. Temen que no pueda llegar. Ven un hombre robusto, que vuelve del campo con su herramienta al hombro:

-Tú..., ¡acércate! ¿Cómo te llamas?

-Me llamo Simón; soy de Cirene

-Deja tu herramienta y ayuda a llevar la cruz de este reo.

Simón se encuentra cargando la cruz. Lo ve caminar con un gran esfuerzo, oye su respiración entrecortada y siente piedad y afecto por este hombre. Es el primer hombre de la historia que acepta la invitación que ha hecho Jesús unos meses atrás:

-Si alguno quiere venir detrás de mí, tome su cruz y sígame.

Simón va cargado con una cruz que es la de Jesús. La acepta libremente. No sospecha que, a lo largo de los siglos, todas las cruces humanas se transforman en la de Cristo, cuando se aceptan libremente.

Ya está llegando al lugar de la crucifixión. Los últimos metros tienen una ligera pendiente. Jesús no puede subir. Cae por tercera vez. Lo incorporan y lo

llevan. Ve que hay preparadas dos cruces más. Morirán con él dos malhechores, acusados de asesinato y robo. Uno se llama Dimas y otro Gestas. Jesús recuerda que así se cumple otra profecía:

-«Estará entre los malhechores». El reo es despojado de sus vestiduras. Los soldados, siguiendo la costumbre, se reparten lo poco aprovechable que queda: las sandalias, el cingulo, la túnica... La túnica está manchada de sangre y de barro, pero los soldados descubren que es de buena calidad y de una sola pieza, sin costura. Conversan entre ellos y deciden no dividirla sino sortearla. Jesús ve que con esto se cumple otra de las profecías escritas sobre el Mesías:

-«Partirán entre sí mis vestidos y sortearán mi túnica».

En el madero vertical de la cruz, están clavando el cartel que ha traído colgado al cuello, donde se lee el delito por el que se le condena: -«Jesús Nazareno, Rey de los Judíos».

Muchos contemplan todo aquello, indecisos, confundidos. Saben que es una acusación falsa. Recuerdan aquella vez en que quisieron proclamarle rey, después de uno de sus grandes milagros, y él desapareció misteriosamente. Y que muchas veces dijo: "mi reino no es de este mundo"

Algunos pocos, instigados por los fariseos, se burlan y le insultan.

Allí están los clavos preparados. Tienden a Jesús. Primero clavan una mano sobre el madero y luego la otra. Luego, con ayuda de unos lienzos, lo levantan y lo colocan en el madero vertical y clavan juntos sus pies. Jesús lo sufre todo pensando en cada uno de los individuos de la humanidad.

A partir de este momento, comienzan a cumplirse las misteriosas palabras que ha dicho, hace tres días, en los pórticos del Templo:

-Cuando sea levantado, atraeré a todos hacia mí.

Esa cruz, que unos soldados romanos están alzando entre la de dos ladrones, es el trono de Dios en la tierra. Es el punto culminante de su aventura humana y divina. Desde la cruz, las palabras que va a pronunciar Jesús se elevan a niveles infinitos de misericordia y de grandeza.

Evangelios: Mt. 27, 31-38; Mc. 15, 20-28; Lx. 23, 26-33; Jn. 19, 16-22.

Bibliografía: SHEED, ob. cit., pp. 413-414. PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 639-645. ROPS, ob. cit., pp. 523-528. WILLAM, ob. cit., pp. 506-508.

35 MARÍA, AL PIE DE LA CRUZ

María, con las otras mujeres y Juan, lo presencian todo. En medio de su dolor, le oyen decir a Jesús:

-Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen...

María inmediatamente se une a la oración de su hijo. Los dos piensan en tantos hombres y mujeres que, a lo largo de la historia, ofenderán a Jesús de Nazareth, lo volverán a crucificar, sin saber bien lo que hacen. Por ellos muere Jesús y sufre su madre.

María está junto a la cruz. Aquella espada que treinta y tres años atrás profetizó Simeón en el Templo, ya está clavada en el corazón de María.

Los dos ladrones y asesinos crucificados con Jesús le reclaman, en tono de burla:

-Si eres el Cristo, sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros.

Dimas ha empezado a cambiar de actitud. La serenidad y la mansedumbre de Jesús le impresionan. Le ve sufrir en silencio. Empieza a entender que se puede amar mientras se sufre y que el sufrimiento tiene un valor que él nunca ha sospechado.

Se enfrenta a su compañero:

-Nosotros sufrimos por nuestros delitos, pero éste... ¿Qué mal ha hecho? ¿No temes a Dios, ni siquiera estando en el mismo suplicio?

Gestas sigue con sus insultos.

Ha oído que Jesús pide perdón para los que le dan muerte. Piensa que sólo un Dios puede ser capaz de tanta grandeza. Abre su corazón y deja que el arrepentimiento inunde su alma. Rompe en una petición audaz, la más ambiciosa que ha escuchado Jesús, porque Dimas no pide nada para el tiempo presente sino para la vida eterna:

-¡Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino!

La respuesta es todavía más rápida y generosa:

-En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso.

Una paz nunca sentida antes invade el corazón de Dimas. No sospechó que se podría sufrir tanto y ser tan feliz.

Se acerca el final. Jesús está entregando su propia vida, todo lo que ! tiene. Pero todavía le queda algo valiosísimo que entregar: su madre. Desde lo alto, con voz ya muy débil, señalando a Juan, dice a su madre:

-Mujer, ahí tienes a tu hijo.

Y le dice a Juan:

-Ahí tienes a tu madre.

Desde ese momento, Juan la toma consigo.

En los últimos instantes de vida, Jesús une sus dos grandes amores: su madre y la Iglesia naciente. Da una madre a la Iglesia y muchos hijos a su madre.

María ya veía a Juan y a los demás como sus hijos. Pero ahora, levanta la vista y mira a aquella muchedumbre que hay delante de Jesús. También son sus hijos, descarriados unos, desorientados y confundidos otros. Los ve tristes, necesitados de una madre.

Hay un camino que pasa a pocos metros de la cruz de Jesús. Es muy transitado, viene desde el mar, de Jaffa, y trae muchos peregrinos para la fiesta. Al pasar, miran a los crucificados y leen:

"Jesús Nazareno, Rey de los Judíos". Algunos se burlan y dicen:

-Si eres rey de Israel, baja de la cruz...

-A otros ha salvado y él no puede salvarse...

María sufre. Juan y las mujeres la consuelan. Ella piensa en tantos que, por ignorancia ofenderán a su hijo. También de ellos es madre.

Antes de las tres de la tarde, cuando todavía el sol está alto en el horizonte, comienza a oscurecer. Las tinieblas invaden la tierra. Un temor invade a todos.

Ya no hay burlas, ya no hay ironías. La serena grandeza de Jesús en su agonía, mueve al respeto. En el silencio, se oye una exclamación potente:

-Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?

María mira a su hijo y calla. Sólo ella entiende esa queja. Sabe que Dios no ha abandonado a su hijo, pero quiere hacerle pasar por la soledad y el desaliento por los que tantos hombres y mujeres pasarán a lo largo de los siglos: desesperanzas, oscuridades, tristezas, sintiéndose como abandonados de un Dios, que realmente nunca abandona a los suyos y, menos aún, en los momentos difíciles de su existencia.

La vida de Jesús se va apagando. Poco después, con voz muy débil, dice:

-Tengo sed.

El centurión, a caballo, se mueve inquieto por el pequeño cerro del calvario. La serena dignidad de ese hombre le perturba. Se acerca a él con respeto y le ofrece una esponja con vinagre. Jesús lo prueba y dice:

-Todo está cumplido.

Jesús ha dicho muchas veces que ha venido a la tierra para cumplir la voluntad de su Padre que está en los cielos. Está cumplida. No queda nada más que hacer. Dando una fuerte voz exclama:

-¡Padre, en tus manos entrego mi espíritu!

Jesús inclina su cabeza y expira. Son alrededor de las tres de la tarde.

María está de pie, junto a su hijo. La última mirada de Jesús ha sido para ella. Juan y las mujeres rodean a María. Han notado que su voz ha sido potente, segura, impropia de un agonizante que muere exhausto. Ha sonado como la voz de un hombre en su plenitud, que da la vida porque quiere, no porque se la quitan.

La tierra se oscurece y tiembla. Se parten las rocas haciendo estrépito. La naturaleza subraya la muerte del hombre-Dios. Todo Jerusalén se espanta y se conmueve. Se abren los sepulcros, muchos resucitan y se aparecen en la ciudad santa.

Sucede algo trascendental que marca la divisoria entre los tiempos antiguos y los nuevos: el gran velo del Templo, el que cubre el Sancta Sanctorum, el lugar más sagrado para los judíos, se rasga en dos, de arriba abajo. Es la expresión de que Dios retira su presencia simbólica del Templo para sustituirla por su presencia real en la eucaristía.

Las tres cruces han quedado solas en el cerro del calvario. Permanece el pequeño grupo que está con Jesús, y los soldados. El centurión lucha por dominar el caballo. Todos han huído, confundidos, dándose golpes de pecho. Hasta el centurión exclama:

-Verdaderamente éste era Hijo de Dios.

Los habitantes de Jerusalén se preguntan:

-¿No será éste el Mesías que esperábamos?

Juan y algunos otros desclavan con cariño el cuerpo de Jesús. Lo bajan de la cruz y se lo entregan a su madre. Sólo ella sabe que esto no es el final.

Evangelios: Mt. 27, 35-56; Mc. 15, 24-41; Lc. 23, 34-49; Jn. 19, 23-37.

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., pp. 522 y 530-532. SHEED, ob. cit., pp. 414-420. PEREZ DE URBEL, ob.cit., pp. 639-653. ROPS, ob. cit., pp. 529-546. WILLAM, ob. cit., pp. 509-519.

36 EL TRIUNFO DE JESÚS

José de Arimatea y Nicodemo son dos hombres importantes de Israel. Pertenecen a la aristocracia del pueblo judío. Los escribas y fariseos los han mantenido al margen de su complot contra Jesús. Saben que ellos son amigos de él. Antes no se han atrevido a dar la cara, pero ahora que ha muerto Jesús, sí se atreven. Van a ver a Pilato y audazmente le piden su cuerpo. Pilato se extraña de que todo haya sido tan rápido y pregunta al centurión:

-¿Es cierto que ha muerto ya este hombre?

-Señor, yo mismo lo he visto morir. Su muerte me ha impresionado...

Parece que quiere añadir algo más pero Pilato no necesita que le aumenten su inquietud y le corta con un gesto de la mano. Da la autorización enseguida.

José es dueño de un sepulcro nuevo, excavado en la roca. Consta de un pequeño vestíbulo que da acceso al sepulcro y se cierra con una gran piedra rodada sobre la entrada. Nicodemo comenta:

-Pronto sonarán seis veces las trompetas de plata, anunciando que comienza el día solemne de la Pascua, y el rito funerario debe terminarse antes.

-No habrá tiempo suficiente -dice José-, habrá que terminar de embalsamarlo el día siguiente de la fiesta.

Todo se hace con rapidez. Al acabar, se rueda la piedra que cubre el sepulcro y todos se retiran.

Anochece, cuando llega un destacamento de soldados romanos para custodiar el sepulcro.

Así termina este viernes triste, que será para los siglos futuros el día solemne de Viernes Santo.

María, acompañada por alguna de las mujeres, se retira. Juan la acompaña. Está muy serena. Le dice a su Dios las mismas palabras que le ha oído a su hijo en la cruz:

-Todo está cumplido.

En la boda de Caná, dijo a los empleados del comedor: "hagan lo que él les diga." Fue un éxito completo. Ella ha hecho lo mismo que aconsejó entonces: lo que Dios le ha dicho. Cumplirlo ha supuesto un gran sufrimiento. Tiene fe. En este viernes santo, toda la fe de la humanidad está concentrada en ella y, de ella, se extenderá a los apóstoles, a los discípulos y al mundo.

Para los discípulos, sin embargo, el sábado es un día muy triste. Se rompió el sueño, y acabó la gran aventura. Piensan que el camino de Jesús ha terminado en la cruz. María sabe que el camino de Jesús pasa por la cruz y sigue. Este sábado hace oración por los discípulos y por todos los que, a lo largo de los siglos, sufran las mismas crisis de fe y de esperanza.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba, las mujeres salen de casa para terminar de embalsamar a Jesús. Caminan a buen paso, decididas, valientes, sin temor a los soldados ni a nadie. Es más fuerte su amor por Jesús. Una de ellas se detiene y pregunta a las otras:

-¿Quién nos quitará la piedra que cierra el sepulcro?

Se miran entre ellas. Alguna sugiere:

-Volvamos a buscar a Pedro y a Juan.

-No; se hará demasiado tarde y habrá gente...

Contra toda lógica, siguen. Ha podido más una fe y una esperanza escondida que hay dentro de su corazón.

Al llegar, les sorprende que la piedra esté retirada. Se acercan a la puerta. Dentro hay un resplandor. Entran y ven una figura blanca, de gran belleza. Es un ángel que les habla con afecto:

-No teman...; buscan a Jesús, el que crucificaron. No está aquí. Resucitó, como les había dicho.

Ellas están como paralizadas, con sus lienzos y perfumes en las manos. El ángel, como para convencerlas, les dice:

-Vean, éste es el sitio en que lo dejaron. No está. Ha resucitado. El les dijo que sería entregado en manos de los pecadores, y crucificado, pero resucitaría al tercer día...¿Recuerdan?

Aturdidas y emocionadas, no saben qué hacer. El ángel sí sabe y se lo dice:

-Avisen a los discípulos que ha resucitado. Díganles, de parte de Jesús, que irá delante de ellos a Galilea y que allí le verán.

Salen corriendo del sepulcro. Llegan al cenáculo. Los discípulos están con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Llaman varias veces. Les abren con precaución. Casi no pueden hablar por la emoción:

-¡Ha resucitado! Jesús ha resucitado!

Cuentan con detalle todo lo que les acaba de suceder. Los rostros de los apóstoles están serios, reflejan incredulidad y duda. Preguntan más detalles. Alguno les dice:

-¿Están seguras de que no han visto visiones?

Pedro y Juan escuchan en silencio, uno junto al otro. Pedro dice en voz baja, ya incorporándose:

-Me voy al sepulcro.

-Voy contigo, dice Juan.

Recorren a la carrera las calles, todavía poco transitadas. Corren juntos; pronto Pedro empieza a fatigarse y se retrasa. Llega Juan, ve el sepulcro abierto. Espera a Pedro, que llega jadeando y entra primero.

Observan todo con detalle, levantan los lienzos, que todavía tienen el olor de los ungüentos, y que conservan la forma del cuerpo, como si hubiese salido a través de ellos. Ven todo y creen.

Dejan los lienzos como los han encontrado y salen del sepulcro.

Mientras tanto las mujeres, han vuelto a explicar lo mismo a los que han quedado, añadiendo nuevos detalles. Algunos están comenzando a creer. Otros, todavía no. Bajan al primer piso para recibir a Pedro cuando llegue. Por

la puerta entreabierta, ven venir a los dos corriendo, sin hacer caso de las miradas sorprendidas de los transeúntes. En cuanto Pedro entra, dice en voz alta:

-¡Es verdad, es cierto!

Pedro y Juan cuentan lo que han visto.

Juan añade:

-Mientras veníamos, hemos recordado lo que nos dijo Jesús, que resucitaría al tercer día...

Pedro interviene con fuerza:

-Lo había predicho, y no sólo una vez, sino varias. Pero no quisimos entenderlo, ¡nos ha faltado fe!

Luego se interrumpe, baja la cabeza y les dice:

-Pero yo soy el menos indicado para hablar...; yo, que negué tres veces al Señor, ¡Y hasta con juramento!

Y se dirige a Juan:

-Tú puedes hablar, Juan. Has recibido a la madre de Jesús, has estado junto a la cruz hasta el último momento...

Juan no lo acepta:

-Todos hemos fallado, Pedro. A ti Jesús te ha hecho piedra, cabeza de nosotros y para nosotros sigues siendo el que está en nombre de Jesús.

Los demás corroboran lo que dice Juan. Pedro se resiste, pero es a él a quien los demás preguntan y por quien los demás creen.

Un gran deseo hay en el corazón de todos: ver a Jesús. Sólo les queda esperar.

Evangelios: Mt. 27, 57 a 28,8; Mc. 15,42 a 16,8; Lc. 23,50 a 24,12.

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., p. 549. SHEED, ob. cit., pp. 421-423.
PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 654660. ROPS, ob. cit., pp. 555-563.
WILLAM, ob. cit., pp. 526-530.

37 EL REENCUENTRO

Los caminos de regreso de Jerusalén están nutridos de forasteros.

Ayer, sábado, han celebrado en la ciudad santa la fiesta de la Pascua. Los comentarios han girado sobre la muerte en cruz de Jesús de Nazareth; unos son de pena, unida a un gran respeto; otros son de cólera, causada por la decepción. Es el caso de aquellos que tocaban con la mano la ansiada liberación del yugo de los romanos. Falsas ilusiones, forjadas por ellos mismos, y desmentidas por expresas declaraciones del profeta de Nazareth.

Por uno de aquellos caminos transitan dos hombres jóvenes camino de una aldea que se llama Emaús. Son las primeras horas de la tarde y se siente fuerte el calor en aquel camino abrupto, sin vegetación, flanqueado de rocas. La vista recorre un panorama árido, suavizado con el verdor de algunos cultivos en pequeñas hondonadas.

De Jerusalén a Emaús hay unos doce kilómetros.

Detrás de ellos, viene otro caminante, con paso ligeramente más rápido. Al ponerse a su altura, los saluda y camina junto a ellos unos cuantos metros. Nota en ellos una gran preocupación y les pregunta:

-¿Qué es esto que están conversando y por qué están tristes?

-¿Tú eres el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha ocurrido en estos días?

-¿Qué ha pasado?

-Lo de Jesús de Nazareth, un profeta poderoso en obras y en palabras, ante Dios y ante el pueblo...

Y le cuentan largamente la historia de Jesús de Nazareth, sus grandes milagros y su doctrina, que el recién llegado escucha con atención.

-¿Cómo podíamos imaginar que moriría clavado en una cruz! Nosotros creíamos que sería el que libraría a Israel de los romanos.

Su compañero interviene y deja traslucir una cierta esperanza:

-Es verdad que algunas mujeres nos han inquietado. Fueron temprano al sepulcro y no encontraron su cuerpo. Vinieron hablando de una aparición de ángeles que les dijeron que Jesús vive.

El camino es largo y los dos de Emaús han terminado el relato de todas sus inquietudes. Siguen cabizbajos y tristes. Su acompañante interviene con fuerza y les dice:

-¿No recuerdan lo que dicen las escrituras? ¿No han leído que era necesario que el Cristo padeciese estas cosas antes de entrar en la gloria? ¿Tan oscurecido está su corazón?

Luego, comenzando por Moisés, les explica lo que los profetas han dicho sobre el Mesías. Conforme les habla, se les ilumina la mente y van recobrando la esperanza. Le hacen preguntas que contesta siempre con precisión.

La aldea de Emaús está a la vista. Comienza a atardecer. Se han alargado las sombras que proyectan los peñascos. Los tres caminantes llegan a la bifurcación de caminos. En uno de ellos, sobre una roca, está escrito rústicamente: Emaús. El compañero de viaje hace ademán de seguir adelante por el otro camino y se despide con una sonrisa. Los otros dos, le toman de un brazo y le dicen:

-Quédate con nosotros porque ya atardece!

-Además, -refuerza el otro- el camino ha sido largo y estarás cansado. Ven a nuestra casa. Mi nombre es Cleofás.

El invitado acepta con gusto.

Emaús es una aldea de pocas casas. En una de ellas, entran los viajeros. Presentan al amigo a los de su familia y descansan mientras conversan de los días pasados en Jerusalén. A la aldea ha llegado la noticia de la muerte de Jesús de Nazareth. En esa casa, como en las demás, se ha recibido con pena. Le tienen gran afecto a Jesús. Han comentado:

-Aquí hay algo extraño... Dicen que lo han matado por envidia.

Mientras tanto, la madre de los dos viajeros transita con jarros y con fuentes. Al rato, les invita a pasar a la habitación de al lado:

-Pueden pasar, está servido... He puesto un vino de nuestra mejor cosecha; les servirá para reponer fuerzas...

Los tres caminantes se reclinan ante la mesa. La conversación de ese nuevo amigo, siendo natural como la de cualquier otro, tiene un algo especialmente amable y atrayente.

Está por terminar la comida. El invitado toma el pan, lo bendice, lo parte y se lo da a cada uno de ellos. Al instante, reconocen que es el mismo Jesús de Nazareth. En ese instante desaparece de su vista. Los dos comentan al mismo tiempo:

-¡Era el mismo Jesús!

Y se dicen uno al otro.

-¡Notábamos que ardía nuestro corazón cuando, en el camino, nos hablaba y nos explicaba las escrituras!

Se ponen de pie y, sin esperar a nada, vuelven a Jerusalén. No importa que sea noche cerrada, ni el cansancio, ni los peligros de un camino nocturno, sino la urgencia de comunicar la gran noticia a los que están en Jerusalén. Durante el viaje de regreso van recordando la conversación:

-Fíjate, Cleofás, qué paciencia ha tenido con nosotros; ha dejado que le contemos quién es Jesús de Nazareth... ¡según lo que nosotros entendíamos!

-Y yo, que he dejado salir mi irritación por no liberar a Israel y mi decepción por dejarse clavar en una cruz.

-Eso es lo que no aceptó Jesús. Aguantó todo, menos nuestro rechazo a la cruz. Ahí comenzó a explicarnos las escrituras. Parecía que las estuviese leyendo.

-Yo nunca las había entendido con tanta claridad como esta tarde.

Las luces opacas de Jerusalén están a la vista. Pese al cansancio, el entusiasmo ha podido más y el ritmo ha sido rápido. En tres horas están de vuelta. Es algo más de medianoche. Tocan fuerte la puerta, con prisa. Arriba, están encendidas todas las luces de la sala. Oyen el rumor de voces agitadas, que se mezclan. Vuelven a tocar más fuerte la puerta. Alguien se asoma por la ventana y los reconoce. Cuando les abren, suben de dos en dos las escaleras y sale el grito tantas horas contenido:

-Jesús ha resucitado! Ha caminado con nosotros durante tres horas. ¡Le hemos reconocido al partir el pan!. Ha sido ahora mismo y hemos venido directamente a contarles.

Otros asienten con igual entusiasmo a sus palabras:

-Sí, sabemos que ha resucitado y se ha aparecido a Pedro...

Cada uno, cuenta a los otros su propia experiencia. La alegría de unos fortalece la de los otros.

Los que no han visto a Jesús, esperan con un deseo incontenible / volver a verlo.

Están todos. Sólo falta Tomás.

Evangelios: lx. 24, 13-35.

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., pp. 565-567. SHEED, ob. cit., pp. 424-426. PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 661-663. ROPS, ob. cit., pp. 584-586. WILLAM, ob. cit., pp. 533-539.

38 LA ARROGANCIA DE TOMAS

La noche que cierra el primer día de la semana es una noche de triunfo. En este día ha resucitado Jesús de Nazareth. A partir de este momento, será llamado domingo, o dominicus, que quiere decir "día del Señor"

Los de Emaús no paran de contar. Las horas de conversación con Jesús, dan para mucho. Mientras hablan, recuerdan más cosas que él les ha dicho y describen la actitud de Jesús: con qué naturalidad y afecto saludó a los de su familia y cómo, en pocos minutos, supo granjearse su cariño. Los demás aportan sus recuerdos de sucesos ocurridos en estos tres años pasados, entonces no los captaron bien y ahora adquieren un gran relieve.

Esperan a Jesús. Saben que puede llegar de un momento a otro. Las puertas siguen cerradas, porque el temor a los fariseos no ha desaparecido todavía. Alguna ventana del segundo piso está abierta; por ahí se asoman Santiago y Andrés, atentos a verle llegar. Los otros les dicen:

-En cuanto le vean venir, avisen para bajar a abrirle la puerta.

Ya es de madrugada y la calle está desierta. En la noche, las pisadas de los transeúntes se oyen a cierta distancia. Santiago y Andrés se fijan bien en la calle y afinan el oído. Cualquier caminante nocturno les parece que puede ser Jesús. A su espalda, las conversaciones, en voz alta, reflejan un cierto nerviosismo. Bromean y ríen entre ellos. Santiago le comenta a Andrés:

-Hace unos cuantos días que no les he oído reírse...

-Y con qué gusto lo hacen esta noche.

De repente, las voces de la sala cesan y hay un gran silencio. Oyen a sus espaldas una voz muy familiar:

-¡La paz sea con vosotros!

Vuelven la vista. Ahí está Jesús, en medio de la sala, sonriente, mirándoles uno a uno. Las puertas de la calle siguen cerradas. Quedan sobrecogidos por la impresión, pensando si será real lo que están viendo. Jesús, vuelve a repetir, con voz más pausada y acentuando la sonrisa, el mismo saludo:

-¡La paz sea con vosotros!

Es su voz de siempre, su gesto de siempre, su mirada, su sonrisa. Para darles tiempo a que reaccionen, añade:

-Vean mis manos y mis pies; soy yo mismo. Pueden tocarme y ver...

Pasan de la sorpresa a la alegría y a la confianza. Los ojos de muchos están en lágrimas. Cada uno refleja su propia impresión: asombro, alegría, cariño, entusiasmo. Jesús los va mirando uno a uno, como divirtiéndose con sus reacciones.

-¿Dónde está Tomás?, dice.

Nadie responde; hay silencio. Jesús repite la pregunta. Juan, que está cerca de él, a media voz, le dice:

-Hemos ido a buscarle pero se resiste a venir. Dice que..., que todo ha sido un sueño que ya terminó; que es un ideal que se evaporó..., una ilusión que se deshizo...

Jesús lo oye, pero parece no darle importancia. Le dice a Juan:

-Ve a verle y dile que lo espero.

Todavía hay sobre la mesa algo de comida. Jesús les dice:

-¿Y no me ofrecen algo de comer?

Se reclina junto a la mesa y le acercan, con desorden, todo lo que hay. Toma un pedazo de pescado asado y lo come, mientras conversa con ellos con la misma naturalidad que lo ha hecho en estos tres años.

Vuelve a repetirles su saludo, que llenará siempre de paz su corazón:

-¡La paz sea con vosotros!

Después, cuando ya los ve serenos, les habla de cosas importantes:

-A quien perdonaren los pecados les serán perdonados...; a quien los retuvieren, les serán retenidos.

Son conscientes de que les está transfiriendo un poder que le han visto usar durante estos años y que escandalizaba a los fariseos, porque decían, y con razón:

-¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?

A partir de ahora ellos, en nombre de Dios, perdonarán pecados, y transferirán este maravilloso poder a las generaciones posteriores. Entienden que Dios perdona a través de ellos y de sus sucesores. Van a ser instrumentos de Dios.

Poco después, Jesús se despide de ellos y desaparece.

Quedan casi en silencio, madurando lo que han visto y oído. La emoción es visible en sus ojos y en su rostro. Luego, rendidos por las emociones, se van quedando dormidos. Hace días que no descansaban con tanta paz.

En sus primeras conversaciones entre ellos, comienzan a darse cuenta de su responsabilidad: ellos deben continuar lo que ha comenzado el Maestro. Incluso ha empezado a delegarles poderes. La responsabilidad les asusta. Les anima recordar lo que les ha dicho en la cena pascual:

-No les dejaré solos, no les dejaré huérfanos.

Alguno añade:

También nos dijo: "sin mí, no pueden hacer nada". Con él, ¡lo podemos todo!

Pedro y Juan han ido a ver a Tomás. A su regreso, los demás preguntan:

-Le hemos contado todo, todo. Pero está escéptico, rebelde. Parece otro hombre. Incluso nos ha dicho, con arrogancia, "si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en sus llagas..., no creeré."

Pedro cuenta lo que le ha dicho:

-Tomás, tú sabes que yo he sido capaz de negarle tres veces. Me asusto de lo que soy capaz de hacer si me dejo llevar por mi soberbia.

Después de un silencio, Tomás ha concedido algo:

-Iré más adelante...Necesito un tiempo para reflexionar.

Pedro le ha concretado:

-La semana que viene te esperamos.

En los días siguientes, por diversos motivos, otros han estado con Tomas. Un día ha ido con ellos a pescar y luego, juntos, han estado remendando las redes. Todos están impacientes por ver de nuevo a Jesús.

Pasa una semana y, un día, Tomás toca la puerta y sube. Se le nota avergonzado. Los otros están todos. Habla poco y no participa de su alegría. Sin embargo, a veces sonríe sin querer.

Como la otra vez y con las puertas cerradas, se hace presente Jesús:

-¡La paz sea con vosotros!

Miran a Jesús y, sin poder evitarlo, miran a Tomás.

Jesús ya está extendiendo sus manos hacia él:

-Tomás, mira mis manos, palpa mis llagas...; y trae tu mano, y métela en mi costado...; y no seas incrédulo, sino fiel.

-¡Señor mío y Dios mío!, dice Tomás.

-Tomás, porque me has visto, has creído... ¡Bienaventurados los que sin ver, creyeron!

Los diez han seguido en silencio total la escena. Han visto cómo Tomás, al tocar las heridas de Jesús, se ha curado de las suyas. Y han aprendido para ellos mismos. Ahora Tomás tiene dentro de sí una alegría y un fuego inagotable.

Evangelios: Lc. 24, 36-49; Jn. 20, 19-29.

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., pp. 567-568. PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 665-700. WILLAM, Ob., cit., pp. 539-542.

39 EL PRIMER PAPA

Una tarde, dice Pedro a los otros:

-Voy a pescar.

-Vamos también nosotros contigo.

Son pescadores y tienen necesidad de pescar. Es su oficio y su trabajo.

Van las barcas lago adentro. La noche está tranquila, pero los peces rebeldes. La red entra y sale, pasea el lago, pero sin resultado. El humor de Pedro y de los otros es el de los pescadores cuando no pescan. En la madrugada regresan. Cuando se acercan a la playa, un hombre les pregunta:

-¿Traen pesca?

Resuena un "no", seco, malhumorado. No les llama la atención porque, a veces, el precio se conversa antes de que llegue la barca a la playa. Suponen que el presunto comprador va a buscar otros pescadores, pero se queda allí frente a ellos. Enseguida vuelven a oír su voz:

-Echen la red a la derecha y encontrarán.

Ya escucharon las mismas palabras hace más de un año, en circunstancias parecidas a éstas, y recuerdan que tuvieron que llamar a compañeros de otra barca porque la red estaba llena a rebosar. Entonces dudaron, pero ahora han aprendido a no dudar. Al instante comienzan a desenrollar la red. Es un trabajo arduo, sobre todo a las cinco de la madrugada. Nadie comenta nada. Vuelve toda la red al agua. Pronto notan el peso de los peces. Los cuentan los peces: son 153, buenos y grandes. La vez anterior fueron muchos más pero de calidad muy variada.

El hombre sigue en la orilla frente a ellos. La aurora va venciendo a las sombras de la noche; la figura, difuminada hace un rato, se va aclarando. Reman vigorosamente hacia la playa porque tienen prisa por llegar. Pedro interroga a Juan con la mirada y éste le dice:

-Es Jesús, es el Señor.

Sin pensarlo dos veces, Pedro, que está casi desnudo, se pone una túnica encima y se lanza al mar. Los demás oyen el ruido de un cuerpo al agua y ven a Pedro nadar fuerte hacia la orilla, subiendo y bajando por los tumbos. Tiene experiencia de coger olas que le lleven rápido a la playa y pronto agarra una. Se acerca a Jesús y le saluda casi sin palabras. Jesús le ve con la túnica empapada y le dice:

-Pedro, acércate a las brasas para calentarte un poco.

Jesús está avivando unas brasas. Pedro se acerca y ve que, sobre ellas, están ya preparados unos peces. Hace unas semanas le hubiese preguntado:

-Maestro ¿de dónde los has sacado?

Pero ahora no dice nada. Jesús le ofrece y los dos comen, sentados en la arena húmeda por el rocío de la mañana.

Enseguida llegan los otros. Se acercan a Jesús y comen con gusto lo que les ofrece Jesús. Viene a la memoria de Felipe lo de los peces en el desierto y le dice:

-Jesús, estos pescados son de calidad. Me recuerdan los que bendijiste aquella tarde en el desierto.

-También los que han traído ahora me agradan mucho. Son 153 buenos peces. ¡Han hecho una buena pesca!

-Pescados con tu ayuda, aclara Pedro.

Jesús mira a Pedro. Se nota que le va a decir algo importante. Los demás están muy atentos. Le llama por el nombre suyo, con el que le conoció:

-Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?

Semanas atrás, Pedro hubiese contestado con rapidez que nadie le amaba más que él. Ahora, baja la cabeza, piensa un poco antes de contestar y, eludiendo la comparación, da una respuesta prudente:

-Señor, tú sabes que te amo.

-Apacienta mis corderos, le dice Jesús.

Los demás recuerdan que hace unos dos años, en Cesarea de Filipo, Jesús prometió a Simón que él sería la piedra fundamental de su Iglesia. A partir de entonces comenzó a llamarle, piedra, Pedro. ¿Habrá llegado el momento de confirmar esa promesa? ¿O las negaciones, la noche del jueves al viernes, han hecho cambiar los planes de Jesús?

Hay un breve silencio y luego nuevamente pregunta Jesús:

-Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Pedro tarda un poco más en responder. ¿Qué es el amor? Hace unas semanas aseguraba que amaba hasta el extremo de dar la vida por Jesús y luego... ¿El amor exige no fallar? Aquella noche fue cobarde y falló. Sin embargo sabe que ama a Jesús. Sabe también que el amor lleva dentro de sí el perdón. Por eso, con voz más débil y mirando a Jesús a los ojos, se atreve a decir nuevamente:

-Señor..., tú sabes que te amo.

-Apacienta mis ovejas, le dice Jesús.

Las aguas del lago están tersas, silenciosas, como queriendo escuchar el diálogo. Se ha hecho de día y los primeros rayos de sol tiñen de azul el lago. Por tercera vez, Jesús vuelve a preguntar:

-Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Pedro se entristece. Desde su resurrección, Jesús no le ha hecho alusión a las negaciones. Ahora sí la hace. Entiende que le está preguntando: «¿qué garantía puedes darme de que esta vez será distinto?». No se atreve a confiar en sí mismo. Contesta a la pregunta, acudiendo al testimonio de Jesús:

-Señor, ¡tú que sabes todas las cosas, tú sabes que te amo!.

Esto es lo que esperaba Jesús: una prueba de que las negaciones le han servido para curarse de su presunción y de la excesiva seguridad en sí mismo. Ahora sí le confiere el primado y le da las llaves del reino. Le dice por tercera vez:

-Apacienta mis ovejas.

Cayó delante de todos, es repuesto delante de todos. Jesús nombra su sucesor.
La Iglesia ya tiene su primer Papa.

Evangelios: Jn. 21, 1-23.

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., pp. 570-571. SHEED, ob. cit., pp. 428-429.
PEREZ DE URBEL, ob. cit., pp. 671-675. WILLAM, ob. cit., pp. 542-547.

40 UNA AVENTURA TERMINA Y OTRA COMIENZA

Han pasado cuarenta días desde aquel día glorioso de la resurrección. Hoy Jesús los ha citado en un pequeño monte, en el que otras veces se han reunido. Ahí van llegando los once. Está también María, la madre de Jesús, con las mujeres que la han acompañado en estos tres años. Presienten que va a suceder algo muy importante.

María les transmite seguridad. Ahora es más palpable su cariño maternal por cada uno. Cuando llegan, saludan primero a María y después a Pedro. Lo reconocen como el que hace cabeza entre ellos. Pedro ahora es un hombre prudente. Pero no ha perdido impetuosidad y fuerza; intuye que la va a necesitar. La responsabilidad que ha puesto Jesús sobre él le asusta. Confía en Jesús y en los otros diez.

Pedro está junto a María. Desde que Jesús le confió el primado, la busca más y nota que ella le trata con especial cariño. Antes, ellos la veían como la madre de Jesús y la querían mucho, pero ahora la ven como su madre, sienten que la necesitan.

Llega Jesús:

-La paz sea con vosotros.

Les mira, les saluda uno a uno. Enseguida entienden que es su despedida:

-Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra...

La mano de Jesús ha señalado la lejanía, el mundo entero, que es suyo, comprado con su sangre. Luego continúa:

-Vayan por todo el mundo, prediquen el evangelio a todas las gentes, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

La tarea encargada es gigantesca, desproporcionada a ese pequeño grupo de hombres y mujeres. Es un imposible. Se miran entre ellos. Pedro y los diez entienden lo que Jesús les dice: llevar a todo el mundo un nuevo modo de vida. Jesús ve en ellos el gesto de preocupación y les recuerda que contarán con poderes de lo alto:

-...enséñenles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Los que crean, harán estos milagros: hablarán lenguas nuevas, impondrán las manos sobre los enfermos y quedarán sanos...

Jesús se mueve entre ellos, dirigiéndose a cada uno. Pone la mano sobre sus hombros, sobre su cabeza; les infunde confianza, les llama por su nombre. Los mira con su mirada de siempre. Ellos se sienten fuertes, con la fortaleza de él.

Luego les da su última orden:

-Permanezcan en Jerusalén. Esperen la promesa que les he transmitido de parte del Padre. Vendrá el Espíritu Santo sobre cada uno. A partir de entonces, serán mis testigos en Jerusalén, en Judea y Samaria y en todo el mundo.

Levanta sus manos, los bendice y pronuncia sus últimas palabras en la tierra:

-Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

Luego, se va elevando y separando de ellos hasta que una nube lo cubre.

Ellos siguen con la vista clavada en el cielo. Unos ángeles aparecen y les dicen:

-¿Qué hacen mirando el cielo? Este Jesús, al que han visto subir glorioso al cielo, vendrá de la misma manera al fin del mundo.

Vuelven los ojos a la madre de Jesús, a la que ya es su madre, preguntando con la mirada:

-Ya han oído a los ángeles. Hay mucho que hacer. ¡Vamos!

Una aventura termina, la de Jesús en la tierra, y otra comienza, la de ir y predicar el evangelio a todo el mundo. Una aventura desproporcionada para aquel pequeño grupo de hombres sin medios, sin poder. Humanamente hablando, es una locura, un imposible. Un imposible que se abre camino a través de los siglos y una aventura que se transmite, a cada uno, de generación en generación.

Hechos de los Apóstoles 1, 6-11.

Bibliografía: CASCIARO, ob. cit., pp. 576-577 y 587-590. PEREZDE ob. cit., pp. 676-683. WILLAM, ob. cit., pp. 547-551.

41 HUELLAS DE FUEGO

El pequeño grupo, a buen paso, vuelve a Jerusalén y van al cenáculo, la habitación en la que comieron la Pascua con Jesús. La Iglesia naciente tiene su primera reunión. Pedro les habla:

-Jesús nos ha dicho que estará con nosotros hasta el fin del mundo. Aquí, en esta habitación, Jesús nos señaló cómo hacerse presente en la tierra, convirtiendo el pan en su cuerpo y el vino en su sangre. Nos dió el poder de hacer nosotros lo mismo.. ..¡Hagámoslo!

Por primera vez en la historia, unos hombres repiten las palabras de la consagración. María y las mujeres asisten al sacrificio eucarístico y reciben el cuerpo de Cristo.

Los días siguientes, cumpliendo la orden de Jesús, permanecen en Jerusalén. Pasan muchas horas juntos. Le preguntan a María el nacimiento y los años ocultos de Jesús. Se asombran. Comienzan a conocer y a querer a José.

A los diez días se cumple la promesa de Jesús. Por la mañana, un ruido, como de viento, irrumpe impetuosamente y llena toda la casa. Aparecen como unas lenguas de fuego, que se posan sobre cada uno de ellos. La transformación que sienten es total: su entendimiento se ilumina y, como Jesús les ha anunciado, en ese momento comprenden y recuerdan todas las cosas que él les ha enseñado. Nace en su corazón una fuerza imparable. El Espíritu imprime en ellos una huella de fuego que no se borra nunca.

El ruido se ha escuchado en todo Jerusalén y atrae a una gran cantidad de gente alrededor de la casa donde están los Apóstoles. Ellos se levantan, salen a las plazas y comienzan a hablar con palabras inflamadas en la sabiduría de Dios. El primer milagro que Dios realiza través de ellos es que les oyen cada uno en su propia idioma. Partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, de Egipto y de Libia, cretenses y árabes se asombran y preguntan:

-¿Cómo es que les oímos hablar cada uno en nuestra propia lengua materna?

Algunos de los fariseos, pretenden calmar el entusiasmo de la multitud:

-¡No les hagan caso, no saben lo que dicen, están borrachos!

Pedro reacciona con energía y con humor:

-No estamos borrachos, que todavía son las primeras horas del día... Está ocurriendo lo que anunció el profeta Joel: "derramaré mi Espíritu y profetizarán".

Luego Pedro, con una elocuencia desconocida, pronuncia su primer discurso:

-Israelitas, escuchen lo que les digo: A Jesús de Nazaret, quien hizo los milagros y prodigios que todos hemos visto, lo mataron las autoridades de Israel, clavándolo en una cruz. Pero Dios lo ha resucitado, rompiendo las ataduras de la muerte, de lo cual nosotros somos sus testigos. El profeta David dice acerca de él: "me diste a conocer los caminos de la vida y me llenarás de alegría con tu presencia...". Sepa por tanto con seguridad toda la casa de Israel que Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien crucificaron.

Las palabras de Pedro y de los demás Apóstoles, unidas a la acción del Espíritu, resultan tan convincentes y seguras que se duelen en su corazón y preguntan:

-¿Qué debemos hacer nosotros?

-Que se convierta cada uno y se bautice en nombre de Jesucristo; así se perdonarán sus pecados y recibirá el don del Espíritu Santo. La promesa de Jesús es para todos nosotros, para nuestros descendientes y para los que están lejos, dispersos por toda la tierra.

Ese mismo día se bautizan unos tres mil, de países y lenguas muy diversas.

El día de Pentecostés la Iglesia empieza a hacerse universal. Jesús sigue siendo un hombre vivo que, como a los viajeros de Emaús, acompaña y conforta a cada uno en los caminos de la tierra.

María, desde Pentecostés, vive inmersa en la aventura de la naciente Iglesia. Con las otras mujeres, atiende las importantísimas minucias domésticas de sus nuevos hijos. Unas veces prepara alimentos para los que salen de viaje; otras atiende enfermos y cuida el descanso de los agotados por el esfuerzo; o prepara y decora la sala para las primeras reuniones de apóstoles y de discípulos, esbozo de los futuros sínodos y concilios. Cuando hace falta, con

ternura de madre, arropa y recoge a alguno a quien pesa demasiado la aventura en que está metido, y comienza a volver la vista atrás. Y le devuelve la fe y el entusiasmo.

Pasan los meses y pronto llegan las noticias de las primeras persecuciones:

-Han apresado a Pedro y a Juan; los están juzgando en el Sanedrín... Otro día cuentan a María:

-Les han prohibido predicar el nombre de Jesús, pero ellos siguen enseñando en el Templo...

Se entera de que les han encarcelado y a los pocos días le cuentan:

-Un ángel ha abierto las puertas de la cárcel a Pedro y está de nuevo hablando en la plaza pública...

María vuelve a revivir las mismas ansiedades de años atrás: los enfrentamientos de Jesús con los fariseos, las amenazas de muerte.. Recuerda el día en que alguien le advirtió: -María, dile a tu hijo que se cuide...

Luego vino la espada que atravesó su corazón

Ahora, Pedro, Juan y los demás corren el mismo riesgo. Y son sus hijos... Las ansiedades se multiplican. Pero ella no los va a detener sino que los alienta en su audacia y en su valentía.

Un día, llega la dolorosa noticia del primero:

-Han apedreado a Esteban... hasta dejarlo muerto.

María llora como lloró a Jesús. Es el primero, el protomártir. Le cuentan cómo ha sido todo:

-Antes de morir, Esteban ha exclamado:

-«veo los cielos abiertos y al hijo del hombre de pie, a la derecha de Dios».

María se conmueve al oír mencionar a su hijo glorioso, en el Cielo, a la derecha de Dios Padre.

Después de lo de Esteban, la vida sigue su curso. María vuelve a lo de todos los días: prepara viandas para los viajes, cuida enfermos, anima a los que se cansan en la aventura y no para de contar de su hijo Jesús y de su esposo José. Cuando habla de José, se nota que habla la mujer enamorada.

A veces, algunas lágrimas empañan sus ojos; es cuando le llegan las noticias de encarcelamientos y de persecuciones. Todos ellos son sus hijos. Piensa que otros, quizá muchos, seguirán el mismo camino de Esteban y perderán la vida en la aventura. Dios quiere que otra vez sea madre de ajusticiados. La espada vuelve a entrar en su corazón.

Hechos de los Apóstoles: 1, 12-14; 2, 1-42; 4,13-24; 6,8-15; y 7, 54-60.

BIBLIOGRAFIA

Jesús de Nazaret.

José Ma. Casciaro. Madrid.

Alga. 2a ed. 1994.

Conocer a Jesucristo.

Frank J. Sheed.

Madrid.

Palabra. red. 1991.

Vida de Cristo.

Fray Justo Pérez de Urbel.

Madrid.

Patmos. 3a ed.

Jesús en su tiempo.

Daniel Rops.

Madrid.

Palabra. 1990.

La vida de Jesús.

Francisco Miguel Willam.

Madrid.

Espasa-Calpe. 1964.

Santos Evangelios.

EUNSA.

Pamplona, 1983.

Hechos de los Apóstoles.

EUNSA.

Pamplona, 1984.